

Robert Graves: La historia de Eliseo y la sunamita

Incluyendo la historia de Moisés tal como la narró Eliseo, y las preguntas que ella le hizo

Edición digital para la biblioteca “Upasika” basada en la edición del “El Libro de Bolsillo” de Alianza Editorial (Madrid, 1995).

Título original: *My Head! My Head!*

Traductores: Lucía Graves y Elena Lambea

© by The Trustees of the Robert Graves Copyright Trust

Prefacio

En 1925, año en que escribió ELISEO Y LA SUNAMITA, Robert Graves vivía con su familia en un pueblo situado en las afueras de Oxford, donde se había establecido después de la guerra. Era conocido como poeta, habiendo publicado ya nueve libros de poesía; también había publicado varios libros de ensayo sobre poesía, y una pequeña obra de teatro. ELISEO Y LA SUNAMITA fue su primera novela.

Poniendo a un lado su indudable mérito literario, esta novela corta presenta un interés especial por la posición que ocupa dentro de la obra de Graves, pues en ella ya se disciernen algunos de los elementos que caracterizarán el resto de sus libros en prosa, así como algunos de los temas que preocuparán al autor en el futuro. En otras palabras, ELISEO Y LA SUNAMITA marca el inicio de una larga vida dedicada a cuestionar actitudes sociales y hechos históricos aceptados, una búsqueda obsesiva de la verdad que constituye el motor de todas sus novelas históricas y de sus estudios sobre mitología y religión.

También es importante tener presente el año en que se escribió esta obra por el vanguardismo que suponen algunos de los temas expuestos. En primer lugar, el feminismo inherente en el hecho de que Yokébed, la sunamita, es aquí una mujer inteligente capaz de pensar por sí sola; ella es sin duda la portavoz del autor, para quien el poder de lo femenino adquiriría su expresión más contundente en *La diosa blanca*. En segundo lugar, las nuevas ideas sobre el subconsciente, como la interpretación de los sueños, que reflejan el interés de Graves en aquella época por figuras como Freud y el psicólogo británico W. H. R. Rivers, debido en gran parte a la necesidad de hallar soluciones para la acusada neurastenia que padecía como consecuencia de sus experiencias en las trincheras. Por último, el mero hecho de cuestionar la interpretación ortodoxa de la Biblia y de humanizar las figuras consagradas de Moisés y del profeta Elíseo, constituye una actitud verdaderamente osada en una sociedad todavía muy aferrada a los preceptos de la Iglesia.

LUCÍA GRAVES y ELENA LAMBEA

Sicut Aaron populum-que, sic bubali vitulus, sic bubali vitulus, sic bubali vitulus... Hasta aquí habló el loro sin vacilación, Veremos quien se atreve con la continuación.

John Skelton (*Habla, Loro*)

Comencé a escribir esta historia porque quería enfrentarme de lleno a dos problemas que me intrigaban desde hacía tiempo. Primero: ¿cual fue exactamente la relación entre "Elíseo y la sunamita"? Segundo: ¿cuál fue el orden de los acontecimientos que hicieron necesario que Moisés muriera en el monte Nebo, a la vista de la tierra prometida, y cómo ocurrió esta muerte?

El pasaje bíblico que trata de Elíseo y la sunamita¹ no es más que una narración muy sucinta; además, requiere del lector una intuición sobre motivos y actos no documentados que por lo general éste no posee. La Biblia no es como otros libros: nuestro tejido social se basa fundamentalmente en la autoridad del "Pentateuco y nuestro Imperio en los precedentes del libro de Josué. Por tanto, examinar dichos pasajes con demasiado sentido crítico es considerado peligroso. Una comprensión clara del incidente ocurrido entre Elíseo y la sunamita —y éste es sólo un problema entre cientos— implicaría una de dos cosas: o bien una creencia incuestionable en la intervención personal de Yahveh, de manera que el nacimiento milagroso y la devolución milagrosa de la vida después de la muerte se sigan deforma natural, o bien una visión constructiva de las relaciones humanas que existieron entre Elíseo, la sunamita, su esposo y Guejazí, el criado de Elíseo, a cuya luz la historia tendría sentido según otro aspecto de la realidad. En cuanto a lo primero, si exceptuamos las creencias mantenidas en algunos reductos anglocatólicos e inconformistas, la antigua fe incuestionable en los milagros, en especial en los milagros del Antiguo Testamento, ha desaparecido; y por lo que se refiere a la visión constructiva, ésta resulta difícil de conseguir sin ofender política y personalmente. Así pues, la Biblia, y en particular el Antiguo Testamento, ya no se lee como se leía antes entre las clases instruidas —si no es como libro de texto en las escuelas y universidades—, y las discusiones religiosas se evitan con urbanidad, ha Iglesia oficial ha adoptado una actitud tan ambigua sobre los milagros, que recuerda los versos gnómicos de John Skelton:

Cuando la lluvia cae y el ganso pestañea, el gansito no sabe lo que el ganso piensa. Y el educado gansito no se atreve a preguntar, o tal vez es que teme oír la verdad.

Por consiguiente, cuando, hace unos tres años, en el transcurso de una merienda, S., la hija de un archidiácono anglicano, y yo, nieto de un obispo de la iglesia iríandesa, entablamos imprudentemente una conversación sobre la

¹ Reyes, cap. 4

sunamita, el debate no se generalizó: tuvimos que retirarnos a un rincón mientras nuestros amigos mantenían la charla principal sobre autocaravanas y bailes.

S. sugirió, posiblemente no por vez primera en la historia de la crítica bíblica, que Eliseo era el padre del hijo de la sunamita, y sospechaba además que Eliseo la había hipnotizado de forma previa. Esta parecía una explicación razonable, pero yo planteé la cuestión del motivo; es decir, si Eliseo había actuado por propio interés, y, de ser así, hasta qué punto. Decidimos que, dado el extraño comportamiento de Eliseo hacia la sunamita en el monte Carmelo, y dado que fue incapaz de leer sus pensamientos, éste no debía de tener la conciencia muy tranquila. Nos preguntamos también cuál había sido el papel de Guejazí, y si el hecho de que el marido no preguntase por el niño cuando su esposa fue al trigal se debería a una larga historia de desacuerdos domésticos o meramente a un enfado pasajero.

S. y yo no llegamos a ninguna conclusión definitiva, y este libro se debe, en parte, a nuestra incapacidad para resolver el asunto. Hasta qué punto el milagro del nacimiento del niño sorprendió al marido y hasta qué punto la propia madre creyó en él tuvo que depender necesariamente de la actitud que se mantuviera en aquellos tiempos hacia el primer hacedor de milagros, Moisés; tanto es así, que me ha parecido razonable entretener la historia de Moisés con la de la sunamita, y al hacerlo he resuelto, por lo menos a mi propia satisfacción, ambos problemas.

En tiempos del encuentro entre Eliseo y la sunamita, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, aunque todavía se señalaban sus tumbas, se habían convertido ya en oscuras leyendas; David, Salomón y Samuel eran meros héroes de anteaer; pero Moisés no se hallaba ni lo suficientemente lejos, hablando desde el plano histórico, como para ser venerado, ni lo suficientemente cerca. El papel que interpretó Moisés en la religión judía fue tan primordial como el que interpretó Jesús en nuestra era, y hasta tal punto fue reconocido como el principal arquitecto de la fe, que, más adelante, se supone que por miedo a que un culto mosaico llegara a reemplazar de hecho la adoración del dios tribal, el buen rey Ezequías se vio obligado a destruir la serpiente de bronce que se guardaba en el templo para conmemorar los maravillosos hechos de Moisés en el desierto.

La historia personal de Moisés, Aarón, Faraón, María y el resto, y especialmente un relato satisfactorio de la muerte de Moisés, habría sido para la sunamita tan apasionante como lo sería hoy en día para una cristiana inteligente la historia de la crucifixión y la ascensión si se tropezara con un relato auténtico de aquellos acontecimientos que fuese independiente de los Evangelios. La sunamita era una mujer de carácter fuerte. Su comportamiento en el monte Carmelo da prueba de que podía ser lo bastante escéptica cuando se veían amenazados sus intereses; sin embargo, era sin duda una mujer de ideas morales y bien dispuesta hacia Yahveh.

Lo primero que llamó mi atención hacia el problema de la muerte de Moisés fue una correspondencia alegremente racionalista sobre la muerte de Aarón entre «Erewhon» Butlery su amiga la señorita Savage, quienes lo consideraron como un sacrificio tribal, y un comentario algo superficial de Butler a propósito de la disputa entre Miguel y su Enemigo sobre el cadáver de Moisés. Butler no veía ninguna justificación posible para una pelea tan necia. Aquello me llevó a considerar tanto el verso en la epístola de Judas que relata esta extraña disputa, como los hechos narrados en el Pentateuco sobre la muerte de Aarón y Moisés.

Después de muchos cambios de opinión, la explicación más razonable del encuentro era, a mi modo de ver, que el Enemigo, primer paladín de la libertad individual, o, desde el punto de vista de Yahveh, del orgullo desmesurado, le echaba en cara a Miguel las deficiencias del profeta que sistematizó por primera vez la adoración de Yahveh. El Enemigo sugirió como verdadera explicación de la desaparición del cuerpo de Moisés de Pisgá, que, no hallándose lo suficientemente decidido a morir según la palabra de su Dios, regresó en secreto al desierto, donde terminó sus días sin más sobresaltos en casa de Jetró; o incluso que regresó a Egipto y a las frescas columnatas de la escuela sacerdotal de Heliópolis.

«Miguel», dice Judas, «no se atrevió a pronunciar contra él una maldición, sino que dijo: "Que te castigue el Señor"», convirtiéndolo así en algo más oficial que una disputa personal entre él y Lucifer, y evitando al mismo tiempo la repercusión de la maldición que había pensado proferir. Lo mismo hallamos en la leyenda irlandesa del bendito San Moline, que también se negó a maldecir al diablo cuando éste le invitó a hacerlo, diciendo que, de pronunciar una maldición, ésta recaería sobre su propia cabeza. En su segunda Epístola, San Pedro escribe sobre la sagacidad del arcángel San Miguel en este asunto, comparado con «aquellos que andan tras la carne con apetencias impuras y desprecian la autoridad del Señor. Atrevidos y arrogantes, no temen insultar a las Glorias. Como animales irracionales, destinados por naturaleza a ser cazados y muertos, injurian lo que ignoran. Prometen libertad mientras que ellos son esclavos de la corrupción.»

Si hemos de tomar la alegoría de Judas con seriedad (¿y por qué no?), la pregunta de Lucifer «¿dónde estaba Moisés cuando desapareció la gloria de Pisgá?» fue, aparentemente, el casus belli de la batalla del día de Todos los Santos, en la que el arcángel San Miguel le venció. Y esta misma pregunta, a menudo debatida por los teólogos medievales, todavía perdura en forma de ese acertijo sin respuesta satisfactoria que recitan las niñeras de casa buena². Pienso que lo que Lucifer quería desterrar a toda costa era la tradición de mortandad y salvajismo —reflejada en la expresión de Pedro «como animales irracionales, destinados por naturaleza a ser cazados y muertos»— que Moisés había instaurado para Yahveh, y que la sugerencia de la cobardía de Moisés era lo más apropiado para enojar a ese valeroso guerrero: el arcángel San Miguel.

Con frecuencia se ha dado el caso de hombres «atrevidos y arrogantes» que han tomado la posición de Lucifer y han dirigido calumnias contra Moisés. Cuando el poeta Christopher Marlowe murió en Deptford en una pelea con un soldado, por ejemplo, estaba huyendo de una orden de busca y captura por blasfemia en la que el testigo era un tal Richard Bame; y si le hubieran capturado con vida hubiera podido ser quemado en la hoguera. Entre las alegaciones inculpatórias contra Marlowe estaban las siguientes:

«Que Moisés no era más que un ilusionista y que un tal Harriot³ sabe hacer más que él.

² El acertijo, muy popular en su tiempo, era: «¿Dónde estaba Moisés cuando se apagó la luz?» La respuesta es: «En la oscuridad». (N. de las TT.)

³ Se refiere a Thomas Harriot, matemático y astrónomo, amigo de Marlowe, cuyos experimentos científicos evidentemente le impresionaron mucho. (N. de las TT.)

»Que Moisés hizo vagar por el desierto a los judíos durante cuarenta años (un viaje que hubiera podido hacerse en menos de un año) antes de llegar a la tierra prometida, con la intención de que quienes fueran conocedores de sus tretas murieran, y de este modo quedara arraigada en el corazón de las gentes una perdurable superstición.

»Que la intención primordial de la religión era sólo la de mantener a la gente amedrentada y llena de respeto.

»Que, habiendo sido educado en todas las artes de los egipcios, resultaba fácil para Moisés abusar de los judíos, siendo éstos gente ignorante y ruda.»

Estas «blasfemias» y otras dirigidas contra la persona de Jesucristo dejan bien claro que Marlowe sentía el peso opresivo de la religión estatal: sus burlas, aunque en algunos casos tan históricamente injustas como las de Lucifer, merecen nuestro respeto porque encarnan la reivindicación de los derechos del individuo, que habían quedado invalidados por la teoría de la nación como unidad religiosa. Es una lástima que Marlowe estimara necesario incluir a Jesucristo en sus injurias, ya que no ha y duda alguna de que el propio Jesús sufrió mucho a causa de la tradición mosaica, aunque El escogió el ataque indirecto en lugar de la blasfemia frontal que eligió Marlowe. En la parábola de Lázaro y el rico, cuando éste pide permiso para advertir a sus hermanos pecadores del infierno que les espera, se le informa con sarcasmo: «Tienen a Moisés y a los profetas: que los oigan»; y sabemos que cuando el joven rico que había seguido la ley mosaica desde su juventud la estimó insuficiente para sus necesidades espirituales, Jesús le amó. Y como dijo William Blake, cuando Jesús se halló ante la mujer adúltera:

Jesús se sentaba en la silla de Moisés; llevaron ante El a la temblorosa mujer. Sobre la Ley de Moisés posó la mano; con muda reverencia, los cielos antiguos, de un polo a otro sembrados de maldiciones, comenzaron todos a retirarse

El destino era irónico en tiempos del puritanismo, cuando el Antiguo y el Nuevo Testamento quedaron prácticamente fundidos en una sola cosa y Jesús quedó tan identificado con la ley mosaica que Marlowe tuvo que vilipendiarlo igual que a Moisés. Como podemos leer en su Tamerlán y sus otras obras dramáticas de virtud, Marlowe era un Moisés en ambición y crueldad, pero en el plano político todavía se hallaba esclavizado en Egipto, y no ha y nada que moleste más a un Moisés desilusionado que otro Moisés aparentemente afortunado.

Simpatizamos con Marlowe en su intento de escandalizar al piadoso Bame, simpatizamos con Lucifer en su valiente desafío a Yahveh, pero cualquier intento de minimizar el hecho de que Moisés lograra mantener a los judíos en el desierto hasta que se hubieron organizado como una nación guerrera o cualquier sugerencia de que Moisés finalmente renegara ha de considerarse una debilidad por parte de sus detractores.

Aunque resultaría difícil subestimar la importancia de Moisés dentro del desarrollo religioso del cristianismo y el islam, ni él ni José, a causa del cual Moisés ordenó el éxodo, han sido nunca verificados históricamente. Aun así, la historia del éxodo, aunque en partes ampliada por leyendas posteriores, es sin duda el relato de algo que sucedió en realidad, antes que un mito heroico, y gran parte de

tal historia parece haber sido dictada por el propio Moisés, quienquiera que fuera desde el punto de vista histórico.

Me he propuesto relatar la historia de Moisés tal como lo hubiera podido hacer Eliseo. Este fue un hombre de experiencia y dotes mágicas, y, al contrario que su maestro Elías, de pensamiento muy liberal, como demuestran sus tratos con Ben Hadad, rey de Siria, y el permiso que otorgó al sirio Naamán para adorar en el templo de Rim-món, aunque éste sólo se vio libre de la lepra porque servía a Yahveh. Es posible que Eliseo conociera la tradición secreta de lo que tuvo lugar en el Sinaí, en Cades y otros lugares, por transmisión directa desde Josué. Así pues, hablando por Eliseo, he evitado el mero racionalismo destructivo y he admitido el poder y el arte de la magia religiosa practicada en el nombre de un dios tribal, puesto que tanto Moisés como Eliseo la practicaban. El racionalismo es un útil correctivo moderno para una fe débil en un dios tribal antropomórfico (un concepto ampliamente alentado por la religión estatal, como demostró la última guerra), pero por si sólo no conduce muy lejos.

Es, por ejemplo, «de racionalista sentido común» sugerir que cuando, en tiempos de los jueces, un grupo de israelitas levantó irreverentemente el velo azul que cubría el arca —que los filisteos habían capturado, pero que estaban devolviendo en la ocasión a sus legítimos propietarios—, éstos debieron de sufrir las picaduras de las pulgas alojadas en la segunda cubierta de pieles de tejón —la cubierta de viaje—, que constituía un abrigo seguro para dichos insectos; y que fueron aquellas pulgas las que infectaron a los israelitas con la peste. Las pieles de tejón, seguramente todavía las mismas de los tiempos de Moisés, debían de estar muy deterioradas. Se podría dar aún un paso más y sugerir que la peste era peste bubónica y que las cinco bubas de oro que los filisteos devolvieron con el arca, junto con igual número de ratones de oro, representan un infantil intento de contagiar a los israelitas con magia por simpatía como venganza de su propio dios. El racionalista comentará con aires de suficiencia: «Pero ahora sabemos lo que los filisteos no podían saber: que existe de hecho una conexión entre la peste y los ratones, siendo los ratones y sus parásitos notorios transmisores de la peste. Los filisteos, sin saberlo, se vengaron de una manera muy práctica.»

Esta presentación del relato no me satisface. Los israelitas, en el caso, sabían que estaban cometiendo un gran sacrilegio y, con pulgas o sin ellas, su curiosidad los sentenciaba a una muerte repentina y violenta. Incluso hoy día, en los mares del Sur, si un hombre sin querer come o toca un objeto tabú muere al poco tiempo: puede regresar a su choza y rechazar la comida o puede sentarse bajo un cocotero y morir cuando «accidentalmente» un coco le aplasta la cabeza, pero nunca escapa a la muerte. Sugerir que el coco «accidental» no está conectado con la violación del tabú sería la afirmación racionalista, pero para mí tiene poco valor, porque el hecho es que estos «accidentes» ocurren siempre que la víctima no escoge perecer por inanición o medios similares, y no puede explicarse por «autosugestión» o cualquier otra necesidad similar. Por lo que se refiere a la magia por simpatía de los filisteos, yo mantengo que tuvo éxito, ya que mató rápidamente a más de cincuenta mil judíos. Los filisteos tenían un legítimo motivo de agravio; su dios Dagón había sido mutilado por una mano judía desconocida y sus príncipes y su pueblo había muerto en gran número víctimas de la peste. La maldición de Dagón fue, por tanto, necesariamente onerosa: con ella el tabú de Yahveh fue de nuevo violado y Su pueblo fue víctima de la misma epidemia de peste.

*Lo mismo sucede con el caso de Moisés; decir, como dicen los racionalistas, que todos sus milagros fueron meros trucos o accidentes afortunados sin conexión alguna con el dios tribal hebreo Yahveh es, a todas luces, falso, porque Moisés, claramente, creía en Yahveh y Le era mas fiel que a sus amigos y parientes. Es mas, con la única excepción de la búsqueda de agua en Meriba, donde se dejó llevar por la ira, efectuó todos sus milagros en nombre de Yahveh. Con toda seguridad, Moisés se veía como el portavoz e instrumento de Yahveh y, por lo tanto, la idea de que fuera un mero charlatán queda descartada. La pregunta que habría que formular, si acaso, sería: ¿en qué casos previo o planeó sus milagros de antemano? (como he sugerido que hizo con los acontecimientos del monte Sinaí, anteriormente, en la secuencia lógica de las plagas previas); y ¿en qué casos la forma en que sucedieron estos milagros resultó inesperada, como la fiesta de las codornices en el desierto, o la tormenta de granizo que pasó de largo la tierra de Gosen? Previstos o imprevistos, los milagros, no obstante, eran atribuidos ciegameamente al poder de Yahveh; y, a no ser que alguien tenga una querrela personal con Yahveh, como la tenían sin duda Marlowe y Lucifer, no ha y razón para resentirse por tal atribución. Yahveh en el desierto era una realidad: Moisés Le había visto con sus propios ojos y había transmitido a su vez esta visión a la comunidad. Las modernas distinciones psicológicas entre la experiencia subjetiva u objetiva no tienen fuerza en este contexto.*⁴

Tanto en el conflicto entre el racionalismo y la fe en la intervención divina, como en el conflicto entre la tradición mosaica —es decir, la valoración de la mente racial por encima de la mente individual— y la reivindicación por parte de Lucifer de la libertad individual, ninguno de los dos contrincantes me convence. A mí me parece claro que, cuando el individuo se consolida, la comunidad como tal se desintegra y todo lo que sobrevive es un conflicto entre individuos. Cuando, finalmente, la paz vuelve a restaurar la comunidad, resulta siempre que tanto los leales como los rebeldes han quedado vencidos: los rebeldes no han conseguido alcanzar la libertad y la comunidad que los leales han estado luchando por mantener ha desaparecido, como tal, para siempre. Aunque Moisés, que pertenecía al grupo de los leales, obtuvo un triunfo espectacular sobre sus enemigos cada vez que éstos se le enfrentaron, como individuo fue vencido por la maldición del dios comunal y la comunidad tuvo que desarrollarse bajo el mando de otro.

Durante el largo transcurso de la historia judía, Yahveh obtuvo muchos triunfos, pero también otros tantos reveses importantes. Las crónicas que han llegado hasta nosotros están inspiradas por la tradición de Yahveh: pero el culto de Yahveh se vio debilitado a menudo por religiones rivales durante la época de los jueces, y tenemos una larga y monótona lista de reyes, tanto de Israel como de Judá, que hicieron mal

⁴ Como tampoco la tienen, por lo que a mí respecta, en ningún otro, ya que estas distinciones implican que la cosa conocida y el pensador pueden coexistir con el pensamiento, y que la cosa conocida desempeña un papel meramente pasivo. Para mí, es un artículo de fe que el pensador también es la cosa conocida, y que la cosa conocida es también el pensador; y que, cuando se produce el pensamiento, tanto la cosa conocida como el pensador como tal, deben desaparecer.

a los ojos del Señor, hasta que, por lo visto, diez de las doce tribus lo perdieron para siempre.

Este prólogo es una ampliación y en parte un renuncio de lo que escribí hace tres años como prefacio a mi poema El lecho de plumas: por aquel entonces me identificaba, hasta cierto punto, con la reivindicación individualista, y veía con simpatía a Lucifer como adalid de la paz y a Moisés con odio como un malintencionado charlatán. Quizá fue la magnífica obra dramática de Isaac Rosenberg titulada Moisés lo primero que me hizo adoptar un punto de vista más generoso. Rosenberg ha sabido plasmar el extraño poder que Moisés debió de ejercer sobre el pueblo durante los últimos días de su cautiverio, la sensación de fuerza heroica que inspiraba. Un joven hebreo relata cómo:

Ayer, cuando yacía extenuado por el trabajo
bajo la estrepitosa grúa engrasada con nuestra sangre,
pensando en abandonarlo todo y dejar que me aplastara,
llegó él y me condujo hasta la sombra.
¡Oh, qué hoguera rugía en su sangre!
Desheló mis congeladas fibras y despertó la mía,
deslizándose por mis venas como un fuerte licor.
¡Me habló! Desde ayer,
¿no me he vuelto más grande?
El vigor de su sangre que irrumpe veloz
de su lengua insegura es como un ataque de ira
salido del piadoso deseo de un demente por
una monstruosa perfección frustrada.

Cabe esperar que entre los pueblos oprimidos o esclavizados, como el de los negros americanos, que verdaderamente leen la Biblia, Moisés seguirá siendo considerado durante mucho tiempo como un héroe libertador más que como un intolerante y cruel defensor de la ley y el orden. Del mismo modo que Isaac Rosenberg, un judío de Whitechapel con orgullo de raza, cuya ambición estaba permanentemente en conflicto con las circunstancias, era un paladín natural de Moisés el libertador, el profesor Brooks Adams, sabio y escéptico historiador americano cuya vida parece haberse visto siempre amargada por su temprana educación puritana, es un antagonista natural de Moisés el legislador. En el prólogo de la obra de Adams Emancipación de Massachusetts, ha y un detallado y valiente ataque contra Moisés en el cual éste es presentado no sólo como un hipócrita, un asesino y un charlatán, sino también como un cobarde, un incompetente y holgazán embrollador, y, finalmente, un desgraciado suicida. El profesor Brooks Adams pretende paliar esta sentencia sugiriendo que Moisés era, en el fondo, un hombre sincero que se habría ajustado a las leyes morales que instauró en nombre del Señor si le hubiera sido posible hacerlo. Considera el éxodo, después de la travesía del mar Rojo, como una serie de incurias y fracasos, y la muerte de Moisés como una crisis psicológica; después, omitiendo mencionar la triunfal conquista de Canaán, que sólo la paciencia organizadora de Moisés hizo posible, le culpa por la imbecilidad del sacerdocio en los todavía lejanos días de Elí.

Aun así, para quienes han sido educados en el cristianismo, esta actitud airada y desdeñosa hacia Moisés es un paso necesario hacia una evaluación más mesurada de sus éxitos y fracasos, y tengo que reconocer mi deuda con el profesor Brooks Adams por varios datos y referencias importantes que aparecen en su prólogo, aun cuando sólo haya tenido un valor negativo para mi propósito. La cuestión de lenguaje ha resultado ser muy difícil, como mis lectores comprobarán con benevolencia; había que elegir entre el arcaísmo bíblico y el estilo coloquial. Una novela basada en el Nuevo Testamento habría resultado más fácil, porque la mezcla de razas en Palestina durante los tiempos de Cristo habría excusado la utilización de un lenguaje más variado. No pretendo haber salido airoso del atolladero, y quizás el latín o el francés literario hubieran sido más apropiados que el inglés para el sencillo argumento de mi novela, porque son idiomas que no señalan «época» de una forma tan pronunciada como el inglés. Además, siendo ésta la primera novela que no escribo en verso, me ha deparado ciertos problemas técnicos que me resultan nuevos. Habiéndome prohibido el uso de complejas interacciones asociativas de palabras, que es mi método poético, sentí una fuerte necesidad de adornos; sin embargo, no pude utilizar nada excepto la repetición rítmica de ciertas palabras claves; la música del tambor antes que el arpa triple de los bardos.

Robert Graves

Islip, Oxon

Capítulo 1

La primera visita de Eliseo a Sunem

Eliseo, el varón de Dios, sentía gran orgullo por su cabello. El cabello rojo era una cosa poco vista entre los hebreos, y en tiempos antiguos el hombre pelirrojo podía escoger entre lucirlos con orgullo, como una distinción honorable, o con ira, como una maldición echada por los malos espíritus en el día de su nacimiento. El rey David había sido pelirrojo, pero era cuestión abierta cuáles de sus muchas dotes eran suyas en virtud de su cabello rojo. Algunos decían que sus éxitos, sus triunfos y su ley hacia Yahveh; otros que su imprudencia, sus pecados y sus aflicciones. Y mientras que la virtud del cabello rojo podía ser debatida en el caso de David, lo cierto es que en el caso de los amorreos, instalados en Jerusalén por Salomón, hijo de David, para trabajar en la construcción del templo de Yahveh, había muchos pelirrojos, hombres penosamente esclavizados.

Sin embargo, Elias, el famoso profeta y hacedor de milagros, era constante en sus alabanzas a los pelirrojos —eso sí, siempre que fueran hebreos y no extranjeros— y solía decir que el rojo era señal de santidad. Elias mantenía que Moisés, cuando era joven, tenía el cabello rojo, y también Adán, nuestro primer padre, porque Adán significa «el rojo». El propio Elias era moreno, pero su barba y el vello de sus brazos y piernas eran rojos. En ningún momento llevaba vestidos de lino, sólo una faja de cuero y una capa contra el frío, y era muy velludo, de manera que todo Israel se maravillaba de su vello rojo.

Y los israelitas, siguiendo las palabras de Elias, cuando vieron sus grandes milagros decretaron que el rojo fuese un color sagrado para el cabello.

Pues bien, un día de primavera Elias encontró al joven Eliseo arando los campos de su padre con doce yuntas de bueyes; vio la gran belleza del joven mientras araba la tierra roja con sus bueyes rojos. Sus largos cabellos, del color del oro del templo, caían sobre sus hombros. Elias miró y amó al joven. Se dijo a sí mismo: «Oro para el deleite de Yahveh»; pero se cubrió con el manto de piadosos pensamientos, de manera que ni Eliseo ni los demás labradores le vieron. Cuando Eliseo pasó arando con su yunta delante de Elias, éste posó levemente su manto sobre los hombros de Eliseo, y a continuación, quitándose el manto de piadosos pensamientos y descubriendo su aspecto claramente, se dio la vuelta y echó a caminar a través de los surcos. Eliseo comprendió la intención del profeta. Paró la yunta y, con la aguijada todavía en la mano, corrió tras Elias.

Y gritó: «Varón de Dios, ya que me has llamado, te seguiré; pero primero permíteme que dé el ósculo a mi padre y a mi madre y que ofrezca un sacrificio».

Elias quería saber si el poder de Yahveh se hallaba en aquel asunto o si, por el contrario, había sido sólo su predilección personal por la belleza del joven Eliseo lo que le había hecho posar el manto profético sobre sus hombros. Así pues, respondió: «Regresa a tu arado, porque tus compañeros han dejado de trabajar. Tu ejemplo incita a la pereza. ¿Qué dices? No tenía ninguna intención cuando rocé tus hombros con mi manto.» Eliseo le miró fijamente. Cuando comprendió que estaba probando su fe, no respondió nada, sino que llamó a sus compañeros y les dijo: «Compañeros, que os vaya bien. Mis días con el arado y en el granero han concluido. Me voy con el profeta para ser su siervo. Por tanto, ofrezcamos un sacrificio a Yahveh.»

Así pues, oraron para que aquel fuera un día propicio y, tomando una yunta de bueyes, los sacrificaron, despojándolos de su rojo pellejo. Después, Eliseo tomó las agujadas y los arados de madera, hizo un fuego con los arados y asó la carne sobre las agujadas. Llamó a su madre y a Safat, su padre, y se despidió de ellos con un beso, y todos los presentes comieron la carne allí en el campo. Luego Eliseo corrió en pos de Elias y le adelantó, convirtiéndose en su siervo. Estos hechos acontecieron en el segundo año del reinado de Acab, rey de Israel, y el cuadragésimo de Asá, rey de Judá.

Elias murió durante el primer año del reinado de Jo-ram, rey de Israel, y el decimotercero de Josafat, rey de Judá, cuando Eliseo llevaba ya veinte años trabajando para él. Su muerte se produjo a la manera de la de los grandes profetas. Aparecieron un torbellino y un carro tirado por caballos de fuego, y Elias subió al cielo arrastrado por la fuerza de aquél. Llevaba puestos su famoso manto y su faja de cuero y, cuando ascendía, arrojó el manto desde el carro, de forma que cayó sobre los hombros de Eliseo.

Cuando los Hijos de los Profetas oyeron que Eliseo había sido escogido para suceder a Elias, aunque al principio dudaron de la narración de su muerte, para ellos no fue ninguna sorpresa. Desde el primer día de su ministerio, Elias había amado a Eliseo y le había otorgado toda la sabiduría de los antiguos tiempos; le había enseñado a vivir con austeridad y a apartar su cuerpo de la corrupción y del innecesario derroche de espíritu. Aunque todavía no podían compararse con las proezas realizadas por su maestro, Eliseo tenía grandes dotes para obrar portentos y era, además, el único Hijo de los Profetas cuyo cabello tenía aquella tonalidad rojiza que Elias había consagrado como propia de Dios. Los Hijos de los Profetas se postraron ante Eliseo y dijeron: «Ahora que Elias ha marchado, Eliseo no habrá de quedarse atrás en la realización de milagros».

Y no se equivocaron. Con el manto de su maestro en la mano como instrumento, Eliseo comenzó a hacer de inmediato obras mucho más maravillosas de lo que hasta entonces se había atrevido a intentar. Hasta el momento se había contentado con portentos menores aprendidos de la tradición. Arrojaba su vara al suelo y la vara se convertía en una serpiente que se enroscaba por su pierna y por su cuerpo. Podía leer los pensamientos de los hombres antes de que hablaran, adivinar dónde encontrar agua en lugares secos, mantener fuego en las manos o en la boca. Podía ingerir veneno sin sufrir daño alguno. Podía infligir enfermedades a los hombres: lepra leve, manchas en las mejillas, furúnculos, y hacer sangrar los oídos y aparecer verrugas; y, asimismo, podía curar estas mismas enfermedades con rapidez. Pero ahora, con el espíritu de Elias ardiendo en su interior, dejó de lado esos

actos menores. Tomó el manto y tocó con él las aguas del río Jordán allí donde corrían más rápidas, a la vez que exclamaba en voz alta: «¿Dónde está ahora el Señor, el Dios de Elias?» Entonces las aguas se abrieron creando dos murallas, igual que había sucedido antes, aquel mismo día, cuando Elias las había tocado de la misma forma, o como las aguas del mar Rojo se habían abierto ante Moisés cuando Israel salió de Egipto; y a la vista de los Hijos de los Profetas Eliseo cruzó el Jordán. Este milagro sólo lo hicieron estos tres profetas: Moisés, Elias y Eliseo.

Eliseo supo entonces que el don que le había pedido a su maestro cuando murió —dos partes del espíritu de Elias—, verdaderamente le había sido otorgado. El seco sendero que corría entre las dos murallas de agua era el doble de ancho que el que se había abierto ante Elias. De manera que lo atravesó con paso majestuoso, sin volver la mirada ni a un lado ni a otro. Eliseo efectuó varios milagros más en el mismo día. Saneó un manantial de agua salobre en Jericó arrojando sal común en su interior; curó a dos ancianos que estaban enfermos de lepra. Hizo que una higuera diera fruto fuera de su estación, y también otras maravillas. Pero aquella noche estuvo al borde de la muerte y si no hubiera sido por su gran fortaleza sin duda hubiera perecido, ya que descuidó la advertencia de Elias cuando le dijo: «En verdad tendrás dos partes de mi espíritu, pero con ese don van dos partes de mis aflicciones y sufrimientos. Estos dos dones van unidos y nunca se pueden separar.» De manera que transcurrió todo un año antes de que Eliseo pudiera volver a realizar grandes milagros: a partir de aquel invierno y hasta el siguiente estuvo postrado y muy enfermo en una cueva del monte Carmelo, sufriendo de apatía, sin poder orar, curar ni meditar. Sin embargo su nombre era glorioso en Israel debido a las maravillas de aquel primer día, y cuando el año hubo pasado obró otros milagros, pero con moderación.

A los trece años de la muerte de Elias, cuando Eliseo contaba cincuenta y cinco años de edad, llegó por primera vez a Sunem, ciudad de la tribu de Isacar famosa por la belleza de sus mujeres. Sunamita había sido Abi-sag, la doncella más hermosa de Israel; amó a David cuando éste era muy anciano e incapaz de mantener el calor durante la noche si no era yaciendo en los brazos de una doncella. Y por culpa de Abisag, Adonías, el hermano mayor de Salomón, encontró la muerte, porque deseaba su belleza; su hermosura era proverbial en Israel. Se dice que Judit, la que mató a Holofernes y le cortó la cabeza, liberando así a su pueblo de los asirios, había nacido también en Sunem, pero que su padre se trasladó más tarde de Sunem a Betulia, de manera que Judit fue conocida en adelante como Judit de Betulia. Pero que era sunamita de nacimiento, y era la doncella más hermosa de su tiempo.

La historia que aquí vamos a relatar también trata de dos mujeres de Sunem, cuya belleza no era menor que la de Judit o Abisag. Una llegó a ser la concubina de Jo-ram, rey de Israel; ésta fue Sebia. La otra era la única mujer por quien el profeta Eliseo pecó, pero ella era una mujer casta y limpia de culpa; ésta fue Yokébed, esposa de Isacar, hijo de Dodo, un importante hombre de Sunem.

Cuando Eliseo llegó a Sunem, vara en mano, por el camino que pasa por Jezrael y Casalot, hacía un día caluroso. Guejazi caminaba fatigosamente tras él cargado con una olla, pedernales y la caja en la que Eliseo guardaba las muestras y herramientas mágicas. Guejazi era un joven alto que amaba a su maestro y que tras dos años de servicio tenía ya mucha pericia en el arte de la adivinación y el conocimiento de las hierbas y los metales. Eliseo lo había escogido en la escuela de

los Hijos de los Profetas, haciendo girar su vara y lanzándola al aire; en el lugar en que cayó, la vara señalaba a Guejazí. El profeta mayor de la escuela había dicho: «Has elegido bien; este joven es temeroso de Yahveh y es indiferente a los asuntos de la carne. Tómalo y te servirá bien.» Eliseo había contestado: «¿Cuáles son sus astros?» El sacerdote había respondido: «Bueno e indiferente, y de nuevo bueno. Indiferente quiere decir que en ese tiempo intermedio entre dos tiempos buenos, pecará si su maestro peca y se abstendrá de hacerlo si su maestro se abstiene.» Eliseo había dicho: «Que Yahveh esté con nosotros dos. Sigúeme, pues, Guejazí.»

Pues bien, a Eliseo le había sido revelado que aquella noche se alojaría en casa de un rico sunamita; desconocía, sin embargo, su nombre. Pasaba por una calle, con Guejazí siguiéndole a poca distancia, cuando vieron una gran casa al otro lado de la calle, y Eliseo supo que aquella era la casa donde estaba dispuesto que se alojara, pues la visión que había tenido no había sido oscura; sin embargo, sobre el dintel de la puerta que había percibido en su sueño había unas palabras escritas en escritura egipcia que decían: «¡Mi cabeza, mi cabeza!», y en la casa a la que se estaba aproximando no había nada escrito. Pero la higuera era la misma higuera y la celosía en el techo era la misma celosía que en la visión. De manera que oró diciendo: «Que Yahveh me acompañe», y luego entró sin siquiera llamar; y tomó asiento.

Guejazí llegó a trompicones y se quedó junto a la puerta, bajo la higuera. Un gorrión defecó sobre su cabeza, y Guejazí exclamó: «¡Mi cabeza, mi cabeza! ¡Estoy manchado! En esta casa hay mal para mí.» Así pues, no penetró en la casa, sino que permaneció fuera, bajo el árbol. Al oír el grito de Guejazí, Eliseo dijo: «Las palabras "¡Mi cabeza, mi cabeza!" estaban escritas encima de la puerta de esta casa en mi visión. Tendrías que haber orado cuando te acercaste a ella, como hice yo, puesto que yo te había hablado de mi visión. A mí no me ocurrirá nada malo mientras permanezca entre los muros de esta casa, pero tú estarás impuro hasta mañana, y has de quedarte donde estás.»

Yokébed, la sunamita, oyó a Eliseo penetrar en la habitación donde se encontraba sentada; no alzó los ojos ni le vio, pero hablando como alguien que tuviera conocimiento previo de su llegada le dijo a su criada Se-bia: «Trae agua para este profeta; ha caminado hoy desde Jezrael». Luego, dirigiéndose a Eliseo, dijo «Con permiso de mi señor», y, sin más, se marchó a otro aposento en el interior de la casa y Eliseo no volvió a verla hasta la mañana siguiente. Sebia sacó agua del pozo que había en el patio y Eliseo bebió. Luego Sebia salió y se acercó a Guejazí con el cuenco, pero Guejazí dijo: «Un gorrión me ha manchado. Deja el cuenco en el suelo y beberé: mañana lo purificaré y te lo devolveré.» Y ella hizo lo que le decía.

A Eliseo le pareció extraño que el ama de la casa, aun suponiendo que se hubiera enterado de su llegada por algún sueño o visión, le tratase con tan poco respeto. Llamó a la criada y le preguntó: «¿Quién eres tú y quién es tu señora?»

Ella contestó: «Mi ama es Yokébed, esposa de Isacar, hijo de Dodo, y yo soy Sebia, hija de Izrí, el mayordomo de Isacar».

Preguntóle Eliseo: «¿Acaso tu ama trata a todos los extraños de esta forma? ¿No les ofrece comida cuando llegan?»

Dijo Sebia: «Mi ama da de beber al sediento, como dicta la costumbre, y a veces más, porque no es una mujer avara; pero tiene sus rarezas».

Guejazí no pudo preparar comida para su maestro, pues tanto su olla como la comida que llevaba estaban impuros hasta el día siguiente, debido al gorrión. No obstante, Eliseo dijo: «Ayunar es bueno», de manera que ayunaron y durmieron, Eliseo en la casa, pero Guejazí en la calle. Temprano por la mañana Eliseo fue a despedirse de Yokébed, ya que Isacar, su esposo, no se encontraba con ella, pues se hallaba de viaje. La saludo cortésmente y, después de agradecerle el agua y el hospedaje, dijo: «Volvemos a emprender nuestro camino».

Dijo ella: «¿Partiréis en ayunas? Sin embargo, si hubiera más profetas que pudieran ayunar de tan buen grado, Israel sería una tierra más pura. De los muchos profetas que de cuando en cuando llegan a esta casa, la mayoría tienen ojos de beodos y labios de glotones. Y cuando se marchan de esta casa por la mañana no pronuncian palabras corteses como las que has pronunciado tú, sino una lluvia de reproches; porque para probarlos siempre les doy agua, pero sin comida. Tú, por lo que veo, eres un varón santo, y tu criado ha obrado bien: se ha quedado fuera para no manchar esta casa. Por tanto», y Yokébed dio unas palmadas, «Sebia, trae el banquete que hemos estado preparando. Colócalo delante de este profeta y, cuando haya comido, deja que coma su criado también.» De modo que Eliseo se sentó, le dio las gracias y comió; y Yokébed le sirvió la bebida.

Cuando Eliseo hubo comido y se hubo lavado las manos, Yokébed dijo: «Varón de Dios, tengo una pregunta que hacerte». Luego dijo: «Sebia, lleva esta comida al criado». Así que Sebia se fue y, una vez se hubo marchado, Yokébed dijo a Eliseo: «Esta es mi pregunta, una pregunta sencilla que espera una respuesta sencilla: ¿Cómo, en verdad, murió Moisés?»

Dijo Eliseo: «Está escrito en el quinto libro de Moisés, en los últimos versos del libro».

Contestó Yokébed: «Sí, pero en forma de acertijo».

Dijo él: «¿Cómo que en forma de acertijo?»

Dijo Yokébed: «Está escrito de forma sencilla para los necios, pero para los hombres y las mujeres inteligentes, y yo soy una de éstas, resulta oscuro, a no ser que un profeta sincero explique primero la historia. Porque el libro dice que Yahveh, nuestro Dios, enterró a su siervo Moisés en un valle de Moab, después de que hubiera muerto en el Pisgá según la palabra de Yahveh, pero que hasta hoy nadie sabe dónde se encuentra el sepulcro. Pero ¿es acaso Yahveh un hombre que sepulta a sus profetas en un agujero excavado con un azadón? Yahveh es un espíritu y Sus ministros un fuego ardiente. Moisés, o bien fue trasladado al Cielo, como lo fueron nuestro padre Enoc y tu maestro Elias, o bien, tal como me parece a mí, debió de ser enterrado por algún hombre. Dime, pues, ya que no soy necia, ¿cómo murió Moisés?, o ¿quién le enterró en el valle?»

Eliseo se maravilló de que una mujer le hiciera tal pregunta porque nunca había encontrado a una mujer juiciosa, exceptuando a Jezabel, la esposa de Ajab; pero Jezabel era una princesa de Sidón, una ciudad de sabios y diversiones donde todas las mujeres notables son inteligentes. De manera que le preguntó: «¿Quién te

enseñó a hacer semejantes preguntas? ¿Acaso fue Isa-car, hijo de Dodo, tu esposo? ¿O acaso algún esclavo amorreo o algún forastero adorador de Baal que se mofaba de nuestras tradiciones?»

Ella dijo sencillamente: «No, Isacar es otro de los necios, aunque es mi esposo y para mí el más querido de todos los hombres. Tampoco aprendo cosas de esclavos ni de forasteros. La pregunta sale de mi corazón.»

Prometióle entonces Eliseo a Yokébed: «Yo he de contarte la historia de Moisés, su nacimiento, su muerte y todo lo que aconteció entremedias, cuando venga otra vez; pues te has portado bien conmigo, y está claro que tu inteligencia está por encima de la de la mayoría de los hombres».

Mientras ellos dos conversaban, Sebia dejó la comida delante de Guejazí y se quedó de pie un poco apartada de él. Dijo: «Mi ama le está haciendo una pregunta difícil a tu amo. ¿Verdaderamente es un hombre tan sabio?» Respondió Guejazí: «Sabio y santo». Sebia volvió a preguntar: «¿También es santo y sabio su criado?» Guejazí respondió: «Por lo que respecta a la santidad, un gorrión le ha manchado. Por lo que respecta a la sabiduría, es poca y no está probada.» Dijo Sebia: «Déjame probar su sabiduría con dos preguntas». El dijo: «Habla; hagamos una prueba».

«Mi primera pregunta», dijo ella, «es ésta. ¿Por qué *tu* amo se lleva la mano a la parte posterior de la cabeza continuamente cuando hay hombres o mujeres observándole, y por qué se abstiene de hacerlo cuando ve que no hay nadie cerca de él?»

Guejazí dijo que eso era fácil de contestar, ya que Eliseo sentía vergüenza de una pequeña calva que tenía en la cabeza; cuando había gente que le observaba, se atusaba los cabellos con la mano para intentar taparla, «pues», dijo, «él siempre ha estado muy orgulloso de su cabello. Pero cuando no tiene motivos para sentir vergüenza, la mano se queda quieta. Pero déjame que te ciente la historia de la calvicie de mi maestro.

»Cuando mi maestro se dirigía de Jericó a Betel en el segundo año después de que Elias lo abandonara, un prupo de niños que eran moabitas nacidos en cautividad salió de Betel. Entre los moabitas el pelo rojo es motivo de escarnio, pues los moabitas odian a los imorreos, entre los cuales hay muchos pelirrojos. Los riños se acercaron en tropel y se pusieron a seguir a Elíseo y a burlarse de él tal como suelen hacer todos los niños. Eliseo se rió de ellos y les gritó: "Volveos a casa, pequeños moabitas, o recibiréis unos buenos azotes de mi vara". Fiados de su número, ellos le gritaron: "Vete, vete, esclavo amorreo pelirrojo", y uno de ellos sacó una copla sobre el color de sus cabellos que cantó con *a* melodía de un salmo:

Rojos como la sangre ha salido el sol, metamos al pelirrojo en prisión.

»Él y sus compañeros continuaron cantando esta canción y riéndose durante un largo trecho, de suerte que Eliseo se enfadó; aun así, no dijo nada y siguió caminando hacia la ciudad. Pero luego el mismo muchacho que le había sacado la copla y que parecía el jefe de la tropa exclamó: "Yahveh, el desgraciado Dios de Israel, debe de estar mal servido". Y sus compañeros le preguntaron: "¿Por qué,

hermano?" "Porque ahora se ve obligado a escoger a sus profetas entre los pelirrojos esclavos amorreos", respondió el otro.

»Hasta entonces Eliseo se había abstenido de hacer daño a los niños porque eran muy jóvenes y porque sólo se reían de él, pero cuando también se burlaron de Yahveh, estalló en palabras de justa cólera y los maldijo en nombre de Yahveh. En el acto, de un bosquecillo cercano salieron dos osas que se abalanzaron sobre los niños y mataron a muchos de ellos. Eliseo no había pensado que la respuesta de Yahveh hubiera de llegar tan pronto ni que fuera tan despiadada, y experimentó no poco pesar. En general le agradan los niños, y más debido a su propia falta de hijos, y cuando, llevado por la cólera, maldijo a aquellos pequeños moabitas, no tenía más intención que la de causarles una fiebre eruptiva, un fuerte dolor de tripa o insomnio; quizás incluso hacer que apareciese alguna fiera salvaje que comenzase a rugir y les hiciera dispersarse aterrorizados, mordiéndoles los talones y haciéndoles algún arañazo; pero no aquella carnicería. Verdaderamente habían descendido sobre él dos partes del espíritu de Elias, tal como éste le había prometido cuando se fue.

»Cuando Eliseo llegó a Betel y se alojó en la casa de un capataz de la ciudad, supo que su anfitrión le contemplaba con curiosidad cada vez que le daba la espalda, pues a menudo mi maestro puede ver con ojos que no son suyos. Entonces, pasándose la mano por los cabellos para ver qué cosa podía sucederle, en seguida halló una amplia área sin pelo hasta entonces inexistente, y comprendió de inmediato lo que había sucedido. Había quedado marcado hasta el fin de sus días con el signo del número 42, porque cuarenta y dos era el número de niños que habían destrozado las osas.

»Ahora bien, hay maldiciones exentas y maldiciones vinculantes. Por lo que se refiere a las maldiciones exentas, el hombre que las pronuncia en nombre de su Dios no toma parte en ellas, ya que de ellas no deriva ningún beneficio para él, sino que las profiere por amor a Yahveh. En una maldición vinculante, el hombre que maldice incluso en nombre de Yahveh se ve obligado a compartir el peso de la maldición, porque la pronuncia con la amargura de una disputa personal. Mi maestro, ciertamente, actuaba por amor a Yahveh, pero también estaba enojado por las bromas que hacían los niños metiéndose con su pelo y con los amorreos, pues el padre de su madre fue un esclavo amorreo, aunque esto era algo que ocultaba a la gente. Por otra parte, aquellos moabitas adoraban a sus propios dioses y, aunque cautivos nacidos en aquella tierra, no estaban bajo el dominio de Yahveh. Al morir habían clamado venganza a los dioses de su tierra más allá del Jordán, y aquellos dioses habían hecho avergonzarse a Eliseo por lo vanidoso que era con su pelo.»

Sebia dijo: «Has contestado satisfactoriamente, Guejazí. Y la segunda pregunta para probar tu sabiduría es si has visto alguna vez a alguna doncella más hermosa que yo.» Sebia giró lentamente sobre sí misma. Guejazí pudo percibir que sus formas eran bellas, pero, temiendo contestar, le dio la espalda y se ocupó de su comida. Sebia se burló de él alegremente y regresó junto a su ama.

Aquella misma noche Guejazí se purificó, hizo otro tanto con los utensilios y las vasijas que habían contenido la comida, y continuó su viaje con Eliseo. Eliseo dijo a Yokébed: «Saluda de mi parte a Isacar, tu esposo, y que Yahveh le acompañe.»

Cuando Isacar, el esposo de Yokébed, regresó de su viaje, pues había estado comprando ovejas y asnas lecheras en un mercado que se hallaba a dos días de camino, preguntó: «¿Está todo bien en casa? ¿Está todo bien en los campos?» Y ella respondió: «Todo está bien. Vinieron un profeta y su criado, pasaron la noche en la casa y a la noche siguiente continuaron su camino.» Isacar preguntó: «¿Era un varón santo el profeta? ¿Se comportó bien su criado?» Yokébed respondió: «Era santo, y el criado, bueno, porque siguiendo mi costumbre les ofrecí agua pero no les di comida, y ayunaron sin quejarse, por lo que al día siguiente les ofrecí un banquete. El varón de Dios dijo que regresaría para conocerte porque había oído alabanzas de ti.» Estas últimas palabras no eran ciertas, pero Yokébed amaba a su esposo y mintió para complacerle, sin darse cuenta siquiera de que lo estaba haciendo.

Isacar preguntó: «¿Qué más te dijo ese profeta?» Respondió Yokébed: «Que cuando regrese nos contará la historia de Moisés desde su nacimiento hasta su muerte». Dijo Isacar: «¿A ti y a mí? Para mí eso sería muy tedioso, porque conozco los libros de Moisés desde mi infancia y los puedo recitar sin miedo a cometer ningún error. Escúchalo tú si quieres, pero ya que es vergonzoso para una mujer estar a solas en una habitación con un hombre que no sea su esposo, aunque sea un varón santo, mira que tu sierva Sebia esté contigo cuando te recite la historia. ¿Qué clase de hombre es ese hombre de Dios?»

Respondió Yokébed a Isacar: «Es un hombre austero y gentil, con un rostro pálido, una gran nariz y unacabellera roja por la que no cesa de pasarse la mano».

Dijo Isacar: «No puede ser otro que Eliseo, el hijo de Safat, por cuya profecía y consejo los moabitas rebeldes fueron derrotados cuando dijo en un verso:

»"No veréis viento y no veréis lluvia,

pero las zanjas que cavéis inundarán el llano".

»Pues cuando Eliseo hizo esa profecía las tribus estaban muy sedientas y los moabitas eran fuertes y estaban bien apostados. Luego el agua llenó las zanjas y rebosó, y el sol de la mañana brilló sobre el agua, y los moabitas dijeron que era sangre y que las tribus de Israel se habían peleado con la tribu de Judá y que los reyes se habían matado. De suerte que gritaron: "¡Al botín. Moab!", pero cuando llegaron los israelitas salieron de su emboscada y los mataron. Aquel día yo me hallaba en el campamento visitando a mis hijos (¡ ay de mí! ahora aquellos dos espléndidos guerreros están muertos, > su querida madre también), y allí vi a Eliseo y le hablé, y él me bendijo.»

Respondió Yokébed: «Cierto, él te recuerda bien, y desea conversar contigo. Esposo, construyámosle un pequeño aposento dentro del recinto de la ciudad, cabe el patio de esta casa, y amueblémoslo con un lecho, una mesa, una silla y una palmatoria. Tengámosle siempre dispuesto para que pueda ocuparlo siempre que vuelva a pasar por aquí.»

Dijo Isacar: «Es el mismo Eliseo que llenó el jarro de la viuda con abundante aceite, de modo que ésta pidió prestadas vasijas y ollas de sus vecinos y las llenó todas hasta rebosar, siempre del mismo jarro. Cuando ya no hubo más recipientes que conseguir, el aceite dejó de manar y la viuda vendió el aceite y tuvo una vida

acomodada. Tal vez Eliseo realice el mismo milagro para nosotros si alguna vez pasamos necesidad, ya que es leal a sus amigos. Haz, pues, como has dicho, prepara ese aposento.» Isacar era codicioso, y sin embargo era un hombre justo y amaba a su esposa.

Comienzo de la historia de Moisés contada por Elíseo

Cuando Elíseo volvió a Sunem, Yokébed le acompañó a ver el aposento particular que ya le habían dispuesto y le dijo: «Desde ahora ésta será tu habitación para que puedas pasar la noche y descansar siempre que visites nuestra ciudad». Elíseo dio las gracias a Yokébed y dijo: «Te has preocupado mucho por mí y por mi criado. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Quieres que hable en tu nombre o en nombre de tu esposo en la corte del Rey? Desde el día en que ayudé a Israel a vencer a los moabitas, gozo allí tanto del favor del jefe del ejército como del del propio Rey.»

Yokébed agradeció a Elíseo su ofrecimiento, pero dijo: «No hay nada que puedas hacer por nosotros en aquellos lugares. Estamos contentos de vivir aquí entre nuestra propia gente; somos felices ocupándonos de nuestros rebaños de ovejas y bueyes y agasajando a los forasteros». Dijo esto con rapidez, casi con entado, le pareció a Eliseo; pero él no pudo leer sus pensamientos y esto le dolió. Luego ella dijo: «Todo lo que te pido es la historia que prometiste relatar, con respuestas claras a ciertas preguntas que te haré, porque mi mente está enojada por las mentiras y sutilezas de los cronistas que nos cuentan nuestra historia y nuestras leyes: glosan, se callan, escriben burlándose. El necio cree que comprende y está satisfecho, pero el hombre inteligente queda confuso, y como los sacerdotes recelan, no puede saber la verdad; y para una mujer inteligente el asunto es todavía peor.»

Dijo Elíseo: «Ven con tu esposo Isacar y pregunta todo lo que desees».

Yokébed contestó: «¿Por qué tiene que acompañarme Isacar? Isacar no es un hombre juicioso, excepto en lo que concierne al mando de su gente y al cuidado de sus tierras. ¿Cómo podré hacer preguntas si Isacar está conmigo? El no comprendería y, envidioso, rechazaría las mías y haría las suyas; y luego diría: "¿Cómo puedes importunar a este hombre santo con tus necesidades?" Después me sonreiría y me besaría, y provocaría mi enfado.»

Eliseo callaba, profundamente turbado. Viendo esto, Yokébed dijo: «Hablemos de cosas sin importancia esta noche. Deja que Isacar te haga todas las preguntas que quiera; yo guardaré silencio. Pero mañana, cuando Isacar esté en los campos vigilando el esquilado de las ovejas, tú me contarás la historia de Moisés, su nacimiento, su vida y la forma en que murió. Si tiene que haber una tercera persona con nosotros, deja que sea mi sirvienta Sebia, pues es discreta y me ama y se adormecerá mientras hablamos. Yo te juro que amo a Isacar como a mí misma, pero él lee en los libros tan sólo lo que está escrito y considera presuntuoso pedir cualquier explicación. Se vanagloria de saberse los Cinco Libros de memoria y para él esto es la mismísima sabiduría.»

Eliseo contestó: «No he cuestionado el amor que sientes por tu esposo». De este modo concluyó la conversación entre ambos.

Aquella noche, después de haber cenado, Eliseo e Isacar se sentaron a conversar mientras Yokébed permanecía un poco apartada y en silencio. Isacar hablaba de la cría de asnos y de cómo conseguir en ellos velocidad y resistencia. Eliseo escuchaba con atención y decía: " ¡Bien! ¡Bien!o "Nunca había oído hablar de ese método para escoger el macho", o "Mi padre Safat sabía bastante de estos asuntos, pero, comparado con mi señor Isacar, no era más que un niño". Y luego: "Bien hizo Jacob cuando bendijo vuestra tribu de Isacar comparándola con el asno fuerte hundido entre dos alforjas cargadas. Pues veo que mi señor y su gente no son hombres perezosos sino un pueblo fuerte y dispuesto a acometer cualquier labor que sea menester". «En verdad mi señor», dijo Eliseo, «vuestros asnos son vuestro orgullo. Nunca he visto bestias parecidas en esta parte del país ni en ningún otro lugar.»

Isacar se sintió complacido y más tarde le dijo a Yokébed en privado: «Esposa, este Eliseo es en verdad un gran profeta y el don de la profecía no le ha vuelto orgulloso, como a tantos otros». Y Yokébed a su vez se alegró de que Isacar pensara bien de Eliseo.

A la mañana siguiente temprano, cuando Isacar ya había partido hacia el lugar donde estaban esquilando, Yokébed y Sebia cogieron golosinas y dulces de leche cuajada, lo colocaron todo ante el profeta y éste comió. Luego, sentado él en un escabel y ellas en el suelo, comenzó a explicar las escrituras. Yokébed primero preguntó: «¿Es cierto que Moisés era el hijo de mi tocaya Yokébed, la esposa de Amram?» Eliseo dijo: «Ciertamente». Ella insistió: «Pero ¿era Moisés el hijo verdadero de Amram?»

Respondió Eliseo: «Ciertamente, según la ley, pero no según la carne. Pues resulta que en las primeras generaciones de los hombres, los sabios ignoraban lo que hoy entienden los más estúpidos, a saber, que el hijo sólo nace de la mujer después de que el hombre la haya conocido carnalmente. En aquellos días se creía que cuando una mujer caminaba entre los árboles o por la ribera del río al atardecer, era poseída por un espíritu que establecía su residencia dentro de ella, y que este espíritu, a su debido tiempo, nacía como su hijo. Entonces no había marido, ni esposa ni padre, sólo la madre; y sus hijos, hombres y mujeres, cohabitaban sin matrimonio y sin dote, como lo hacen las aves y las bestias.

»Por aquel entonces se estaba formando la religión en Egipto y a la mujer se la consideraba pertenencia de los dioses y sagrada por ser poseída por aquellos espíritus que traía al mundo como sus hijos; la madre mandaba y todas las posesiones de la familia eran de su linaje. Al cabo del tiempo los hombres se apercibieron de que, si bien algunas mujeres eran estériles y otras no podían concebir, no había ninguna que concibiera sin antes haber conocido a un hombre carnalmente. Entonces el hombre comenzó a vanagloriarse y a decir: "Si no fuera por los hombres, no nacería ningún niño; nosotros podemos otorgar y retener. Los espíritus habitan primero en nosotros. La mujer no pertenece a los dioses y el hombre es quien ha de mandarla." De esta forma la madre perdió su poder en la familia y el padre se hizo con él fácilmente, porque tenía más fuerza corporal. Fue entonces, cuando la mujer fue despreciada y cayó bajo el yugo del varón, cuando comenzó nuestra desgracia presente; pero, todo sea dicho, con el derecho materno también desapareció otro tipo de maldad.

»Este derecho materno sólo persistió en las familias reales, porque los sumos sacerdotes y los príncipes se rigen por las tradiciones que instauraron esta realeza y

no hacen mucho caso de las nuevas opiniones de sus gentes. En las casas reales la herencia pasaba de la reina madre a la hija, como había sido siempre, y, tal como ocurre en Israel hoy en día, ya que esta casa real ama las tradiciones egipcias, la reina madre tenía un gran poder a la sombra del trono. El rey nunca era más que su ministro principal, a no ser que fuera un hombre fuerte e insolente, como lo fue Salomón cuando se mofó de su madre Betsabé. Pues bien, a uno de estos faraones insolentes le disgustaba el hecho de que las grandes riquezas de la casa real tuvieran que estar en manos de su madre y ésta pudiera hacer con ellas lo que creyera más oportuno: o disiparlas entre favoritos sin mérito, o dejarlas al morir para que las heredara su hija, la cual se casaría con un gran jefe, quien a su vez acabaría obteniendo parte de estas posesiones. Entonces este Faraón ordenó instaurar entre la realeza egipcia una tradición según la cual el hermano habría de contraer matrimonio con la hermana, de forma que no se perdiera la herencia. Sin embargo, era éste un matrimonio únicamente legal y no de la carne. Faraón tenía concubinas y su esposa amantes entre los sacerdotes, pero estos amantes no participaban en el reparto de las posesiones reales por derecho propio. Los hijos de la esposa de Faraón eran los príncipes y princesas reales, pero si ella era estéril los herederos reales eran los hijos de las concubinas de Faraón.

»Pasemos ahora a Moisés: Moisés era hijo de la levita Yokébed, pero ella era concubina del hijo de Faraón que más adelante habría de ser Faraón. El hijo de Faraón estaba casado con su hermana de sangre, pero por el momento ésta tampoco tenía descendencia, de manera que Moisés era príncipe real en línea de sucesión al trono y su verdadera madre, Yokébed, fue su nodriza. No obstante, su madre según la ley era la hija de Faraón. Más adelante Yokébed fue entregada en matrimonio a Amram el levita y le dio hijos, Aarón y María. Pero cuando Moisés se rebeló en Egipto y regresó a su propio pueblo, reconoció como madre a Yokébed, a quien había rechazado, y rechazó a su verdadero padre, que para entonces ya era Faraón, reconociendo a Amram como padre según la ley. La historia de la cesta flotando entre los juncos es un cuento caprichoso con el que Moisés tapó la verdad de su origen. Algo hay de verdad en ella, no obstante, pues lo cierto es que Yokébed se ocultó del príncipe, su amante, entre los juncos del Nilo; pero éste la forzó.

»Cuando Moisés era niño y príncipe real de Egipto, sus tutores se contaban entre los más sabios consejeros de Faraón, vivía regiamente entre las gentes de su padre y aprendió a despreciar a los hebreos como si fueran un pueblo abominable. Aunque su madre Yokébed le había instruido secretamente sobre las tradiciones de sus tribus, y sobre Yahveh, su Dios, y sobre su antepasado José, que fue un hombre importante en Egipto cuando estaban recién establecidos en aquel país, los despreciaba con toda su alma. Los hebreos eran pastores comedores de carne, algo que resultaba repugnante para los egipcios.

»Cuando murió el viejo Faraón y el padre de Moisés subió el trono, la reina, inesperadamente, tuvo hijos. Entonces Moisés dejó de ser heredero del trono, salvo que éstos murieran antes. A su debido tiempo Moisés fue enviado a la gran Escuela de Sacerdotes de Helio-polis y allí aprendió toda la sabiduría de Egipto, la escritura y la magia, el movimiento de las estrellas y las propiedades de las hierbas y los metales, el arte de gobernar, el arte de la guerra y el arte del sacerdocio. Más adelante acudió a la misma escuela el heredero del trono, su hermanastro, cinco años menor que él. Moisés era alto, fuerte y bien parecido, y aprendía con mucha facilidad. El heredero que le había sustituido, en cambio, además de ser mal parecido y envidioso, tenía dificultades con sus estudios; y así, celoso de la fuerza y sabiduría de Moisés, comenzó a incitar a los otros estudiantes en su contra. Había

dos cosas en Moisés que les proporcionaron motivo de burla; la primera era que padecía de un tartamudeo que no perdió más que cuando abandonó Egipto, y la segunda, que su madre era una hebrea.

»Los hebreos estaban divididos en compañías de trabajadores y eran los encargados de construir grandes edificios para Faraón, ricas ciudades y la pirámide de éste, además de excavar acequias durante las inundaciones del Nilo. Los egipcios los detestaban no sólo porque comieran carne, sino porque se mantenían separados y hablaban su propia lengua; eran hombres astutos y grandes ladrones, porque sólo mediante el robo podían cubrir sus necesidades, y también eran asesinos secretos debido al odio que sentían por sus opresores. Se multiplicaban cada año, y cuanto mayor era la opresión que sufrían más se multiplicaban y más astutos y reservados se volvían.

»Moisés no tenía amigos en la escuela real porque los estudiantes, para ganarse el favor del futuro Faraón, se habían unido todos contra él. Cuando veían que sus burlas avergonzaban a Moisés las hacían con aún más saña. Un día consiguieron enfurecerle y arrancarle una profecía, la primera que hizo. Dijo: "Llegará el día en que el Nilo bajará rojo de sangre, y ese día tú, mi hermano, y vosotros, mis compañeros, os arrepentiréis de las burlas con las que me enojáis. Sí, y hasta desearéis haber nacido hebreos, para veros libres de la ira de los dioses." Moisés dijo esto sin saber cómo sucedería, pero los estudiantes le oyeron y tuvieron miedo. Esa vez no se burlaron de su tartamudeo, sino que dijeron: "Más vale guardarse de un hombre encolerizado". De modo que en adelante dejaron de ofenderle, de burlarse de él y de hacerle cualquier cosa; tal era su indiferencia que parecía que Moisés ya no estuviera entre ellos.

»Entonces Moisés en su soledad pronunció un gran juramento ante los dioses del Nilo, y también ante Yah-veh, el dios de su propio pueblo: que se vengaría. También lo hizo porque se habían burlado de él diciendo: "Moisés, Moisés, un hebreo es un esclavo por naturaleza, y los dioses lo han creado para que nos sirva eternamente. Tú también, aunque tengas sangre real, eres un esclavo por naturaleza; con la leche mamaste tu esclavitud." Y puesto que no podía remediar su nacimiento, Moisés se empeñó en perder su odio por los hebreos, si bien éste nunca le abandonó totalmente, y juró: "El pueblo de mi madre se verá libre del pueblo de mi padre". Para conseguir estos fines se perfeccionó en las artes secretas hasta que no hubo en todo Egipto mago que fuera mejor que él, pero se afaná especialmente en estudiar el arte de inspirar temor y el de crear apariciones. Mientras sus compañeros de estudios llevaban una vida cómoda y comían y bebían abundantemente, Moisés se abstenía, ya que eso es lo primero que exige la magia: evitar los lechos blandos, la ingestión de vino y los baños demasiado frecuentes. Además, tomó como esposa a una mujer etíope, la hija de un gran mago procedente de los montes de la Luna, donde nacen las fuentes del Nilo. Ella le era fiel, y aunque el matrimonio resultaba abominable para los egipcios, Moisés la amaba, y ella le preparó para aquellos hechos terroríficos por los que todavía se recuerda a Moisés en Egipto e Israel, y le instruyó en el conocimiento de dioses y demonios cuyos nombres sus compañeros ni siquiera conocían.

»Por aquel entonces el padre de Moisés se había convertido ya en Faraón y le despreciaba; él era el único de todos los hombres de Egipto a quien Moisés, desde su infancia, temía, porque era un hombre violento y el único que tenía poder para condenarle a muerte sin acusación o juicio. De manera que se propuso complacer a su padre y contestarle humildemente siempre que se mofara de él, ya fuese en

público o en privado. Moisés, así, pasó a ser llamado "el humilde", apodo que mantuvo, aunque el hecho de que en algún momento se le hubiera llamado así fue motivo de ironías tanto en Egipto como más adelante en el desierto, ironía que el cronista refleja en el pasaje donde cuenta cómo María y Aarón afirmaron poseer el don de la profecía. Moisés se apartó de todo trato con sus parientes egipcios y vivió en soledad con su esposa etíope; pero los hebreos tampoco le aceptaban, pues decían: "Es un egipcio".

»Moisés comenzó a buscar el favor de los hebreos intercediendo ante su padre Faraón, rogándole que aliviara su cautiverio, pero Faraón no quiso hacerlo. En otra ocasión intercedió para que los hebreos pudieran celebrar libremente las fiestas de su dios, ya que de hecho sólo se les concedía descanso en los días festivos de los dioses del Nilo. Pero Faraón no admitió su ruego y los hebreos dijeron de Moisés: "Es un necio. Pierde el tiempo." Esto disgustó a Moisés y se propuso realizar alguna acción que hiciera comprender a su pueblo que sus intenciones eran serias. Un día vio que un capataz egipcio golpeaba a un trabajador hebreo. Moisés miró a su alrededor para asegurarse de que ningún egipcio le observaba, luego se acercó al capataz por la espalda y con las manos le partió el cuello, pues poseía una gran fortaleza, y le enterró en la arena. Luego hizo prometer al hebreo que guardaría silencio, sabiendo que el rumor se esparciría por todos los campamentos de Israel antes del anochecer y que de allí no pasaría, pues los hebreos nunca contaban nada a los egipcios, y que se diría: "Puede que Moisés sea necio, pero actúa verdaderamente en beneficio de Israel".

»Al día siguiente, se interpuso entre dos hebreos que se peleaban y, separándolos bruscamente, dijo: "En estos días de cautiverio los israelitas tienen que estar unidos y dejar de lado sus querellas personales". El hebreo que estaba llevando la mejor parte en la lucha contestó a Moisés, acalorado: "¿Quién te ha nombrado juez o jefe nuestro?" Entonces Moisés se acercó al hombre y le sacudió por los hombros hasta que gritó: "¡Piedad, piedad!", y dijo: " ¡Oh, gran señor, no me mates como ayer mataste al capataz!"

»Moisés fingió encolerizarse y dijo: "¿Acaso te ha dicho lo que hice el hombre a quien defendí ayer? Este es un día maldito para Moisés. Antes del anochecer el rumor habrá llegado hasta Faraón y le proporcionará la ocasión para castigarme, pues me odia. ¡Oh, qué desagradecimiento es mi premio por este y otros muchos servicios que he llevado a cabo en secreto para mi pueblo! Pues en verdad Israel es mi pueblo. Faraón sólo es mi padre de nombre. En verdad soy el hijo del difunto Amram, el levita, y de su esposa Yokébed, quien lo admitirá francamente si se lo preguntáis."

»Después dijo: "Que os vaya bien amigos, pues ahora tengo que huir, pero llegará el día en que regrese para liberaros de vuestro cautiverio. Sed pacientes, sed reservados, sed leales entre vosotros mismos, y recordad esto: que mi hermano Aarón es vuestro baluarte máspreciado hasta que yo regrese. Voy a preparar una tierra de refugio para vosotros, y cuando llegue el tiempo propicio os conduciré fuera de Egipto con mano firme; y Yahveh, nuestro Dios, el Dios de Abraham y de José, estará con nosotros." Así fue cómo huyó Moisés, y las gentes le vieron partir maravilladas porque, aunque tartamudeaba y no poseía gran elocuencia en lengua hebrea, estando acostumbrado a expresarse sólo en la egipcia, hablaba con pasión y sinceridad, y les pareció ver que una luz brillaba alrededor de su cabeza, como si un ángel estuviera a su lado.

»Pues bien, Aarón era el hermanastro de Moisés, y era el hijo verdadero de Amram y Yokébed, y había sido educado por entero en Israel, en la tribu de Leví. Moisés había obtenido de Faraón el siguiente favor: que Aarón no tuviera que participar en las tareas asignadas a los demás hebreos; se lo había pedido en nombre de Yokébed. Moisés instruyó a Aarón en muchas de las artes egipcias; se halló con que Aarón aprendía con facilidad y éste se convirtió en el intermediario entre Moisés y el pueblo. A cambio de su instrucción en las artes egipcias, Aarón enseñó a Moisés todo lo que sabía sobre las tradiciones de Israel —más de lo que sabía Yokébed— y sobre la naturaleza de Yahveh y sobre la alianza que Yahveh había hecho en los tiempos antiguos con Abraham y Jacob.

»El pueblo amaba a Aarón porque sabía que era un verdadero israelita que había vivido y sufrido con ellos; no le envidiaban su libertad porque la utilizaba en favor de ellos, ayudándolos en sus hurtos y aliviando sus tareas mediante tratos secretos con los capataces. Además, era un sacerdote de Yahveh, y hermano de María, que era considerada una gran mujer de Israel. Sin embargo, Aarón siempre era esclavo de espíritu, a no ser que se encontrara junto a Moisés, pues entonces algo del orgullo y del espíritu de éste le invadían; sin Moisés no era nada; pero también era cierto que tampoco la gente confiaba en Moisés si Aarón no estaba con él. Hasta entonces Aarón se había contado entre los sacerdotes que adoraban a Yahveh como a uno más de los muchos dioses que había en Egipto, sin situarle a El primero en los cielos. Pero, apremiado por Moisés, predicó sólo sobre Yahveh y proclamó secretamente que los dioses de Egipto eran dioses falsos y que Yahveh oprimía a los hebreos porque sus corazones no estaban puestos únicamente en El.

»Así lo hizo durante los muchos años que Moisés estuvo en el desierto entre los madianitas, porque fue a Madián donde se dirigió Moisés cuando cruzó las fronteras orientales de Egipto. Moisés enviaba cartas a Aarón dos veces al año para darle fuerzas y dirigirle en la instrucción secreta de su gente. Tuvo que jurar que la maldición de Yahveh pesaría sobre los hebreos hasta que éstos cumplieran las últimas órdenes de José, quien antaño los había llevado a Egipto desde la tierra de Canaán. Estas órdenes eran que devolviesen su cuerpo, que estaba embalsamado, a su propia tierra. Aarón señalaba a Moisés como el hombre que los conduciría fuera de Egipto cuando finalmente adoraran a Yahveh como el único Dios de Israel. Dijo: "Cuando en estas tribus no se adore a más dios que a Yahveh, yo llamaré a Moisés, y él regresará y os sacará de aquí, porque ya está preparando el camino de la liberación".

»En Madián, Moisés se había hecho pastor de un sacerdote de los quenitas llamado Jetró. La primera vez que se ganó la estimación de Jetró fue en una ocasión en que se comportó con gran gentileza con sus hijas; ellas estaban abrevando su rebaño en un pozo y Moisés ahuyentó a otros pastores que pretendían abrevar sus rebaños antes que ellas. Moisés se desposó con Seforá, hija de Jetró, y tuvo hijos con ella, pero la mujer etíope todavía estaba con él. Moisés estudió con Jetró los caminos, los pastos, los pozos y la forma de vida en el desierto. Aprendió todas las rutas del desierto en el norte y el sur, desde la frontera de Egipto hasta la de Canaán, así como los nombres, el poder y las tradiciones de todas las tribus de Madián, Amalee y Filistea, y el poder de sus armas y otros muchos asuntos de esta índole. Y en una ocasión, al mediodía, estando a los pies del monte Horeb, en lo profundo del desierto, cuando se hallaba desesperado ante la magnitud de la empresa que había jurado llevar a cabo, Moisés cayó en un trance y tuvo la visión de una zarza en llamas y pudo oír la voz de Yahveh fortaleciéndole y prometiéndole la liberación. Yahveh se nombró a Sí mismo por un nombre nuevo,

"Yo soy el que soy", y declaró que el monte Ho-reb era en adelante una montaña sagrada dedicada a Su veneración. Moisés preguntó: "¿Por qué señal conoceré que estas cosas son verdaderas?" Y Yahveh respondió: "Mientras me sirvas de corazón, hablarás claramente y sin tartamudear". Y Moisés dijo: "Creo", y con ello su tartamudeo cesó y su espíritu se sintió robustecido. Envío recado a Aarón para que viniera a él y Aarón vino a él en el monte Horeb, pues tenía libertad para ir y venir donde le placiera, y saludó a Moisés con gran júbilo. Moisés, hablando sin tropiezos, le relató lo que había visto y oído. Entonces Aarón creyó y regresó, y contó lo sucedido a su pueblo, que lo escuchó con satisfacción, porque en aquellos días el cautiverio era más duro que nunca. Faraón, el padre de Moisés, estaba enfermo y apremiaba concluir su tumba, que era una gran montaña de piedra edificaba en forma de pirámide y recubierta de adobes.

»Por aquel entonces, hallándose en cierta ocasión Moisés en el lecho con su esposa, la mujer etíope, ambos se despertaron al mismo tiempo y se relataron sus respectivos sueños. Moisés dijo: "He tenido noticias de Egipto; he visto a mi madre Yokébed que me decía: Tu padre Faraón ha muerto' ". La mujer etíope dijo a su vez: "Yo he tenido noticias de mi tierra, en las fuentes del Nilo. Mi padre estaba delante de mí y decía: 'Aquí en las montañas hay poca nieve. El Nilo será muy pobre este año. También hay gran abundancia de plantas rojas en el lecho del río; cuando la crecida se lleve estas plantas a Egipto, las tierras enfermarán.' " Moisés preguntó: "¿Cuántos días faltan para la crecida del Nilo?" Ella calculó y le dijo tanto. Entonces Moisés dijo: "Hasta la próxima estación, esposa. Que te vaya bien."

»Cuando Moisés regresaba a Egipto desde Madián, habiéndose despedido de Jetró y habiéndole hecho partícipe de sus intenciones, su espíritu comenzó a flaquear ante la enormidad de su empeño y elevó sus plegarias a Yahveh pidiendo que enviara a otro hombre en su lugar para liberar a Israel, pues, aunque odiaba a los egipcios y quería vengarse de ellos, tampoco le era fácil desembarazarse de la repugnancia que sentía por los hebreos. Eran éstos apestosos para su olfato debido a su costumbre de comer carne. Por este motivo le gustaban más cuando estaban en el desierto, donde no tenían carne que comer. En la posada de Sukkot, que es el pueblo fronterizo de Egipto, dijo: "No voy. Regreso a Madián." Aquella noche, su esposa Seforá, que le había acompañado hasta allí, pero que había regresado después a las tiendas de su padre para esperar el retorno de Moisés de Egipto, lo encontró y vio que se hallaba en un estado de gran sufrimiento; parecía como si estuviera luchando con un espíritu maligno: los músculos le sobresalían del cuerpo como bultos de bronce, las venas de su frente como cuerdas, y se retorció, gemía y bramaba como un toro. "¡Libérame, Yahveh! ¡Me rindo! Haré lo que me pidas, pero ¡sálvame! Ya no puedo luchar más." Igual luchó en su día nuestro padre Jacob.

»Seforá, que era hija de un sacerdote, conocía el hechizo de la esposa contra los espíritus maléficos que luchan con su esposo. Sirviéndose de una piedra de sílex, como era propio, circuncidó a su hijo Guersom, y arrojó la carne cortada a los pies de Moisés. Recitó el versículo necesario:

"Esposo de sangre, has roto tu juramento."

»El hechizo perseguía que el espíritu maligno, viendo a la esposa enfurecida con su esposo, abandonara su cuerpo y lo dejara a la merced de la ira de la esposa. Y el hechizo surtió efecto.»

Preguntó la sunamita: «¿Cómo es posible? ¿Acaso puede uno engañar a Yahveh como se engaña a un niño?»

Eliseo contestó: «No, pero, al oír la voz enfurecida de Seforá y el abominable insulto, Moisés volvió en sí. Pues había salido del trance en el que luchaba contra Yahveh, y con ello se decidió a hacer la voluntad de Yahveh aun a costa de su propia destrucción.

»Para el pueblo de Israel en Egipto había llegado el momento de la liberación y Aarón supo del regreso de su hermano desde el momento en que había dicho: "Debo regresar", y así se lo había comunicado al pueblo, y el pueblo aguardaba a Moisés.

»Luego los sacerdotes y los jefes de las doce tribus eligieron a Moisés como su gobernante y su juez. Moisés acudió inmediatamente ante el nuevo Faraón, su hermano, al que odiaba, y le saludó diciendo: "¡Larga vida a Faraón!" Dijo después: "¿Dónde están aquellos compañeros que aprendían magia conmigo en el Colegio de Sacerdotes? Hagamos una demostración de nuestro arte ante Faraón." De manera que realizaron magia y la magia de Moisés era más poderosa que la de los otros magos, porque su vida era más pura y porque conocía la magia de los etíopes además de la que había aprendido en la escuela sacerdotal. Cuando arrojaron unas varas para que éstas se convirtieran en serpientes, la vara de Moisés devoró las varas de los egipcios; y cuando Moisés hizo que un gamo trepara por una cuerda mágica lanzada al aire, el mago principal de la corte envió un perro en su persecución, pero el gamo de Moisés se dio media vuelta y, topándolo con sus astas, lo derribó, de manera que cayó de espaldas y murió a los pies de Faraón. Entonces Moisés dijo: "Sea esto una señal para Israel y para Egipto".

»El mago principal apretó los puños y abrió la boca para maldecir a Moisés por esta señal, pero no consiguió mover los labios para hablar; su boca quedó abierta y bramaba como un toro, de modo que Faraón y su corte quedaron atónitos. Y cuando el gran mago intentó abrir los puños todos vieron que las uñas le habían crecido, atravesándole las palmas de las manos y saliéndole por el otro lado. Fueron unos hechos grandiosos y todos los que lo vieron y oyeron tuvieron miedo de Moisés, y Moisés hizo que todos tartamudearan ante Faraón, mientras que él hablaba con claridad. Y se burló de ellos por tartamudear. Entonces Moisés dijo a Faraón: "Concede a mi pueblo, los judíos, permiso para viajar tres días hasta el desierto y allí adorar a nuestros dioses". Y Faraón contestó: "Si os dejas marchar, ¿quién trabajará en la pirámide? El revestimiento de adobe sólo está a medio hacer, y cuando se haya terminado la obra habrá que empezar mi propia pirámide, que ha de ser dos veces más larga que la de mi padre."

»Dijo Moisés: "Tu negación hace que caiga una maldición de Yahveh, dios de Israel, sobre Egipto. La crecida del Nilo será nefasta y traerá agua pestilente del color de la sangre."

»Faraón se rió al oír que el dios de los hebreos cautivos amenazaba a Egipto. Y dijo: "Si es verdad lo que dices, debemos apresurarnos con la pirámide. Y puesto que vamos a sufrir una gran mortandad, desde ahora tu gente tendrá que buscar su propia paja para fabricar los adobes, y ya no podrá ser paja, sino rastrojos, porque

nosotros necesitaremos la paja como forraje. Que las compañías que no estén trabajando busquen rastros para los que estén construyendo." Los jefes de los hebreos acudieron a Moisés y dijeron: "Nos has fallado y has empeorado nuestra situación". Creció en Moisés el desánimo. Una vez más tuvo una visión de Yahveh amenazándole si fallaba, y una vez más recobró su valor, porque Yahveh dijo: "Cualquier palabra que digas a mi pueblo, a Aarón o a Faraón, será como si hablara Yo mismo".

»Llegó al cabo el momento de la crecida del Nilo y fue en verdad una mala crecida. Moisés sabía que el sueño de la mujer etíope se había cumplido, porque las aguas del Nilo bajaban repugnantes, llenas de aquella vegetación roja, y los peces morían, y el río apestaba. Moisés bajó a la orilla del río a mirar y vio que, aunque los peces más grandes estaban muertos, el río estaba plagado de renacuajos que comían las plantas rojas. Moisés supo que, al morir los peces grandes, los renacuajos crecerían en gran número, ya que los peces se alimentan de renacuajos y no los dejan proliferar. Pero también se dio cuenta de que no habría alimento para los renacuajos cuando éstos se convirtieran en ranas; se desplazarían tierra adentro en busca de alimento y charcas, pero al no encontrar nada perecerían porque la tierra no había sido inundada. Yahveh le hizo comprender todo aquello.

»Moisés amenazó a Faraón con una plaga de ranas si no concedía los días de fiesta a los judíos. Faraón se burló, pero al cabo de siete días llegaron las ranas y cubrieron las tierras de Egipto. Moisés las observó y encontró tres ranas que habían sido devoradas por gusanos y retuvo aquello en su mente. Mientras tanto, envió este mensaje a Faraón: "Destruiré estas ranas si dejas partir a mi pueblo". Faraón llamó a Moisés y dijo: "Tomad los tres días de fiesta, si es necesario, pero que sea en Egipto. Sacrificad a vuestros dioses aquí." Y Moisés respondió: "No voy a sacrificar y comer carne contrariamente a la religión de los egipcios mientras me encuentre en Egipto, porque si así lo hiciese tus dioses se enojarían, y tu gente se alzaría y nos mataría por tal abominación. Ellos están armados y nosotros no." Entonces Faraón le otorgó su petición, pero, una vez las ranas hubieron desaparecido, se la negó; pues ocurrió tal como había previsto Moisés, que no encontraron ni agua ni comida, y algunas regresaron a morir al río y otras perecieron donde estaban, en las ciudades o en los campos. Y las amontonaban y la tierra hedía.

»Entonces Moisés amenazó a Faraón con una plaga de piojos y Faraón respondió que hiciera lo que quisiera. Ordenó a sus soldados que prendieran a Moisés y le mataran, pero Moisés los cegó. Tres compañías quedaron ciegas, con lo cual ya no se encontraron más soldados que se atrevieran a oponerse a Moisés. Entonces salieron los piojos de las ranas y cubrieron a los hombres y a las bestias, y Moisés amenazó de nuevo a Faraón, esta vez con una plaga de moscas, pues sabía que en pocos días los montones de ranas muertas producirían grandes enjambres de moscas. Pero aquel Faraón era un hombre obcecado y veía el asunto como una batalla entre los antiguos dioses del Nilo y aquel advenedizo Yahveh de los hebreos, así que, invocando a sus dioses, no permitió salir a los judíos. Entonces Moisés dijo a Aarón: "La tierra está contaminada con piojos, moscas y ranas. Pronto los rebaños enfermarán." Y amenazó a Faraón con una gran mortandad de las bestias. Y la mortandad negó. Sabía también Moisés que los egipcios beberían el agua envenenada y que el veneno haría que su piel se inflamara con grandes furúnculos.»

La sunamita preguntó a Eliseo: «¿Pero cómo es posible que durante todo ese tiempo las ranas, los piojos, las moscas, la mortandad de las bestias y los furúnculos no afectaran a los hebreos?»

Eliseo respondió: «El mismo día en que Moisés observó los renacuajos envió mensajes tanto a los israelitas que se hallaban en Gosen acampados con sus rebaños y sus vacadas, como a los trabajadores que estaban junto a Ramsés, para que colocaran tres grandes cercos entre ellos y el río y a todo su alrededor, cercos hechos con un material corrosivo que él les enseñó a mezclar y que las ranas no pudieron atravesar. Además, les dijo que no bebieran agua del Nilo, que sólo tomaran vino sin mezclar, y agua hervida, y leche, porque el agua estaba envenenada; y que no comieran los animales enfermos y que no compraran bestias de los egipcios hasta que hubiera pasado la mortandad. De manera que aquellas plagas no afectaron mucho a los hebreos.

»Después llegó la gran tempestad de granizo cuyas señales conoció Moisés por adelantado, y amenazó a Faraón con ella, y el granizo llegó y arrasó las cosechas. La provincia de Gosen, sin embargo, se salvó, por lo que Moisés le dio las gracias a Yahveh. Luego la mujer etíope dijo nuevamente a Moisés: "He tenido otra visión de mi padre, que decía: 'La langosta ha devorado gran parte de nuestra cosecha, pero la hemos ahuyentado con gran estrépito. Ahora va río abajo y dentro de tres días estará con vosotros.'" De modo que Moisés amenazó con la plaga de langosta a Faraón. La langosta llegó durante la noche, pero los israelitas, alertados por Moisés, tomaron cazuelas de bronce y las golpearon mientras proferían grandes gritos, y la langosta no se posó donde ellos estaban. En los campos y huertos egipcios, en cambio, causaron grandes daños.

»Después Moisés supo por sus cálculos astronómicos que un día determinado el sol se oscurecería; y así ocurrió, y Faraón quedó maravillado. Pero a pesar de todos aquellos acontecimientos Faraón se mantenía fiel a su rango y a sus dioses y no dejaba salir al pueblo de Israel.

»Entonces Moisés, por fin, habiendo tenido un sueño en el que se le apareció Yahveh dándole instrucciones, preparó una gran conspiración e hizo saber a Faraón que moriría todo primogénito nacido en la ciudad real de Ramsés. Secretamente, Moisés dividió la ciudad en doce distritos e instaló en cada uno de ellos una compañía de asesinos procedente de cada una de las tribus, y a cada distrito le correspondía una compañía. Como cabeza de la tribu de Leví, la noche señalada acudió con ellos y los asesinatos fueron perpetrados con rapidez y astucia, de manera que ningún hombre de ninguna compañía resultó prendido y ninguna casa escapó sin asesinato. Moisés había dado órdenes de que, allí donde hubiera hebreos que vivían en la ciudad, boticarios, trabajadores del metal, músicos, cambistas y gente de otros oficios, el dintel de sus puertas quedara marcado con sangre, para que aquellas casas quedaran a salvo. Los hombres escogidos para la matanza iban disfrazados de aquellos demonios del desierto por quienes los egipcios sienten un profundo temor reverencial; llevaban los rostros tiznados con carbón vegetal y portaban antorchas y puñales.

»El obcecado espíritu de Faraón se quebró por fin, pues vio en este acto el enojo de sus dioses. Pues estos dioses habían sido sordos a sus plegarias cuando los había invocado para que apartaran las plagas prometidas, y tampoco los negros demonios que habían matado a su gente eran los demonios extraños de Israel; parecían más bien los demonios ancestrales del propio Nilo. También salieron del

Nilo las ranas, de un Nilo que se había vuelto rojo como la sangre. Faraón no sospechaba de los hebreos: su instrucción secreta en el manejo de las armas, su nueva fe en Yahveh el conquistador y su súbito valor después de generaciones de cautiverio eran totalmente desconocidos por Faraón. Sabía que Moisés hacía poco que había regresado a Egipto, y sólo conocía a Aarón por lo que era sin Moisés, un cobarde. Consideraba a Moisés tan sólo un hombre, si bien terrible, mas sin poder alguno entre los hebreos, a quienes Faraón despreciaba completamente.

»Recordó, sin embargo, la profecía que había hecho Moisés, según la cual, cuando el Nilo bajara ensangrentado, el egipcio envidiaría al hebreo. Y así era, porque los hebreos se habían salvado de las plagas y los egipcios los envidiaban. Entonces, el jefe de los magos dijo a Faraón: "Quizá los dioses están enojados porque utilizamos infieles para construir sus templos; a buen seguro que estos hebreos colocan cada adobe con una maldición, porque su cautiverio les resulta muy pesado. Te aconsejamos que alivies su cautiverio un poco para que retiren las maldiciones que han puesto en sus obras." Así, Faraón ordenó venir ante él a Moisés y cedió, diciendo: "Marcha lejos de aquí; si regresas, morirás". Moisés dijo: "Me marchó, pero mi pueblo viene conmigo". Dijo Faraón: "Vigila, pues, que no sea por más de tres días. Las obras están muy atrasadas."

»Así pues, los hebreos, que ya estaban preparados, salieron de Egipto, hombres, mujeres y niños, rebaños, vacadas y equipaje; se dirigieron hacia el desierto y Moisés les guiaba. Moisés había dado órdenes para que antes de partir robaran o tomaran prestado oro, joyas y ropas de los egipcios. Esto lo *ordenó* para que luego tuvieran miedo de regresar y ser castigados por ladrones. Sabía que eran cobardes, pero calculó que su avaricia pesaría más que su cobardía. Cuando se encontraban ya más allá de las fronteras de Egipto, Faraón dijo: "Han pasado ya los tres días de sus fiestas y no han regresado. Ha llegado la hora de la venganza. Los dioses de Egipto no tienen poder contra mi ejército más allá de las fronteras de Egipto. Iré tras esos esclavos y los mataré sin piedad." Dicho esto, salió en su persecución con carros y los hebreos sintieron pavor cuando vieron que Faraón se aproximaba, y culparon a Moisés por haberlos mantenido alejados más de los tres días de la fiesta.

»Moisés tenía un conjuro mágico para separar las aguas y atravesarlas a pie enjuto. También yo tengo ese poder y también lo tenía mi maestro Elías. Pero Moisés lo tuvo antes que nosotros. Y antes que él, los sabios sacerdotes etíopes. De modo que los hebreos atravesaron un brazo del mar Rojo a pie enjuto, pero cuando los capitanes de Faraón les siguieron, Moisés invirtió su conjuro y los carros de Faraón, y también sus jinetes, se vieron arrollados por las aguas. Así fue como Israel salió de Egipto.»

Dijo la sunamita: «Varón de Dios, una pregunta: revélame esa magia de Moisés. ¿Con qué poder se llevó a cabo?»

Eliseo contestó: «Con el poder de Yahveh».

La sunamita replicó airada: «¿No te pedí que me trataras con sinceridad, y no como si fuera una necia? ¿Acaso Yahveh es también el dios de los etíopes? Ellos poseyeron la magia primero.»

Eliseo se sintió confuso por la agudeza inquisitiva de Yokébed y por su vehemencia. Contestó: «Los etíopes no conocen a Yahveh. No obstante», dijo, «nosotros obramos estos milagros en nombre de Yahveh y le otorgamos su gloria,

del mismo modo en que los etíopes lo hacen con sus propios dioses. ¿Es suficiente esta respuesta?»

Dijo Yokébed: «Así pues, ¿es la magia un poder que está por encima de los dioses?»

El dijo: «Ningún dios es dueño único de ese poder, pero la magia sólo puede realizarse en nombre de un dios».

Yokébed preguntó: «¿Cómo se hace la magia?»

Entonces fue Eliseo quien habló airadamente: «Decirte cómo se hace y nada es lo mismo. Sabemos que se puede hacer y la hacemos, pero no a la ligera. Después no podemos decir "lo hicimos de tal forrrría", porque estas cosas están más allá de la razón, y cuando las hacemos ya no somos criaturas que razonamos con "cómo", "por qué" y "de qué forma", sino que toda la visión de la vida cambia para nosotros. Pensamos, pero no razonamos. Comprendemos, pero no podemos interpretar. Cometemos actos terroríficos, pero no teñemos miedo. Y conocemos de antemano el precio de estos actos. ;

«¡Ah, el precio!», dijo Yokébed. «Ya suponía yo que habría un precio. Dime ese precio.»

Eliseo contestó: «Se puede pagar antes o se puede pagar después, pero el precio siempre es el mismo. Supon que en este momento yo quisiera trasladar este aposento donde me hospedo a una legua de distancia. ¿Qué pasaría? No pienses que porque yo toque la habitación con mi vara y se desplace como le ordene, mi cuerpo ni mi mente quedarán libres de esfuerzo. El trabajo y el esfuerzo de este desplazamiento son ni más ni menos que el trabajo de desmontarlo palo a palo y piedra a piedra, y de desplazar los palos y las piedras, las vigas, la argamasa y todo lo demás en un carro de bueyes hasta el otro lugar, y a eso hay que añadir el trabajo de reconstruirlo igual que estaba antes. El trabajo y el esfuerzo están ahí, y no pueden eludirse, pero se sopesan de antemano, y el ignorante no sabe nada de eso. E igual que ocurre con el traslado de una casa, ocurre con la división de las aguas; el trabajo, el pensamiento y el esfuerzo son los mismos que sé requerirían para desviar el río con un presa y canales, y luego volver a ponerlo como estaba.

»La magia no es para hombres perezosos. Nosotros los profetas vivimos una vida de sufrimiento y penalidades, siempre preparando nuestras obras de antemano con sudores y dolor, para que aquellos que nos ven digan: "Qué fácil es hacerlo". Esas mismas obras pueden realizarse sin padecer antes, pero entonces no se puede evitar que el dolor llegue después. Eso es magia negra, y la otra se llama magia blanca; yo, por mi parte, prefiero sufrir antes y no después.»

Dijo Yokébed: «Así se entienden la prudencia y la virtud; primero el sufrimiento, después el gozo. Del otro modo se entienden el pecado y la estupidez; primero el gozo, después el dolor. Y, sin embargo, dolor y gozo se encuentran en los dos en igual medida.»

Una vez más Eliseo se maravilló de la sunamita. Y dijo: «Así pues, ahí tenemos la ley: que puede haber una semejanza de acontecimientos producidos con rapidez y facilidad lo mismo que si fueran obra de un dios, pero el trabajo necesario tiene que hacerse. La otra ley es consecuencia de la primera. En maleficios y trastornos causados por arte de magia a un enemigo, la maldición ha de soportarla igual el

hombre sobre el que cae que el hombre que la pronuncia. Supon que cogiera una tablilla de plomo para enterrarla bajo la piedra umbral de tu puerta y que en ella yo escribiera tu nombre y entonara ciertos cantos e hiciera ciertos signos en ella, y dijera: "Que la familia de Isacar sea arrojada de esta casa antes de la luna nueva, porque yo he de entrar y tomar posesión de ella". Sin lugar a dudas así ocurriría.

»Pero aunque yo gozara de mi fortuna y me regocijara ante los que había expulsado, ¿crees que podría prosperar en esta casa? Yo digo que no, pues las hormigas de los campos la invadirían y me devorarían; mi ganado se pondría enfermo y el tejado se caería: mi fortuna se tornaría desdicha. Siempre sucede así.»

Yokébed preguntó: «Cuando sucedió el prodigio de la viuda y las jarras de aceite, no quiero saber cómo llegó el aceite, pero dime: ¿de dónde procedía?»

Eliseo contestó: «Del palacio del Rey; aunque él no supo nada. El día en que liberé a Israel de Moab, el Rey me dijo: "Toma lo que quieras de mis posesiones.

Si no hubiera sido por ti, todos estos tesoros serían el botín de Moab." Yo respondí: "Ahora no, porque soy un varón de Dios y no recibo regalos para mí. Pero en algún momento, cuando tenga necesidad, tomaré de ti lo que necesite en nombre de Yahveh, y no será para mi uso." De manera que tomé del rey el aceite para la viuda; y eso sin abrir la tesorería ni consultar con Su Majestad.»

Eliseo también dijo: «Como hombre de Dios, mi deber es recordar constantemente a los hombres el castigo que sufre quien ofende a Yahveh y cómo esta ofensa se deja notar en el trato del hombre con sus semejantes». Después le explicó la ley de la maldición con más detalle de lo que había hecho Guejazí con Sebia. «Cuando maldigo en el nombre de Yahveh, no soy yo quien maldice, sino Yahveh. Si veo a un hombre que peca contra su prójimo, maldigo el hecho, y él sabe que ha pecado y por lo tanto espera el castigo, y el castigo llega; o bien, arrepintiéndose, él mismo ejecuta su propio castigo. Mi trabajo es trazar una línea entre castigo y pecado de forma que los hombres puedan percibir cómo una cosa sigue a la otra.

»Cuando utilizo el nombre de Yahveh, y no es para beneficiarme a mí mismo, y el hombre a quien maldigo también le teme, Yahveh asume el peso de la maldición; o bien, cuando maldigo en el nombre de Yahveh, y no es en beneficio propio, a uno que no le teme y que sirve a otros dioses, entonces hay animosidad entre Yahveh y aquel otro dios; el hombre estará maldito y Yahveh asumirá el peso de la maldición contra el otro dios. Pero cuando maldigo en el nombre de Yahveh para mi propio beneficio, y no como un hombre de Dios, el hombre a quien maldigo en verdad recibe la maldición, pero yo tengo que asumir el peso de la maldición con él, la maldición de Yahveh si el hombre es hebreo, o la maldición de los otros dioses si el hombre es un extranjero.» Y le relató la historia de los niños moabitas a quienes había maldecido por una ofensa personal y cómo sus dioses le habían castigado.

Ella le preguntó: «¿Están los dioses en sus tratos entre sí sujetos por las mismas leyes que los hombres en los suyos? ¿Puede un dios herir impunemente a otro dios vecino?»

Eliseo le contestó: «No lo sé, ya que no soy un dios. A mí me basta con servir a Yahveh. Que Yahveh libre sus propias batallas y que sufra derrotas o gane victo-

rias. Nosotros somos hebreos y estamos ligados a El desde la antigüedad. Contentémonos con eso.»

Sebia reprimió un bostezo; luego bostezó otra vez, pero esta vez, insolentemente, no ocultó su cansancio, de modo que Yokébed, al verlo, le golpeó la boca con la mano y le dijo: «¿Acaso no tienes ningún respeto al varón de Dios, que bosteza mientras él explica sus crónicas?»

Eliseo sintió lástima y dijo: «Señora, a tu criada le gustan mucho las historias, pero aborrece la moral; y tú eres la única entre todas las mujeres de Israel que, después de comer el fruto, gustas de partir el hueso para encontrar el fruto amargo».

Sebia pidió perdón y dijo: «Eso es algo que no entiendo y creo que nunca entenderé, cómo los hombres pueden sentarse a hablar de cosas que están más allá de las palabras, y luego, encontrando las palabras insuficientes, continuar noche y día amontonando palabra sobre palabra sin llegar a ningún resultado». Pero Yokébed le mandó guardar silencio y continuó: «Varón de

Dios, cuéntame lo del paso del mar Rojo. ¿En verdad separó Moisés las aguas?»

Contestó Eliseo: «Al atardecer del cuarto día, después de haber conducido a su grey más allá de Sukkot, llegó a un brazo del mar Rojo. Y allí oró y levantó su vara y un viento del norte empezó a soplar con violencia, apartando las aguas bajas, y la gente pudo cruzar por los húmedos limos del mar. Las vacas y las ovejas, como tienen las pezuñas divididas, pasaron sin que ninguna se perdiera, y los hebreos colocaron tablas en sus pies para no hundirse. Faraón, en cambio, que los perseguía con seiscientos carros y muchos jinetes, quedó muy mal parado. Los caballos, que tienen los cascos redondos, quedaron atascados y luego se hundieron debido al gran peso de los carros: Faraón entonces ordenó que quitaran las ruedas de los carros para que éstos pudieran ser arrastrados como narrias sobre el fango. Pero los caballos estaban debilitados por la peste que habían padecido anteriormente y, cuando el viento cambió tras la oración de Moisés, el agua volvió a su lugar y pocos egipcios escaparon de morir ahogados. Aquello fue una gran hazaña de Moisés y seguramente le costó mucho a su espíritu: un hombre puede realizar una hazaña mucho menor y caer muerto después. Señora, sentirías piedad sólo con saber la centésima parte del oscuro vacío y del pesado embotamiento de manos y corazón que invade al hombre a través del cual Dios ha efectuado un hecho maravilloso. Después de desatar la lluvia el día en que luchamos contra Moab, yo me sentía como un árbol que ha sido atravesado por un rayo y ha quedado privado de hojas y frutos. Te diré otra cosa. A menudo, en nombre de Yahveh, seguimos una práctica con la que evitamos el desgaste espiritual.

El mismo Moisés lo hizo, tanto en Egipto como en el desierto. Pues Yahveh puso en su corazón la presciencia gracias a la cual pudo prever y preparar aquellos hechos maravillosos, de forma que pudo acometerlos con facilidad y su poder no se desperdició; si no hubiera sido así, no habría podido sostener el peso de su tarea. Y ahora tengo una pequeña cosa que mostrarte.»

Entonces Eliseo manipuló un guijarro de tal manera que a las mujeres les pareció que le atravesaba la cabeza; lo repitió más lentamente y luego aún más lentamente, de manera que pudieron observar la verdad. En el juego había dos guijarros. «De esta manera conservo a menudo mis fuerzas», dijo Eliseo, «pero sólo para servir mejor a Yahveh. Así conservaba sus fuerzas Moisés. Pero no pienses que fue así en el caso del mar Rojo. Yo conozco la tradición. No eran trucos

aprendidos de los etíopes. La magia es inspirada nuevamente cada vez; no se puede enseñar.»

Yokébed dijo: «Entonces, ¿hay dos clases de magia?, ¿mayor y menor?»

Dijo Eliseo: «Hay magia y hay trucos: ambas cosas nos están permitidas. En el truco existe el conocimiento previo del hecho propuesto, de manera que quien lo hace puede responder a la pregunta de cómo y por qué medios se ha realizado la proeza. El no se sorprende de sus actos maravillosos. Conserva sus fuerzas. Pero el truco no niega la magia, como la magia no niega el truco. Tampoco las personas ignorantes pueden distinguir con facilidad entre ambas cosas y decir: "Esto es magia, pero esto es truco." El hombre, en cambio, sí sabe cuándo ejecuta esas proezas. El truco es un arte, pero la magia es un don, aunque a menudo los que hacen trucos se hagan llamar magos.»

Luego, súbitamente airado, aunque sonriendo levemente, dijo Eliseo: «Si no fuera porque sirvo a Yahveh, confieso que desde hace tiempo me habría cansado de toda clase de proezas, tanto mágicas como de habilidad, ya que prefiero actos sencillos, estar sentado en silencio, dormir. Además, he estado enseñando durante tanto tiempo en la escuela de Samaría que, como Sebia, prefiero una historia aguda a las preguntas que plantea.»

Pero Yokébed aún le hizo una pregunta más a Eliseo. Dijo: «¿Es verdad que tu maestro, el profeta Elías, devolvió la vida a un niño muerto?»

El contestó: «No, porque muerte significa que la vida no puede volver al cuerpo de la persona que está muerta. El niño se encontraba en trance. Sin embargo, cuando una persona parece estar muerta y la respiración ha abandonado su cuerpo, si no se admite su muerte, su vida puede continuar, aunque por ello hay que pagar un castigo del que ahora no hablaré. Por el contrario, si cuando su respiración ha cesado completamente uno dice: "Está muerto", entonces está muerto, y no hay castigo que pueda hacer que su vida continúe, porque la vida se le ha ido.»

Yokébed permaneció sentada en silencio, reflexionando, pero Sebia estaba inquieta y pidió ver otro truco. Eliseo retornó a sus oraciones y las mujeres le abandonaron.

Prosigue la historia con preguntas y respuestas

Durante las horas más calurosas del día Eliseo comió y conversó con Isacar; Yokébed no se hallaba con ellos, pero Guejazí estaba allí, atendiéndoles. Dijo Isacar: «Hombre de Dios, me siento muy dichoso de que te encuentres entre nosotros y de poder hablar contigo acerca de la mejor manera de organizar los rebaños. No es corriente encontrar a un hombre que esté dotado con el espíritu de la adivinación y al mismo tiempo posea el buen sentido necesario para manejar utensilios, siervos y ganado.» Pues Eliseo le había aconsejado sobre la reparación de un pajar cuyas paredes se vencían hacia el exterior debido al peso del tejado, y sobre el justo pago a los forasteros que habían acudido para ayudar durante la cosecha y sobre la purificación de un pozo en el que se había caído un animal enfermo.

Eliseo le dio las gracias y dijo: «Aprendo más yo de ti que tú de mí en estas cuestiones, y volveré gustoso para aprender más». Y dijo luego, en el tono que se utiliza para hablar de cosas de poca monta: «Las mujeres de tu casa, tu esposa Yokébed y su criada Sebia, me atienden bien y para agradecerse lo les relato cuentos de magia y les recito las Escrituras».

Isacar se rió. «Me alegra saber que mi esposa escucha historias de ti antes que de otros.»

Cuando Isacar se hubo retirado a su lecho, Eliseo dijo a Guejazí: «Guejazí, ¿por qué no he entendido el sentido de la chanza de Isacar?» Guejazí no supo responderle. Dijo: «Mañana se lo preguntaré a Sebia, la sirvienta. Quizás ella pueda decirme lo que quiso decir su amo.» A la mañana siguiente Guejazí preguntó a Sebia: «¿Qué quiso decir Isacar cuando, riendo, dijo que era mejor para tu ama que escuchase historias de mi maestro que de otros hombres?»

Sebia le miró con mucha atención y dijo: «¿Es posible que seas tan ignorante? ¿Acaso ser necio es señal de santidad?» Guejazí no entendía, pero su rostro se tornó serio y replicó: «Cuéntame».

Sebia se puso a bailar sobre un solo pie a la vez que entonaba suavemente una canción, y dijo: «¿No has oído nunca el cuento de aquel príncipe que compró de un sabio por mil talentos el precepto que dice "Trae mala suerte hospedarse en casa de un hombre viejo que tiene una esposa joven", y que, habiendo escapado a la muerte gracias a su consejo, añadió otros mil talentos a los primeros?»

Guejazí seguía aún sin entender, de modo que Sebia dejó de bailar y dijo: «Yokébed es joven, bella y rica, pero no tiene hijos y su esposo es viejo. Por eso ella se muere de pena en medio de tanta holganza. Isacar la ama y ella ama a Isacar, pero es desgraciada. Isacar se alegra muchísimo de que Yokébed encuentre alivio a su tedio en las historias que le cuenta tu amo, que además no le causan celos. Porque el varón de Dios está más allá de toda sospecha y a ti, Guejazí mío, mi ama

de momento no te ha mirado todavía con ojos amorosos, como muy bien podría haber hecho, ya que eres un muchacho bien parecido y deseable.»

A Sebia le gustaban mucho las burlas y Guejazí, turbado, se fue y le contó todo eso a Eliseo. Eliseo le dio las gracias y le rogó que se mantuviera vigilante contra los embates de la carne, porque si quedaba atrapado en ellos, su ministerio, en el que tan asiduamente y con tanto amor había trabajado, se acabaría. Guejazí protestó con ardor diciendo que ante Yahveh su corazón era puro y nunca había mirado a ninguna mujer con lujuria. Pero Eliseo quedó preocupado al comprender que no había sido capaz de leer el pensamiento de Isa-car cuando había bromeado. A Eliseo siempre le parecía estar al borde de la transgresión si no podía leer los pensamientos de un hombre; pero buscó en su corazón y lo encontró puro.

No obstante, aquel mismo día partió porque sabía que algo que no podía comprender se interponía entre Isacar y él. Sin embargo, Isacar fue con él y le acompañó parte del camino, despidiéndose cariñosamente. Guejazí no quería partir, porque sentía en sí un profundo deseo por Sebia, pero no dijo nada.

Guejazí sirvió diligentemente a Eliseo hasta que volvieron a Sunem en el otoño, cuando el trigo estaba ya cosechado y almacenado en los graneros. Isacar los vio venir desde lejos y, después de cabalgar hasta ellos para salir a su encuentro, los recibió con amabilidad. Dijo: «Desgraciadamente, mañana tengo que partir de viaje otra vez, pero esta noche comeremos, beberemos y conversaremos, y cuando me vaya puedes acompañarme durante parte del camino, si quieres, montado en alguno de mis asnos, y luego volver para esperar mi regreso. Mi esposa te cuidará bien, te lo garantizo.»

Más tarde Isacar se apartó con Eliseo y le dijo: «Tu siervo Guejazí, ¿es un joven cabal y modesto?» Eliseo respondió: «Es ambas cosas, cabal y modesto, porque puedo leer sus pensamientos; pero, aunque no hemos hablado sobre el asunto, confieso que sé que siente un gran amor por Sebia, la criada de tu esposa, porque es beUa y tiene una lengua agradable y burlona. Si yo le pusiera en el brete de confesar este amor, él, como es un muchacho sincero, lo confesaría, pero no lo hago para que no rompa su compromiso de servicio conmigo y se case con ella. Yo no digo nada y, así, él trabaja con más diligencia debido a mi silencio, pues sabe que puedo leer sus pensamientos. Con el tiempo este amor puede disminuir, y entonces mi silencio habrá sido provechoso.»

Isacar volvió a reír y dijo: «¿Guejazí ama a Sebia? Esa es una buena noticia para mí.» Eliseo se quedó nuevamente sin comprender, pero esta vez no pudo preguntar a Guejazí cuáles eran las intenciones de Isa-car. Entre ellos había cierta reserva, porque Eliseo sabía que Guejazí amaba a Sebia, pero más porque el propio Eliseo, sin saberlo, amaba a Yokébed con un amor muy grande y despreciaba a su esposo. Cuando, en presencia de ella, temblaba, se decía: "Es una perlesía". Cuando sentía arder su corazón, se decía: "El espíritu de la profecía me invade, o el espíritu de la revelación".

Una vez que Isacar hubo emprendido su camino y Eliseo le hubo acompañado durante su buena media jornada a lomos de un asno, y hubo regresado a la mañana siguiente, el profeta continuó con la historia de Moisés. Eliseo se sentó en el escabel de su aposento particular, y ambas mujeres, Yokébed y Sebia, en el suelo.

Dijo Eliseo: «Las crónicas se equivocan cuando hablan del gran número de hebreos que salieron de Egipto; su número fue mucho menor de lo que está escrito, pero aun así el desierto no era capaz de mantener a tantas personas que, con la sola excepción de Moisés, desconocían las peculiaridades de aquel lugar. Antes de que hubiera pasado un año, la mitad de los ancianos había muerto de sed, hambre o cansancio, y asimismo gran número de los más jóvenes; y al año siguiente pereció aproximadamente el mismo número. Además, pequeños grupos de amalecitas merodeaban en torno al campamento y mataban a aquellos que se aventuraban a salir, así como a los que se rezagaban durante las marchas. Pero después del segundo año fueron menos los que murieron por aquellas causas, porque los que habían sobrevivido habían aprendido a subsistir tomando poca comida y bebiendo poca agua, y se habían acostumbrado a vivir austeramente, así como a no quedarse detrás de sus compañeros. Tal había sido la intención de Moisés. Los rebaños y animales que poseían no bastaban para mantenerlos, ya que muchos habían muerto por el camino, pero con el oro que habían robado a los egipcios compraban grano y dátiles a los ma-dianitas y Moisés les enseñó dónde encontrar liquen del desierto, que comieron con gusto. Lo llamaron "maná", que significa "¿Qué es?", porque para ellos era desconocido.

»Durante los primeros días de marcha la gente hubiera muerto de hambre, porque, acostumbrados como estaban a tener el estómago siempre lleno, desobedecieron las órdenes de Moisés de comer con parquedad; sin embargo, una gran bandada de codornices, desviada de su curso por un fuerte viento, cayó entre ellos debido al cansancio del vuelo, y el hambre de la gente se sintió aliviada; aun así, comieron hasta que se les saltaron las lágrimas, y muchos murieron por ello. Ahora Jetró estaba junto a Moisés al cargo de los rebaños, porque conocía dónde se hallaban los pastos. Una fuerza armada procedente de Madián acompañaba a los rebaños, y también algunos hombres escogidos de entre los hebreos, pero de todos los hombres en edad de luchar, no había ni uno entre diez mil que tuviese valor para pelear ni destreza alguna en el uso de las armas.

. »Como habían dicho los egipcios, todavía eran esclavos de corazón, fugitivos de Egipto antes que futuros conquistadores de la tierra de Canaán. Aarón dijo a Moisés: "Yo creía que ibas a llevar a esta gente hasta la tierra de Canaán después de pasar sólo unos cuantos meses en el desierto, pero ya hace dos años que estamos aquí y el pueblo se impacienta. Todos los días se quejan ante mí de tu gran tardanza y dicen: '¿Qué pretende Moisés? ¿Cuánto tiempo más habremos de estar vagando por este desierto y muriendo de hambre?'"

»Contestó Moisés: "Escucha bien, Aarón. Cuando yo era un joven príncipe, una vez fui nombrado para mandar un ejército egipcio contra los etíopes del sur. Los derrotamos en tres batallas encarnizadas y conseguí gran fama por ello. Pues bien, en la primera batalla había un fuerza de infantería hebrea guardando nuestro flanco, hombres escogidos de entre las compañías de trabajadores de Pitom. Estos, en cuanto divisaron la caballería, rompieron filas y huyeron, y nuestro centro se vio en peligro por su culpa; si no hubiera sido por un joven llamado Nun, el padre de Josué, que consiguió reunir una pequeña compañía de los hombres más atrevidos que encontró por allí y logró contener él solo el ataque, a buen seguro que hubiéramos perdido la batalla. Debido a su largo cautiverio, este pueblo no es luchador. Si yo hubiera pensado que tus compañeros eran gente de lucha, ¿crees que habría escogido este camino por el sur, tan difícil? No, habría ido por el norte, por

tierra de filisteos. Aquí tengo amigos entre los ma-dianitas, y los amalecitas, aunque son gente valiente, ni son tan numerosos ni están tan bien armados y entrenados como los filisteos."

»Aarón preguntó: "Entonces, ¿cuáles son tus intenciones?"

»Moisés contestó: "Es evidente que tenemos que quedarnos aquí diez años más, hasta que los muchachos jóvenes hayan sido adiestrados como guerreros. Amalee les enseñará a tener fuerza y cautela en el combate. De los hombres maduros ¿en quién podemos confiar, si no es uno aquí y otro allá, y, aun así, sólo cuando el peligro es pequeño? ¿Acaso es posible que un esclavo nacido en cautividad se convierta algún día en guerrero? ¿Es Josué un guerrero? Sí, pero porque fue educado como un egipcio, igual que yo. Porque cuando murió su padre, sirvió como paje a un capitán del ejército egipcio. Dejemos que los muchachos aprendan lo que sus padres nunca aprenderán. Dentro de diez años contando desde hoy, saldremos de aquí."

»Dijo Aarón: "Pero ¿podremos contener a estos príncipes rebeldes? Ellos quieren o bien regresar a Egipto o seguir adelante hacia Canaán; pero prefieren Canaán a este desierto, y prefieren Egipto a Canaán." Moisés respondió: "Si yo les oigo quejarse, Yahveh sin duda les castigará con la peste o la lepra; o los quemará con fuego. ¿Regresarían a Egipto como regresan los perros a su propio vómito? ¿Son acaso lo suficientemente fuertes como para poseer Canaán? No, se quedarán aquí." De manera que vagaron de pasto en pasto en la tierra de Madián y se adiestró a los muchachos para la lucha. Y Aarón le dijo al pueblo: "No permitáis que Moisés oiga vuestras quejas, o acabaréis mal".

»Cuando llegaron a un lugar llamado R[^]idim, fueron atacados por un ejército de amalecitas. Hasta entonces los amalecitas no se habían atrevido a atacarlos en masa, sino que se habían contentado con asaltar a los rezagados. Los amalecitas están en perpetua discordia, tribu contra tribu y familia contra familia, y hubieron de pasar dos años antes de que decidieran aliarse entre sí para atacar a Moisés con un ejército. Sin embargo, aun así Israel era veinte veces más numeroso que Amalee. Cuando Amalee avanzó, Israel huyó a la primera lluvia de flechas. Sólo Josué consiguió salvar la jornada con una pequeña compañía de hombres escogidos, de los cuales la mitad eran egipcios y etíopes de la variada multitud que había salido con ellos de Egipto. Los amalecitas se habían dispersado para saquear el campamento hebreo, pero, una vez conseguida la victoria, las rencillas de Amalee resurgieron con la distribución del botín. Para su confusión, Josué cayó sobre ellos de improviso y mató a muchos antes de que pudieran volver a organizarse. Luego, Jetró y sus madiani-tas, avisados con urgencia por Moisés, regresaron y acometieron a la retaguardia de Amalee y cortaron su retirada. Cuando la lucha hubo terminado, Moisés, que se había subido a un altozano para observar la batalla desde donde mejor pudiera ver los flancos de Israel, bajó y se mofó de la cobardía de su gente. "¿Sois vosotros los fieros guerreros que han jurado conquistar la tierra de Canaán y matar a los hombres fuertes que ahora la guardan con ciudades amuralladas? La única lucha que cabe esperar de vosotros son peleas de borrachos y asesinatos de hombres dormidos. Hoy he visto a compañías de cincuenta entregarse como prisioneros a un solo amalecita, sin intercambiar ni un golpe. Lo único que desconcertó hoy a Amalee fue la seguridad de la victoria, un hombre

valiente entre los miles de vosotros, y una compañía de egipcios y etíopes junto con otra de Madián." Esta fue la última vez que Amalee atacó de forma abierta a Israel.

»Por aquel entonces, Moisés tuvo que cargar con la responsabilidad de ser el juez de todo el pueblo, y, aconsejado por Jetró, nombró jueces delegados para juzgar los casos menos importantes mientras que él en persona juzgaba los más graves. Sin embargo, pronto comprendió la gran necesidad de tener una tabla de leyes, ya que los jueces delegados juzgaban algunos casos según las leyes egipcias, otros según las tradiciones del pueblo hebreo anteriores a su llegada a Egipto, y otros sin ajustarse a más ley que la que pareciera más apropiada en aquella ocasión.

»Entonces Moisés condujo a su pueblo hasta el monte Sinaí y subió a él en medio de truenos y resonar de trompetas, y del Sinaí bajó llevando las tablas de la ley escritas con el dedo de Yahveh.»

Yokébed dijo a Eliseo: «Todo eso es lo que he leído en las crónicas. Pero ahora cuéntame lo que hizo realmente Moisés en el monte Sinaí; y no me hables, te lo ruego una vez más, como si yo fuera persona que creyera en supersticiones, porque no puedo soportar oír mentiras.»

Eliseo contestó: «Lo que he dicho es la pura verdad; pero te lo explicaré con más detalle, si es lo que deseas. Se me había olvidado que tenías tal avidez por la verdad.

»Moisés ordenó a su gente que se purificara lavándose, y les comunicó que estaba prohibido tocar la montaña, porque perecerían si lo intentaban; era una montaña consagrada a Yahveh. Y, estando Moisés poseído del espíritu de Yahveh, colocó debajo de sus ropajes una curiosa trompeta a través de la cual, si un hombre hablaba, su voz sonaba como si hablara un toro y las palabras se oían desde una gran distancia. Después encendió unas teas con un pedernal y con ellas prendió un gran fuego en la hendidura de una roca, de manera que las llamas se elevaron por encima de la cima de la montaña y una gran humareda la cubrió.

»He de decirte que, en el Sinaí, Moisés conocía fuentes de un cierto betún que brotaba de la roca y que, si ésta se horadaba, brotaba con más celeridad. También había lugares donde brotaban vapores oleosos; una tea encendida arrojada allí habría de causar un fuego voraz con humo y un ruido siseante. También había piedras empapadas de betún que podían arder y provocar una gran humareda. Moisés había preparado aquel lugar hacía ya mucho tiempo, amontonando gran número de piedras oleosas alrededor de la hendidura por la que salía el vapor; fue este vapor el que prendió con las teas encendidas; tal como se le había aconsejado en un sueño.

»Oculto por el humo, Moisés habló a través de la trompeta. Habló con dos voces: con la suya propia y con otra más solemne y potente que era la voz de Yahveh. Y las palabras que pronunció con la voz solemne fueron los diez mandamientos para gobierno de los jueces y del pueblo. El fuego rugía y el humo se extendía y mientras hablaba se oían estallidos de ruido que resonaban como truenos. Y la gente quedó maravillada y prometió obediencia.

»Al día siguiente, Moisés, con la montaña aún en llamas, volvió a subir a ella y la trompeta sonó mientras lo hacía. Quien soplabla era la mujer etíope, pues, como

no pertenecía a la comunidad, no había peligro de muerte para ella. Moisés la convirtió en el instrumento de Yahveh. Luego Moisés cogió la trompeta y pronunció otros mandamientos y órdenes. Había convocado a unos cuantos ancianos elegidos y les había ordenado apartarse del monte y aguardar mientras él ascendía. Les mostró una visión de Yahveh, como un hombre poderoso vestido con ropas azules y con un suelo brillante a sus pies, que todos pudieron ver. Y los ancianos dijeron: "Hemos visto a nuestro Dios".

»Moisés aún subió otra vez al monte Sinaí y permaneció en él, solo, cuarenta días y cuarenta noches, y cortó y labró dos tablas de piedra como testimonio, y escribió el nombre de Yahveh en ellas y las bajó como prueba de que Yahveh había nombrado al pueblo hebreo Su pueblo elegido.»

Dijo la sunamita en voz queda: «De forma que Moisés evitó desgastar su poder tomando el camino más fácil. Entonces, esos mandamientos de Dios ¿son sólo una invención de Moisés pronunciada a través de una trompeta que había escondido bajo sus ropas? ¿La aparición de Yahveh ante aquellos ancianos una mera ilusión conjurada por Moisés? ¿Es toda nuestra religión sólo un engaño impuesto por ese Moisés, por ese malvado? Y tú, como hombre de Dios, ¿no sientes vergüenza al decirme todas estas cosas?»

Eliseo rió: «¡Un momento! Moisés actuaba en nombre de Yahveh, y creía en Yahveh. Y aunque los mandamientos de Yahveh no fueron los mandamientos de Yahveh hasta que fueron aceptados como tales por el pueblo, de hecho fueron aceptados y todavía hoy son aceptados y obedecidos; y sucedía que cualquier hombre que los infringía era castigado con la muerte o alguna pena menor, y así sigue siendo hasta el día de hoy. Y lo mismo vale para las otras leyes y ordenanzas. Un dios no es nada, sólo una sombra, un espectro, hasta que se le obedece. Ahora escucha bien lo que sigue.

»Aunque Moisés volvió a crear al Dios de los hebreos dotándolo de nueva vida cuando estaba casi muerto, avasallado por los dioses del Nilo, aunque, repito, Moisés donó este Dios a los hebreos, una vez que lo hubo hecho también él tuvo la obligación de adorarlo y obedecerle. Porque Yahveh no habló sólo con Moisés, sino también con Aarón, y cuando otros hebreos sintieron en sí el don de la profecía de Yahveh, Moisés, al menos al principio, no lo prohibió. Y si mostró a los hebreos aquellas apariciones, y grabó aquellas piedras de testimonio, y puso aquellas luces mágicas en el cielo nocturno y las columnas de humo durante el día, y construyó un arca para que en ella habitara Yahveh, fue para que los hebreos conocieran a Dios no sólo en sus corazones, sino también a través de sus sentidos: pero todo se hizo en nombre de Yahveh y siguiendo Sus instrucciones. En cierta ocasión, Josué fue corriendo a buscar a Moisés ante el Tabernáculo, donde se encontraba con sesenta y ocho ancianos que profetizaban bajo su inspiración, y dijo: "Dos hombres, Eldad y Medad, que deberían estar aquí, están profetizando en el campamento. ¿Quieres que se lo prohíba?" Y dijo Moisés: "¿Están profetizando cosas buenas?" Josué contestó: "Cosas buenas". Dijo Moisés: "¿Sientes acaso celos por mí? Quisiera Yahveh que todo Su pueblo fueran profetas henchidos de Su espíritu." Pero esto aconteció antes del tiempo del atrevimiento de María, y Eldad y Medad no profetizaban más que lo que Moisés les inspiraba a profetizar por él.

»Una vez que los hebreos creyeron en aquel Yahveh, Yahveh se fortaleció con su fe y obró maravillas, y Moisés, aunque podía hablar en nombre de Yahveh, no podía contradecir nada de lo que ya se había dicho en Su nombre; era un esclavo del Dios que había renovado. Además, no hay hombre que pueda mostrar una aparición a ningún otro hombre contra su voluntad; pues éste sólo verá lo que esté dispuesto a ver. Moisés no podía imponer a los hebreos más Dios que el Dios que les fuera mejor, y aunque Moisés hizo aquellas apariciones para que la gente viera con sus ojos, él también creía en el Yahveh a quien había visto en el arbusto en llamas.»

La sunamita preguntó: «Aquel arbusto en llamas, ¿fue a su vez una aparición que mostró a Moisés algún otro hombre?» Eliseo contestó: «No, pero Moisés deseaba una nueva revelación del Dios de los hebreos, y por tanto vio a Yahveh, igual que un hombre hambriento ve en sueños ante sí un banquete».

Dijo la sunamita: «Sí, pero sólo en sueños».

Contestó Eliseo: «¿Por qué han de considerarse menos importantes los sueños que las imágenes que se ven despierto? Y lo mismo digo de las apariciones. Cuando se ven, ¿son acaso menos verdaderas que cualquier otra cosa vista u oída? Hablas como tu esposo Isacar, para quien no hay más verdad que ovejas, vacas, graneros, siervos y una joven esposa. Para él, el resto del mundo es mentira.»

Dijo Yokébed: «Entonces ¿quién es Yahveh?»

Dijo Eliseo: «Es el Dios de los hebreos, y sin ellos no es nada. Si los hebreos convierten a otras gentes y ellos también llegan a creer en Yahveh, entonces será también el Dios de esos pueblos. Pero Su poder nunca es más fuerte que el poder de Su pueblo. Si los hebreos se multiplican y se extienden sobre la tierra, de modo que todas las naciones perezcan ante Yahveh, entonces, y sólo entonces, Yahveh será todopoderoso; porque las otras naciones tienen sus propios dioses y a través de ellos hacen sus propios mñagros y de ellos reciben sus propias leyes.

»Así pues, el más importante de los mandamientos que se dieron en el Sinaí fue éste: "No habrá para tí otros dioses delante de mí". Como dice David en una canción: "El necio dijo de corazón: 'No hay Dios' ". Fíjate, no dice "el mentiroso", sino "el necio", porque ningún hombre puede vivir entre un pueblo y negar a su Dios sin dañarse a sí mismo.»

Dijo la sunamita: «Entonces ¿Dios es el pueblo?»

Eliseo contestó: «No, como tampoco el padre de un hombre, o su madre, o sus hijos son él mismo. Son de él o por él, pero no son el hombre mismo.»

Dijo Sebia: «Varón de Dios, cuéntenos la historia de Coré, DATAN y Abirón», pues estaba cansada de tanto debate y de tanta enseñanza.

«¡Un momento!», dijo Eliseo. «Terminemos primero la historia de las tablas de piedra. Moisés había designado a Aarón y a Jetró para regir al pueblo en su nombre mientras él estaba en el monte. Estuvo ausente cuarenta días y Josué, su ministro, estaba con él. Pero cuando ya llevaban mucho tiempo fuera, la gente dijo: "A buen seguro que Moisés está muerto, porque no vimos que se llevara víveres" (y sin embargo Moisés sí se había llevado comida, y en el Sinaí había agua). También

dijo: "Debe de haberlo consumido el fuego o haberse ahogado con el humo de su dios".

»Se reunieron delante de la tienda de Aarón y le dijeron: "Ese Dios que predica Moisés nos ha causado muchos daños. A causa de El nos fuimos de una tierra de plenitud para venir a este desierto de rocas y sed; El designó a Moisés como nuestro jefe y ahora Moisés ha muerto y estamos abandonados. Llamemos a los dioses del Nilo para que nos reciban de nuevo en Egipto. Mejor recibir azotes y construir pirámides que esta desdicha presente, pues en Egipto nunca tuvimos hambre y nuestra vida estaba cuidadosamente organizada. Con el tiempo que ha pasado, Faraón nos habrá perdonado nuestros robos, porque necesita nuestra mano de obra para levantar su pirámide, y nosotros trabajamos mejor que los egipcios. Sal de ahí, Aarón, y haznos imágenes de los dioses egipcios, pues tú eres entendido en esas cosas. Después nombremos un capitán y regresemos a Egipto."

»Aarón sintió miedo, porque los hombres estaban armados y enojados. Intentó hacer magia tal como hacía Moisés, porque cuando la gente murmuraba Moisés los castigaba con lepra o con llagas, o bien los asustaba con otros prodigios. Sin embargo, como tenía miedo, la magia le falló, y él lo entendió como señal de que verdaderamente el Dios de Moisés le había abandonado.

De modo que rundió pendientes y otras joyas e hizo un becerro de oro. El becerro era la imagen del dios Mne-vis, un importante dios del Nilo, y simbolizaba al pueblo hebreo, que se había extraviado como un becerro. Después danzaron a su alrededor, como lo hacían los egipcios, y entonaron canciones y profirieron gritos.

»Moisés y Josué descendieron de la montaña portando las tablas del testimonio, y cuando Josué oyó el griterío dijo a Moisés: "Se oye ruido de guerra en el campamento". Y Moisés dijo: "¿Son gritos de victoria o gemidos de moribundos? No, pues están cantando."

»Cuando Moisés vio todo lo que estaba sucediendo, montó en cólera, tiró al suelo las tablas del testimonio y las rompió. Luego, irrumpiendo en medio de los que bailaban, derribó el indecoroso becerro de una patada; y los bailarines se sintieron avergonzados. Moisés vio a Aarón y dijo: "¿De qué manera nos ha ofendido el pueblo para que los recompenses trayéndoles este pecado?"

»Aarón se disculpó diciendo que creía que Moisés había muerto y, tartamudeando, le contó lo que había pasado y dijo: "Tú ya sabes lo propensa que es esta gente a la maldad. Me forzaron, y yo arrojé los pendientes al fuego y por arte de magia apareció este becerro." Y dijo: "Oh, Moisés, intercede ante Yahveh para que este pueblo pueda continuar su camino y llegar a la tierra de Canaán y hacerse con ella sin más tardanza. Pues, aunque los cananeos son fuertes, será preferible eso a perecer en este desierto o regresar a la esclavitud de Egipto." Moisés vio que los que bailaban estaban desnudos y no llevaban sus espadas, de manera que llamó a un grupo de hombres de la tribu de Leví que no habían tomado parte en las danzas, y éstos se abalanzaron sobre los bailarines y mataron a un gran número de ellos. Luego, Moisés cogió el becerro de oro, lo fundió y lo molió hasta convertirlo en polvo de oro, e hizo que la gente se bebiera ese polvo mezclado con agua.

»Aunque era el sumo sacerdote, Aarón habría perecido con los demás de no ser porque cuando iban a abalanzarse sobre él profetizó en nombre de Yahveh y dijo: "Esto dice Yahveh: 'Estoy enojado con la comunidad, pero Mi ira también ha caído sobre Moisés, porque en su furia ha destruido las tablas del testimonio que escribí con Mi dedo' ". Y dijo: "Vuelve a subir a la montaña, Moisés, y renueva las tablas, pero esta vez habrán de labrarlas tus manos y no el propio dedo de Dios".

»Moisés a su vez se sintió avergonzado; se alzó delante de Aarón y los levitas le perdonaron a éste la vida, pues Moisés no sabía qué maldición podía arrojarle Aarón en nombre de Yahveh, y una maldición, una vez pronunciada, no podía ser revocada. También sabía que Aarón tenía poder sobre el pueblo: a él le amaban y a Moisés le temían.

»También sabía que, en su respuesta, Aarón había amenazado veladamente con revelar al pueblo lo que éste tomaría como un engaño, a saber, que Moisés había grabado las tablas con sus propias manos. Sin embargo, no había tal engaño, porque Moisés había tenido una visión en la que había oído a Yahveh decir: "Tú estarás para esta gente en el lugar de Dios". Y cuando Aarón dijo "El becerro salió del fuego como por arte de magia", quiso significar que tanto la formación del becerro como la formación de las tablas eran cosas hechas bajo el poder de un dios. Moisés temía tocarle porque, mientras estuviera ausente con Josué renovando las tablas de piedra, no habría nadie más que Aarón capaz de impedir que el pueblo se vengara de sus compañeros muertos a manos de los levitas. De manera que, aunque salvó a Aarón y no dijo nada, el odio se apoderó de su corazón, y, por su parte, Aarón también sintió odio hacia Moisés, pero tampoco dijo nada y esperó a que le llegara la oportunidad de vengarse.

»Moisés subió al monte Sinaí y regresó con airadas palabras de Yahveh. Puso ante Yahveh el ruego insistente de Aarón de que su pueblo pudiera avanzar hacia Canaán y poseerla de inmediato, porque Yahveh había hablado ya a través de Moisés y había dicho: "Todavía no ha llegado el momento". Entonces Yahveh habló por medio de la trompeta de Moisés con una voz fuerte para que todos pudieran oírle. "Id a Canaán, pero yo no iré con vosotros porque estoy enojado." También les dijo que se despojaran de sus ornamentos como signo de arrepentimiento y que se los entregaran a Josué para que los guardara y se los consagrara a El. Y así lo hicieron.

»Luego, una vez más, Moisés intercedió ante Yahveh y Yahveh pactó una alianza con los hebreos según la cual El habría de conducirles verdaderamente a Canaán a su debido tiempo y expulsar a las tribus que habitaban allí. Su condición era la siguiente: que los hebreos sólo le adoraran a El y que no se aliaran con ningún otro pueblo que encontraran, sino que los destruyeran por completo y arrasaran sus huertos y rompieran sus dioses y derribaran sus altares. Porque Yahveh era un Dios celoso.

»Por aquel entonces, Moisés comenzó a sentirse abatido; hablaba en el nombre de Yahveh y mostraba a la comunidad visiones de Yahveh, pero hacía ya muchos años que él no había tenido una visión. Elevaba sus plegarias a Yahveh para que le revelara Su Gloria, pero Yahveh no le dejaba ver Su rostro, porque decía que nadie podía verlo sin morir. De manera que a Moisés se le permitió sentarse en el resquicio de una peña y ver la espalda de Yahveh cuando El pasaba en su gloria.

»Entre Aarón y Moisés parecía ir todo bien, pues mientras que Moisés preparó el arca para que morara Yahveh, Aarón y sus hijos fueron consagrados a un sacerdocio imperecedero; pero no todo iba bien entre ellos. Dos hijos de Aarón, Nadab y Abihú, a quienes amaba, ofrecieron fuego a Yahveh en sus incensarios de una forma distinta de como lo había ordenado Yahveh por medio de Moisés. Moisés les vio ofrecer el fuego y salió encolerizado del Arca con un cántaro en la mano. Dijo: "Tomad agua para apagar vuestro falso fuego", y les arrojó su contenido por encima. Sin embargo, se trataba de aquel aceite mágico de la montaña, cuyo secreto hemos guardado nosotros, los varones de Dios, hasta hoy. El aceite se inflamó súbitamente y los hijos de Aarón perecieron devorados por las llamas. Era el mismo aceite que Elias derramó sobre el sacrificio cuando competía con los sacerdotes de Baal. Dijo: "Es agua", pero era ese aceite; no es un aceite espeso y dorado como el de las aceitunas, sino claro como el agua, y si se hace un orificio para sacarlo, fluye como el agua.

»Cuando Aarón vio que sus hijos habían muerto no dijo ni una palabra, porque no osaba, pero su cólera era grande y secretamente juró vengarse de Moisés, y su-surró su juramento en los oídos de sus hijos muertos, para que sus espíritus fueran testigos. Viendo su cólera, Moisés le llevó aparte y le dijo severamente: "Hermano, en adelante no pronuncies ninguna profecía en nombre de Yahveh, pues tu boca está sucia y en la muerte de tus hijos puedes leer el destino de la presunción". Pero Aarón no contestó nada.

»Aarón meditó sobre lo que debía hacer, y cuando lo hubo hecho fue a visitar a su hermana María, que también era hermana de Moisés. Y le dijo: "Esa mujer etíope con quien se ha casado nuestro hermano Moisés está con él contrariamente a la ley que él mismo nos ha impuesto: que no tengamos en la comunidad ninguna esposa extranjera, a no ser que sean vírgenes cuando las tomemos. Pues ella era viuda cuando Moisés la tomó por esposa. A ti te ha hechizado, y por su culpa Moisés destruyó a mis hijos, porque hablaban contra ella cuando ofrecían el fuego a Yahveh. Mis hijos también le habían manifestado a esa mujer que tú la odiabas y habían dicho: 'María, la hermana de nuestro padre, tiene razones para odiarte, porque eres fea y hechicera'. También dijeron que la hechicería era abominable para Yahveh y que Moisés pecaba doblemente al tenerla como esposa.

»Cuando María escuchó aquellas palabras de los labios de Aarón, hizo una profecía tal como ya había hecho cuando los capitanes de Faraón fueron destruidos en el mar Rojo. Cantó: " 'El negro es color abominable para mí', dice Yahveh, 'destruyeme a esa mujer negra' ". Moisés la oyó y dijo: "Mi hermana María ha perdido la razón. Está hechizada." Y María contestó: "No he perdido la razón, pero en verdad sí estoy hechizada por esa hechicera negra que es tu esposa. Por eso Yahveh habla por boca mía. Esa mujer morirá." Y dijo Moisés: "¿Es verdaderamente una profecía?" Convocó a María y también a Aarón ante el Tabernáculo y dijo: "¿Acaso estáis celosos de mi esposa? ¿Qué daño os ha causado?"

»María contestó: "Es una hechicera y el que la tengas a tu lado va en contra de la ley que tú mismo nos has impuesto. Es un hecho abominable." Dijo Moisés: "Era ya mi esposa antes de que yo tuviera aquella revelación de Yahveh, y por consiguiente no pequé. Además, aunque es mi esposa, ya hace mucho tiempo que habita en el campamento de los extranjeros, fuera del campamento de Israel, porque

no pertenece a la comunidad, según la palabra de Yahveh." María respondió: "Sin embargo, durante la noche penetra en tu tienda para mancharla". Y Moisés dijo: "Hace tiempo que se convirtió en el instrumento escogido por Yahveh, por mediación mía". María volvió a contestar, airada: "¿Acaso Yahveh ha hablado sólo a través de Moisés? ¿Acaso no ha hablado a través de nosotros también?" Y dijo Moisés: "No, porque vuestras bocas están sucias", y dijo: "¡Mirad!", y les mostró una aparición de Yahveh alzado ante la puerta del Tabernáculo, y Yahveh pronunció palabras terribles, afirmando que sólo Moisés era su siervo fiel y sólo por boca de Moisés se pronunciaría abiertamente y con claridad, mientras que a través de otras personas lo haría sólo de manera oscura y enigmática, y que sólo Moisés sabría descifrar los enigmas.

»María sintió terror ante esta aparición de Yahveh, pero se atrevió a decir: "Moisés, intentas amedrentarnos. Fue gracias a nuestro hermano Aarón que aprendiste los poderes y las leyes de Yahveh. ¿Acaso sabes ahora más que él y te has convertido en alguien mejor que él?" Cuando Moisés escuchó aquello, su rostro se endureció y contestó: "Ya habéis oído".»

Eliseo interrumpió su relato para beber un poco de agua y Yokébed dijo: «¿Ocurrió realmente como lo cuentas? Entonces, como bien dijiste, el cronista tenía un agudo sentido del sarcasmo cuando en ese contexto escribió: "Ahora bien, Moisés era un hombre muy humilde, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra".»

Eliseo contestó: «El cronista escribió al dictado de Moisés. Cuando Moisés hubo escuchado a María hablar con envidia de la mujer etíope, se le pasó por la cabeza matar a Aarón y a María súbitamente y con violencia. Sin embargo, temeroso del pueblo, se contuvo. Luego, siseando suavemente como una serpiente, dijo: "¿Crees que la mujer etíope es igual de negra de corazón bajo la negrura de su piel?" Dijo María: "En verdad lo es". Y Moisés dijo con mucha suavidad: "Oh, hermana, y a ti, que tienes un corazón tan niveo y blanco, ¿no te gustaría tener una piel tan nivea y blanca como tu corazón?"

»Entonces Aarón lanzó un grito de terror, porque la piel de María se había vuelto blanca como la nieve, y su cara, y sus manos, y sus pies. Y vio que era lepra. Se postró e intercedió ante Moisés diciendo: "Nos arrepentimos, la victoria es tuya. Tú eres el único y verdadero profeta de Yahveh. Sana a nuestra hermana y líbrame a mí también. La mujer etíope no es una hechicera."

»Moisés dijo: "Intercederé ante Yahveh y El sanará a mi hermana, pero no inmediatamente, pues la gente tiene que ver su vergüenza. Ya conoces las leyes que se refieren a los leprosos. Aunque sea una princesa, María tendrá que residir fuera del campamento sola, y permanecer allí hasta pasados siete días después de que la lepra haya desaparecido, pues la lepra le desaparecerá cuando salga del campamento."

»María dijo entre sollozos: "¡Oh, hermano, perdóname! Deja que sea sólo por un día, pues tengo miedo de las fieras y de los bandidos amalecitas."

»Y Moisés dijo: "Ten cuidado, no se alargue hasta siete años. Ya conoces las leyes de la impureza. Si Amram, nuestro padre, estuviera vivo y tuviera que escupir a causa de la sequedad de su boca, y su saliva te tocara, sólo por eso estarías impura

durante siete días y serías expulsada del campamento. ¿Cuánto más no habría de ser por la lepra?" De manera que María salió, sanó y permaneció en el desierto durante siete días; Moisés, no obstante, apostó una guardia para protegerla de Amalee. Aarón odiaba a Moisés con un odio que le corroía. Su odio era tan grande que no le permitía conciliar el sueño, pero aun así esperaba y conspiraba contra Moisés en secreto.»

Aquí Eliseo dijo a las dos mujeres: «Ya hemos hablado suficiente por hoy; ahora dormiré y mañana continuaré».

Y Sebia dijo: «Varón de Dios, dínos antes qué pasó con la mujer etíope».

Dijo Eliseo: «María había profetizado en nombre de Yahveh, y aunque Moisés había dicho: "María ha perdido la razón" y la había reducido con un acto de magia, la profecía y el mandato "Destruyeme a esa mujer" obligaron a Moisés a llevar aparte discretamente a la mujer etíope y clavarle un puñal, y así murió. Y, sin embargo, ella le había sido fiel y él la amaba.»

Sebia exclamó: «¡Oh, malvado Moisés! ¡Desdichado Moisés!»

Capítulo 4

Acaba la historia y se hace una profecía

Al día siguiente, Yokébed fue con Sebia al aposento de Elíseo y nuevamente se sentaron en el suelo delante de él. Sebia estaba enfadada y tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Yokébed le preguntó: «¿Qué te aqueja, Sebia?». Contestó: «No es nada», pero lloraba porque Guejazí había rechazado el amor que ella le había ofrecido. Le había hallado descansando en medio de un grupo de arbustos y se había descubierto para él, pero Guejazí se había contenido a causa de su ministerio, y luego, temeroso del poder de su belleza, habló con más violencia que si ella no hubiera representado nada para él. De manera que Sebia se había retirado dolida y llorosa.

Entonces Yokébed dijo: «Varón de Dios, deja primero que te haga una pregunta que mi esposo, antes de partir, me pidió que te hiciera».

Contestó Elíseo: «Así que Isacar, que es uno de los necios, como dices tú, te encarga que me hagas una pregunta necia. ¿Cómo debo contestarla? ¿Sabiamente o neciamente? ¿Cuál es esa pregunta?»

Sebia había oído lo que su ama no quería que oyera: que había puesto a Isacar entre los necios. Vio que su ama estaba disgustada con Eliseo por recordar sus palabras cuando había otra persona en la habitación que podía oírlas. Y dijo murmurando para sí: «Se lo contaré a mi amo».

Yokébed respondió a Eliseo: «Contesta como te plazca. Mi esposo me mandó que te hiciera una pregunta. La pregunta es ésta: "¿Cómo puedo aprender a obrar el portento de la profecía, para que con ello pueda cuidar mejor mi hacienda y mi gente, y mantenerme libre de errar ante Yahveh?"»

Eliseo volvió a decir: «¿Es ésa la pregunta de un necio?»

Yokébed echó una rápida ojeada a Sebia y después respondió a Eliseo: «No, es de mi esposo. Y a mí me parece una pregunta lo suficientemente buena; pero deja que le añada otra parte. Conocer el pasado resulta fácil teniendo en cuenta que el pasado se encuentra abierto como un libro, pero ¿cómo puede un hombre en verdad leer el futuro cuando aún no ha acontecido? Es como si pudiéramos comer un higo maduro cuando el higo todavía es un botón. ¿Qué sucedería si ese botón fuera arrancado o si el higo se secara antes de madurar? ¿Dónde estaría el higo maduro que habíamos comido? Es una ilusión.»

Eliseo dijo: «Tu pregunta no es más sabia ni más necia que la pregunta que me traes de tu esposo, porque dices que el pasado está abierto como un libro y el futuro es oscuro. Pero ¿acaso es el pasado menos oscuro que el futuro? ¿No puede estar el futuro también abierto como un libro? Lo que está pasado, está pasado: ya ha sido y

nunca puede volver a ser. Un libro abierto no pertenece al pasado ni al futuro: es el presente. La historia que relata cualquier cosa pasada no es el pasado; es el presente. El pronóstico que hace del futuro no es el futuro: es el presente.

Ella estaba confusa, pero dijo: «Entonces ¿qué es la profecía?»

El contestó: «Tú misma profetizas a cada hora del día. Dices: "Lloverá"; o bien dices: "Si alguien se come esto, se envenenará"; o afirmas: "Esta noche mi esposo regresará a casa y cuando me vea me besaré y dirá: '¿Está todo bien en la casa? ¿Está todo bien en los campos?' " Y cuando lo que profetizas resulta ser verdad, no te maravillas, porque dices que aquellos actos han ocurrido antes y es posible que sucedan otra vez. Pero algunas veces tienes un sueño, o una visión, u oyes una voz que dice: "Tal cosa sucederá", igual que cuando supiste de antemano que se produciría mi primera visita, aunque nadie te lo dijo, y entonces te sorprendes, porque dices: "Es cosa nunca vista ni oída que un profeta de cabellos rojos venga y entre en esta casa sin llamar y que su siervo permanezca en el umbral sin entrar"; pues eso fue lo que viste en tu visión.

»Y, sin embargo, ¿por qué has de maravillarte? Sólo lo sabías en parte. No sabías mi nombre, ni el nombre de mi siervo, ni que mi siervo recibiría mancha ni que llegaríamos a conversar como lo estamos haciendo ahora. Aquel conocimiento que tuviste no era conocimiento del futuro, porque no existe tal conocimiento, sino que era un conocimiento de las cosas que están sucediendo en el tiempo presente. Lo mismo ocurre con el conocimiento del pasado. El conocimiento llega súbitamente, como si saliera de la oscuridad, y se va de nuevo como si volviese a ella. Escucha una historia de mi juventud.

»Una vez que había una gran sequía, mi padre Safat envió a un muchacho con un rebaño de vacas a abrevar a un pozo lejano; el muchacho iba a lomos de asno; yo confiaba en el muchacho y mi padre también. Aquella misma noche, después de que el joven partiera con el ganado, tuve un sueño y le dije a mi padre: "Mientras el muchacho cabalga hacia el pozo, un toro joven se alejará de la manada y el muchacho cabalgará tras él para hacerlo regresar al rebaño. Pero el toro derribará al asno y con él al joven, y el hueso de la pierna del muchacho se romperá de manera que no podrá levantarse. "

»Mi padre dijo: "No es más que un sueño. Vuelve a dormir." Por segunda y por tercera vez tuve aquel sueño, de modo que mi padre dijo: "Coge otro asno y cabalga tras el muchacho y dile: 'Regresa, porque en un sueño me han prevenido que te ocurrirá algo' ". Luego, iba yo cabalgando, cuando divisé la manada de vacas y al muchacho con ellas. Me acercaba, cabalgando con más celeridad, cuando un toro joven, el mismo que yo había visto en mis sueños, se apartó de la manada. Intenté llamar al muchacho para prevenirlo, pero no pude pronunciar palabra alguna. De manera que el muchacho cabalgó para recuperar al toro, pero el toro derribó al burro con el muchacho, tal como yo había visto en mi sueño.

»Me acerqué con rapidez y grité: "Salomón, Salomón", pues así se llamaba el joven, "quédate donde es y no te levantes, porque tienes el hueso roto, tal como vi en mi sueño". Cuando oyó aquello, enojado, se levantó de un salto y dijo: "Mis piernas están tan bien y tan enteras como las tuyas. ¿Acaso has venido a espiarme? ¿Creeías que te iba a robar el ganado o que se lo iba a vender a los edomitas del otro lado del Jordán?" Estaba muy enfadado; y en verdad tenía los huesos de las piernas enteros, tal como podía ver y palpar.

»¿No fue eso, acaso, una profecía? Y, sin embargo, parte de la visión era mentira. Las profecías que hacemos nosotros los profetas son, en general, más claras que las que hacen los otros hombres, porque, al ser profetas, vivimos apartados de las querellas particulares, las envidias y la avaricia, de modo que nuestro conocimiento del futuro, como dice la gente, aunque en realidad es conocimiento del presente, no está empañado por las esperanzas y los temores que confunden la verdad. Cuando no nos beneficiamos personalmente de su conocimiento, podemos predecir con bastante acierto de qué manera se producirá un acontecimiento, cualquiera que sea, pero nuestro conocimiento del hecho antes de que suceda siempre es muy diferente de nuestro conocimiento del hecho una vez acontecido. Y cuando nos llega el conocimiento del hecho acaecido, el conocimiento que teníamos de lo que iba a suceder resulta verdaderamente incomparable con este nuevo conocimiento.

»Además, si Isacar quiere ser profeta tendrá que emprender un largo viaje hasta llegar a las regiones del pensamiento en las que mandar a los criados y sembrar las mieses no sean ya las cosas más cercanas a su corazón. Pero creo que es un viaje demasiado difícil y desagradable para que lo emprenda un hombre viejo. Si Isacar desea saber de antemano cómo le saldrá alguna empresa, asegúrale que si mantiene la amistad de sus vecinos y sus sirvientes, si es compasivo con sus animales y sobre todo si es respetuoso con Yahveh, sus obras prosperarán. Si falla en alguna de estas cosas, no hay profecía alguna que pueda hacer mejorar o empeorar su empeño.

»El varón de Dios profetiza, pero, antes de que pueda profetizar, los trabajos y sufrimientos de su pensamiento, el ayuno y la continencia son grandes; el hombre corriente, sin embargo, puede también profetizar si dice: "He organizado mi trabajo con esfuerzo y juicio, estoy en paz con mis vecinos, mis siervos me respetan; no hago sufrir a mis animales y temo a Yahveh, e Israel está en paz con sus vecinos. Mi trabajo, por tanto, prosperará, aunque la manera en que ha de hacerlo no habrá de saberse hasta el momento de la cosecha."»

Yokébed dijo: «Le comunicaré todo esto a mi esposo».

Luego Eliseo continuó su relato y dijo:

«Pues bien, cuando Moisés hubo hablado en nombre de Yahveh y cuando Yahveh hubo concedido el ruego de Aarón de llegar a Canaán a su debido tiempo, pues los diez años ya casi se habían cumplido, Moisés envió a doce exploradores para que le informaran sobre la tierra, sobre si era buena o mala, abundante o pobre, qué ciudades había o si los habitantes vivían en tiendas; sobre las proezas de aquellos hombres en las guerras y si eran muchos o pocos. También les ordenó que a su regreso trajeran consigo algunos de los frutos de la tierra. Y de este modo partieron Josué y Caleb con diez más.

»Antes de que partieran, Aarón habló secretamente con diez de aquellos doce exploradores, aunque no con Josué ni Caleb, que gozaban grandemente del favor de Moisés, y les dijo: "Traed malas noticias y seréis recompensados con mucho oro".

»De manera que cuando los exploradores regresaron con granadas e higos y un gran racimo de uvas, dijeron: "Es una tierra muy feraz, pero los hijos de Anaq que la habitan son gigantes y viven en ciudades amuralladas. Si penetramos en su tierra pereceremos." Pues Aarón era astuto y sabía que aquella mala noticia iba a contrariar en gran manera a Moisés. Porque Moisés estaba cansado de esperar en el

desierto, y, aunque había creído necesario esperar aquellos diez años más, ahora creía que había llegado el momento de partir.

»Sólo Caleb y Josué dijeron: "Si Yahveh está con nosotros como ha prometido, podremos vencer a esos gigantes y conquistar sus tierras".

»Moisés no sabía que Aarón había tenido que ver con aquella información, porque éste le había rogado encarecidamente que intercediera ante Yahveh para que el pueblo pudiera tomar posesión de la tierra de Canaán cuanto antes, y cuando regresaron los exploradores había simulado estar de parte de Josué y de Caleb. Pero Moisés estaba terriblemente furioso con tales nuevas. Rogó a Yahveh que le enviara un mensaje, y el mensaje fue el siguiente: "Mi siervo, dile al pueblo que, de todos aquellos que hayan cumplido veinte años o más, ni uno solo entrará en la tierra prometida, salvo Caleb y Josué". De Moisés Yahveh no dijo nada.

»Luego Moisés llamó a los diez exploradores que habían hecho el trato con Aarón y les dijo: "Estáis enfermos de peste". Y así fue; murieron a causa de la peste. Yahveh, hablando por boca de Moisés, dijo además: "Durante un total de cuarenta años el pueblo deberá vagar en el desierto hasta que sus huesos se tornen blancos en él; diles esto: 'Ninguno de vosotros intentará entrar en Canaán hasta que hayan pasado los cuarenta años. Regresaréis desde aquí por el camino del mar Rojo.' "

»Al oír aquello, el pueblo quedó dividido. Algunos dijeron: "Hágase la voluntad de Yahveh". Otros dijeron: "A pesar de todo, iremos". Entonces una numerosa compañía de los guerreros más valientes salió del campamento y cruzó las montañas que se encontraban entre ellos y Canaán. Pero Moisés se enteró y envió a un hombre de la casa de Jetró con un mensaje para los cananeos y para una tribu de amalecitas con quien Jetró tenía amistad. Acompañaba al mensaje un presente en oro, sacado del montón de ornamentos que se le habían confiado a Josué cuando se dio la orden de arrepentimiento y duelo.

»De este modo, los amalecitas y los cananeos prepararon una emboscada y en la batalla llamada de Jormá mataron o apresaron a toda la compañía invasora; eran los más tercos de los hebreos y, con su muerte, la tarea de Moisés se hizo más fácil. Con todo, once de las doce tribus odiaban a Moisés por las indignidades a las que les había sometido y porque había consagrado a la tribu de Leví al servicio de Yahveh. Los levitas se habían elevado por encima de las otras tribus y estaban exentos de todo trabajo duro además de recibir las primicias de todas las cosas. Sin embargo, incluso los levitas odiaban a Moisés, porque los privilegios que les había otorgado tenían un sabor amargo: eran sacerdotes, pero carecían de poder mientras Moisés gobernase. Aarón era el sumo sacerdote, pero, aunque a menudo se lo pedían, no osaba pronunciar ninguna profecía en nombre de Yahveh; Moisés le había amenazado de muerte si volvía a profetizar.

»Entonces Coré, que era levita y primo de Moisés, junto con Datan y Abirón, también levitas, y On, que era de la tribu de Rubén, se rebelaron y acudieron ante Moisés y Aarón y dijeron: "Cargáis demasiado sobre vuestras espaldas al afirmar que sólo por boca vuestra Yahveh puede hacer saber su voluntad, que sólo vosotros estáis consagrados. Yahveh es el Dios de los hebreos y nosotros somos hebreos y también estamos consagrados, tanto si somos levitas como si no."

»Para Moisés resultó terrible ver que incluso los levitas en quienes él confiaba se volvían contra él; los había utilizado en su favor cuando se hizo el becerro de oro, pero ahora también ellos se le oponían. Sin embargo, no se acobardó, porque tenía fe en Yahveh y también en su propio poder por medio de Yahveh. Les dijo que al día siguiente harían una prueba y que llevaran incensarios ante la puerta del Tabernáculo, para saber si Dios aceptaba su adoración o no; y aquella noche les preparó una trampa. Cuando llegaron al lugar de la prueba, puso sobre ellos el conjuro de Yahveh, y lo mismo hizo con aquellos miembros de sus familias que les habían seguido, y luego los hizo caminar hasta el borde de un abrupta sima que parecía tierra plana, y todos desaparecieron en ella. Antes, no obstante, había vertido en lo hondo de aquel abismo aquel betún del Sinaí, de manera que cuando todos aquellos cayeron con sus incensarios encendidos se abrasaron como en un horno.

»Moisés había ordenado a todos los demás que permanecieran alejados de allí. Desde la distancia vieron desaparecer súbitamente a aquellas personas, y luego un gran clamor, y humo, y olor a quemado, y empezaron a gritar diciendo que la tierra se había abierto y se había tragado a los hombres de Coré. Huyeron aterrorizados, pero al día siguiente se armaron de valor y, después de llegarse a la puerta del Tabernáculo, dijeron: "¡Moisés y Josué, sois unos asesinos! Habéis matado a la gente consagrada a Yahveh." Pues habían podido comprobar que el abismo en el que habían perecido Coré y sus compañeros no era una hendidura nueva de la tierra. La hierba, aunque estaba socarrada por el fuego, crecía en sus paredes; dijeron que había sido Moisés quien había hecho caer en una trampa a la gente y los había quemado con alguna sustancia secreta, y que la mano de Yahveh no estaba en aquel acto.

»Entonces Moisés dijo: "Es Yahveh quien habla: 'Padecéis todos la peste. Que ésta sea la prueba de que Mi Mano estaba en aquel acto.' " Tuvieron miedo y miraron, y vieron que les atacaba la peste, y miles murieron de ella.»

Preguntó la sunamita: «¿En verdad tenían la peste o murieron de miedo? ¿Era peste en apariencia, o era realmente peste?»

Eliseo contestó: «Vieron las señales de la peste en su cuerpo y murieron; basta con saber eso». Y continuó: «Cuando Moisés comprobó que aquellos rebeldes perecían y que había ganado la victoria, mandó a Aarón penetrar entre ellos con un incensario y exclamar: "Aquellos que se pongan a este lado del incensario se verán libres de la peste". Y aquellos que se arrepintieron o no se habían rebelado se acercaron a él y sanaron. Luego Moisés confirmó a los levitas en su servicio como sacerdotes y les otorgó favores especiales para que le fueran leales; hizo asimismo un milagro con la vara de Aarón, que puso en el Tabernáculo junto con las de otros hombres elegidos de las otras once tribus, y la vara de Aarón brotó y floreció y produjo almendras como señal de que la tribu de Leví era la preferida por encima de las otras. Y les hizo saber que si eran fieles a los cargos que les había dado, la cólera de Yahveh contra su pueblo cesaría. Así fue como desde aquel momento le fueron fieles; sólo Aarón siguió odiando a Moisés, esperando su hora propicia.

»He de deciros que Aarón tenía en gran estima a su hermana María y que ella le suplicó que no se enfrentara a Moisés, y él le dio su palabra de que mientras ella viviera no se opondría a él; pues desde el día en que se había convertido en una leprosa María sentía pavor de Moisés. Sin embargo, Aarón no olvidó que había jurado venganza: sucedió muchos años después, un día que Moisés había guiado a

su pueblo hasta el desierto de Sin y sufrieron escasez de agua. Los pocos que recordaban Egipto murmuraban contra él y decían: " ¡Ojalá hubiéramos perecido víctimas de la peste o consumidos instantáneamente por el fuego como Coré! Moisés, Moisés ¿por qué nos has traído a morir en este desierto? ¿Acaso esta tierra es mejor que la de Egipto? Aquí no hay higos, ni viñas, ni granadas, aquí no hay ni una gota de agua para beber. ¿Es que no quedaban sepulturas en Egipto? ¡Hubiéramos podido morir allí!" Entonces, gran parte de estos ancianos pereció de sed, y murió María, y la muerte de María fue más de lo que Aarón podía resistir. Era aquella una parte del desierto que Moisés solo conocía de oídas; y Jetró no se encontraba con él porque habían traspasado las fronteras de Madián.

»Aarón, que era zahori, salió del campamento a buscar agua, hasta que por fin la halló y se lo dijo a Moisés.

"Yahveh me ha hecho saber dónde hay agua." Moisés dijo: "¿Dónde?" Y Aarón contestó: "Deja que profetice ante el pueblo y se lo diré". Moisés vio que Aarón estaba afligido por la muerte de María y al mismo tiempo envalentonado por su conocimiento del lugar donde se encontraba el agua, de manera que le dijo: "Puedes profetizar por esta vez, pero no busques ninguna gloria para ti mismo". Aarón profetizó y dijo: "En tal lugar, fuera del campamento, hacia el oeste y al pie de cierta peña, Yahveh enviará agua. Que Moisés hable a la peña y diga: 'Peña, en nombre de Yahveh, danos agua.' "

»Moisés estaba irritado porque Aarón había hallado agua cerca del campamento y él no la había podido descubrir, y porque se había ganado con ello el favor de la gente, mientras que él estaba en entredicho por haber conducido al pueblo a un lugar donde no había agua. Además, que Aarón le hubiese dicho las palabras exactas con que debía hablar a la peña era más de lo que podía tolerar, pues durante más de cuarenta años nadie le había dictado lo que debía decir. Así que se fue a la peña con el pueblo siguiéndole y dijo: "Oíd bien, rebeldes, ¿habré de sacar agua de esta roca para vosotros?" Y golpeó la peña dos veces con su vara. La gente apartó la roca y cavaron ansiosos, y el agua brotó y saciaron su sed.»

Llegado a este punto, Eliseo hizo una pausa y dijo sonriendo: «Hablando de sed, yo también estoy sediento». Dijo Yokébed: «Sebia, ve corriendo al pozo y saca agua». Sebia corrió y sacó agua y regresó, y Eliseo le dio las gracias y bebió, y continuó:

«Aarón se sintió dolido por las palabras insolentes de Moisés y la duda que había arrojado sobre él, y recordando que, muerta ya María, la promesa que le había hecho había finalizado, comenzó a profetizar, pues Moisés se lo había permitido, y dijo: "Moisés, es Yahveh quien habla: 'pues no te dirigiste a la roca con las palabras que te ordené a través de Mi siervo Aarón, sino que la golpeaste con tu vara y de este modo Me deshonraste, y pues pretendiste ser tú quien había descubierto el agua, éste será tu castigo: no habrás de llegar a la tierra prometida de Canaán. Y como prueba de que estas palabras son verdaderas, tartamudearás durante siete días, como siempre lo habías hecho hasta el día en que Me contemplaste sobre el arbusto en llamas'. Pues entonces dije: 'Mientras Me sirvas lealmente, no tartamudearás', y ahora Me has deshonrado."

»Cuando Moisés escuchó aquello, sintió que su corazón moría dentro de sí y se sintió quebrantado por la vergüenza y el dolor, y cuando intentó hablar, tartamudeó y el impedimento no le abandonó hasta pasados siete días. Moisés no podía negar la maldición que había sido proferida en nombre de Yahveh, y además con su propio

consentimiento. Fue muy amargo para él tener que aceptarlo, pues ya casi se habían cumplido los cuarenta años, y ahora el propósito al cual había dedicado su vida con tantos esfuerzos, miedos y terrores, se veía frustrado. Decidió no decir nada, sino conducir al pueblo otra vez hasta las fronteras de Canaán, atravesando el desierto, de manera que, en lugar de regresar a Egipto, pudieran poseer aquella nueva tierra.

»Moisés tenía el propósito de pasar por Edom, y en consecuencia envió mensajeros para prometer que atravesarían por el camino principal sin detenerse y que pagarían al rey de Edom una gran cantidad de dinero por el derecho de paso. Pero el rey de Edom había oído hablar del rigor de las nuevas leyes de Yahveh;

no se fiaba de los hebreos, y les envió este mensaje: "Rodead mis fronteras. No atravesaréis mis tierras." Moisés se sintió muy desanimado; no podía, además, atacar Edom, pues esta tierra se la había otorgado Yahveh a Esaú en herencia. Moisés sintió el peso de la maldición de Aarón. Desde la entrada del Tabernáculo profetizó: "Tampoco Aarón entrará en la tierra prometida, pues él fue uno de los que murmuraban por el agua en el lugar donde murió María, y con sus murmuraciones incitó a mi siervo Moisés a pecar. Morirá allá en el monte Hor, y Moisés le sobrevivirá."

»Aarón no tuvo alternativa y ante la palabra de Yahveh ascendió al monte Hor con Moisés y con su hijo Eleazar y a la vista de todo el pueblo. Moisés despojó a Aarón de todas sus vestiduras de sacerdote y vistió con ellas a su hijo Eleazar; Aarón no se resistió porque temía a Moisés y Eleazar también le temía. Allí fue abandonado, en la cima de la montaña, desnudo, y tuvo vergüenza de bajar, pues según la ley ya estaba muerto y tanto sus posesiones como su ministerio habían pasado a su hijo. De manera que permaneció allí, sentado con la cabeza entre las manos, y aquella noche murió, pues la montaña era muy fría durante la noche. Sin embargo, morir no le pesó porque se dijo: "Me he vengado de Moisés. Por fin me he vengado de Moisés. Siente el peso de mi maldición."

»Una vez más los ancianos murmuraron contra Moisés, porque el viaje rodeando las fronteras de Edom era largo y detestaban marchar por el desierto. Entonces Moisés destruyó de buen grado a aquellos ancianos haciendo aparecer serpientes que vomitaban fuego, y no quedó ya nadie que recordara Egipto y los látigos de la esclavitud, excepto Moisés, Josué y Caleb.

»Los niños nacidos en el desierto que tenían ya edad para luchar eran de una raza fuerte y Josué los había adiestrado bien en el arte de la guerra, pues habían tenido muchas escaramuzas con Amalee y algunas otras tribus del desierto, y últimamente Josué había destruido a un ejército cananeo bajo el mando de Arad, rey del sur, habiéndose así vengado la derrota de Jormá. Aquellos nuevos guerreros no sabían nada de la esclavitud, del restallar de los látigos y los trabajos forzados, y tampoco conocían la glotonería en la comida y la bebida. Estaban preparados para adueñarse de la tierra con la espada.

»Moisés los condujo hasta el territorio de los amorreos, y solicitaron atravesarlo libremente. Igual que había hecho el rey de Edom, Sijón, rey de los amorreos, les negó el paso. Los hebreos atacaron a Sijón y arrasaron todas sus tierras y lo mismo hicieron con las de Og, rey de Basan. Luego invadieron el territorio moabita en las cercanías del Jordán. El rey de Moab recurrió a un tal Balaam para que echara una maldición sobre los hebreos, pero Balaam, aunque él

no lo sabía, se hallaba bajo un hechizo secreto impuesto por Moisés, quien le puso en un trance, de manera que sin quererlo bendijo al pueblo en lugar de maldecirlo.

»El rey de Moab tuvo miedo y agasajó a los judíos, y lo mismo hicieron los madianitas que estaban aliados con él. Algunos de los hebreos se unieron a los madianitas en sus festejos, haciendo sacrificios a su dios Baal. Cuando Moisés lo supo, mandó llamar a sus levitas y ordenó que los adoradores fueran ahorcados. Otra vez, un miembro de la familia de Simeón llamado Zimrí tomó por esposa a una princesa madianita, pero esto estaba prohibido por la nueva ley de Yahveh. Una gran peste se manifestó entre la gente y para atajarla, Pinjas, el hijo del gran sacerdote, mató a Zimrí y a su esposa atravesándolos de un lanzazo.

»Los madianitas estaban furiosos, pero Moisés fue el primero en atacar. Dio la voz y los hebreos se abalanzaron sobre los madianitas, como venganza, según dijo, por su maldad al haberlos incitado a pecar cuando se unieron a ellos en el festejo de Baal, y en la cuestión de Zimrí. Doce mil hombres armados tomaron parte en el asalto y destrozaron por completo a los madianitas. Mataron a todos los hombres y a todos los niños varones y también a todas las mujeres excepto las doncellas. Luego tomaron posesión de la tierra y repartieron el botín. Pero ése no era el pueblo de Jetró; Jetró era que-nita y ésta era otra tribu de Madián cuyo nombre se ha perdido.

»Y, sin embargo, todavía no habían cruzado el Jordán ni habían visto la tierra prometida que se hallaba al otro lado. Pero no atacaron a los moabitas, porque éstos no les habían hecho daño alguno y además tenían lazos de amistad con los hebreos a través de su antepasado Lot, el cual heredó aquellas tierras por orden de Yahveh cuando se separó de Abraham. Asimismo, Moisés había recibido presentes de Balaq cuando éste vio que las maldiciones de Balaam no habían surtido efecto, y le había prometido: "No haré daño a tu pueblo".

»Por fin Moisés se encontraba con el corazón sereno porque sabía que sus trabajos más arduos ya habían pasado; sólo quedaba morir. Había sacado a un pueblo de esclavos de su cautiverio y lo había convertido en un pueblo guerrero. Le había dotado de una ley y de una fe. Se había vengado de Faraón y de los sacerdotes de Egipto. Había llevado consigo desde Egipto los huesos de José, que serían sepultados en Canaán, tal como éste había deseado. Todas las fuerzas rebeldes que querían regresar a Egipto habían perecido, y había consagrado a Josué, un hombre valiente que habría de continuar sus proezas, como su sucesor; y Josué contaba con Pinjas como sumo sacerdote para apoyarle. Josué se encargaría de que el nombre de Moisés fuera honrado después de su muerte, y con ese fin Moisés decidió tener una muerte prodigiosa y llena de gloria.

»Así pues, reunió a todo su pueblo y les recitó la historia de su viaje desde Egipto, de sus dolores y sufrimientos, de cómo el pueblo había desobedecido a Yahveh y de las tablas de la ley entregadas a Moisés por Yahveh y escritas con el dedo de Yahveh tanto la primera como la segunda vez. Les habló de victorias y derrotas, de hambre y de sed, y del alivio que les había concedido Yahveh cuando se sentían al borde de la desesperación; finalmente, les habló del gran castigo que Yahveh le había impuesto por una sola desobediencia: que no habría de entrar en la tierra prometida.

»El pueblo lloró por ello, pues veía que Moisés, a quien había odiado con un odio que le consumía, era el hombre más grande que jamás hubiera existido. Y ahora que debía morir por orden de Yahveh, sentía pena y le amaba. Moisés,

advirtiéndolo que sentía piedad por él, empezó a hablarle con severidad y en un tono que inspiraba terror, porque detestaba ser compadecido; proclamó las leyes de Yahveh por segunda vez, para asegurarse de que el pueblo no las olvidaría, y ordenó que las más importantes fueran grabadas en piedra y las menores escritas en libros. Ordenó también Moisés que se añadiera una crónica a los libros de las leyes que relatara la historia del cautiverio en Egipto y la huida de

Egipto y todo lo que había acontecido desde entonces según él lo había relatado; esta crónica debía incorporarse al libro del Génesis que él ya había hecho y depositado en el Tabernáculo. Después profirió extrañas y terribles maldiciones contra todo aquel que transgrediera una sola de esas leyes. La piedad desapareció de los rostros de las gentes y Moisés solo vio terror en ellos.»

Yokébed preguntó: «¿No había nadie de la comunidad que amara a Moisés? ¿Acaso Josué, o Caleb?»

Y Eliseo respondió: «Sólo amaron a Moisés dos mujeres; ningún hombre. Estas mujeres fueron su madre, Yokébed, y la mujer etíope, su esposa. Para Seforá fue realmente un mal marido, como ella misma dijo en su hechizo, y cuando Jetró abandonó a Moisés regresó con él a Madián. Josué, Jetró y Caleb respetaban a Moisés pero no le temían, y por tanto Moisés también les respetaba. Pero no había amor entre ellos, sólo un propósito común. Fue Josué quien escribió el epitafio de Moisés; y lo añadió a la crónica que había escrito Moisés, porque no había sepulcro donde labrar las palabras:

»"Desde entonces, no ha vuelto a nacer en Israel otro profeta como Moisés, a quien Yahveh trataba cara a cara; en las señales y prodigios que Yahveh le mandó realizar en la tierra de Egipto, contra Faraón y todos sus siervos y toda su tierra, y en la mano tan fuerte y el gran terror que Moisés puso por obra a los ojos de todo Israel."

»En esas palabras de Josué no hay amor; pero tampoco burla hacia la sumisión de Moisés. Josué conocía la grandeza del hombre y la singularidad de su propósito. Sus crueldades habían sido grandes, sus tretas extrañas, pero había sido fiel al Dios del arbusto ardiente, aunque por El Moisés se vio forzado a sufrir incontables penalidades y dolores y tuvo que dar muerte a la mujer etíope a quien amaba, y finalmente también él tuvo que morir a la vista de la tierra prometida, adonde tanto había deseado conducir a su orgulloso y victorioso pueblo.

»Pero dejad que os acabe de contar lo del discurso que dirigió Moisés al pueblo de Israel antes de morir; cómo, por fin, elevó la voz en un canto profético y dio su bendición al pueblo, tribu por tribu, siendo aquélla la primera bendición que oyeran jamás de sus labios. Después, se sintieron resueltos y llenos de valor ante su inminente asalto a Canaán. En aquel estado de ánimo les abandonó Moisés, que, al despedirse, le dijo a Josué: "No te preocupe que mi cuerpo quede sin sepultar, pues el propio Yahveh me enterrará en un valle cercano. Que esto quede añadido a la crónica, para que mi nombre no sea deshonrado, sino glorificado. Subiré a ver la tierra prometida desde la altura."

»Ascendió solo al monte Nebo, al pico conocido por el nombre de Pisgá, desde donde podía contemplar toda la tierra de Canaán que se extendía más allá del río Jordán. Luego creó una nube mágica que lo envolvió y el pueblo pudo ver en la nube una forma brillante y gloriosa que conversaba largamente con Moisés. Por

último la gloria se desvaneció y no vieron nada más. Tal fue la muerte de Moisés, y cuando hubo concluido su duelo, Josué condujo a su pueblo al otro lado del río. Tomaron la tierra por la fuerza, y después se separaron amistosamente, y cada tribu se encaminó a la parte de la tierra que Moisés le había otorgado en herencia. Y enterraron los huesos de José con gran pompa y honores.»

Eliseo terminó de hablar y pasado un instante la sunamita le dijo: «Te doy las gracias de corazón. Hoy me has contado cosas muy extrañas, más de las que había pedido; en verdad, me has relatado todo lo que hubiera deseado oír, salvo la pequeña pregunta que te hice al principio del todo: ¿cómo murió Moisés y dónde está enterrado?»

Eliseo contestó: «Eso es algo que nunca ha sabido nadie, pues ¿cómo podría saberse? Ahora bien, si yo hubiera sido Moisés, habría cruzado la cresta de la montaña y habría caminado hasta encontrar algún lugar escondido en un valle donde ya en su día hubiera cavado secretamente mi tumba y amontonado gran cantidad de piedras a su alrededor; y allí habría construido un terraplén de tierra, de manera que desde dentro de la tumba hubiera podido hacer que la tierra se deslizara. La avalancha de tierra haría saltar las piedras, de tal forma que primero me cubriría la tierra y después caerían las piedras.»

»Supongo que la muerte de Moisés aconteció de esta manera. Pero sin duda debió de invocar primero el nombre de Yahveh, para que fuera aquello un acto de Dios y él no pecara por tomar su propia vida; y creo que también debió de abrirse una vena en el brazo, para así poder morir con más facilidad.»

Sebia se había apoyado en el suelo y dormía, pero Yokébed no se daba cuenta, porque estaba preocupada por otras cosas. Dijo a Eliseo: «Mi corazón está tan amargado como lo estaba el de Moisés cuando Aarón lo maldijo para que no pudiera llegar a la tierra prometida».

Eliseo le preguntó: «¿Cómo es eso?»

Ella contestó: «Porque desde pequeñas, a nosotras las mujeres nos hablan de la bendición que habrá de suponernos tener hijos que amar; toda la vida de una mujer está gobernada por este pensamiento. Dar de mamar a los niños es nuestra tierra prometida de leche y miel. Pero yo no tengo hijos, y mi corazón rebosa amargura.»

Dijo Eliseo: «¿Acaso te ha castigado Yahveh con la esterilidad?» Ella contestó: «No, no lo creo, pero mi esposo es anciano y por lo tanto no tengo hijos. Es muy doloroso para él y para mí, pero más para mí. Su linaje no se perderá, pues los hijos de sus hijos están vivos, y además se entretiene con los campos y con su mercadeo. Pero yo estoy aquí en la casa, y en ella hay muchos sirvientes y el mayordomo es hombre de fiar. No tengo nada que hacer salvo turbar mi cabeza con preguntas y mi corazón con el deseo de un hijo. Y no permita Dios que a sabiendas deshonre a mi esposo, pues él me ama y es un hombre celoso tanto de mi honra como de la suya.»

Eliseo la escuchó pronunciar las palabras "a sabiendas"; la contempló de una forma extraña y dijo: «¿Qué sucedería si Yahveh hablara por mediación mía y dijera que parirás un hijo de Isacar? ¿Isacar lo creería?» Yokébed contestó: «Lo creería si la profecía viniera de tus labios, porque sabe que eres un varón santo y un hacedor de milagros».

Eliseo habló: «Parirás un hijo». Respondió ella: «¿Es una verdadera profecía?» Dijo él: «¿Conoces el castigo de Dios por pronunciar una profecía falsa en su nombre? Si un profeta proclama algo en su nombre y no llega a cumplirse, el profeta muere. Es la Ley.» Entonces a Yokébed le tembló un párpado y supo que era cierto: estaba muy sorprendida y, dándole las gracias, se postro a su pies. Un gran sopor se apoderó de ella y Eliseo la cogió en brazos y la tendió en el lecho.

Sebia despertó y vio a Yokébed tumbada en el lecho. Dijo: «Ama, te has dormido». Yokébed, todavía entre sueños, dijo: «No, no dormía; me dio un dolor y me acosté». Sebia dijo: «¿Dónde tienes el dolor?». Yokébed contestó: «La cabeza, era en la cabeza, pero ahora ya ha pasado». Yokébed dijo todo aquello sin saber lo que decía y Sebia la creyó.

Eliseo continuó su historia pero les pareció que lo hacía con una voz diferente. «Como os iba diciendo, Moisés luchó contra Faraón, Moisés atormentó a Faraón, y Faraón hizo lo mismo con Moisés. Ninguno aventajó al otro, pues Moisés llevó una vida de desdicha y soledad en el desierto durante cuarenta años, mientras que la tierra de Egipto tardó también cuarenta años en recuperarse de las plagas que Moisés profetizó. Aarón luchó contra Moisés y Moisés contra Aarón; cada cual llevó a cabo la misión del otro. De los miles de israelitas que salieron de Egipto, sólo dos, Josué y Caleb-, pudieron evitar cometer una ofensa mortal; porque nunca ofendieron voluntariamente a nadie, ni tampoco a las leyes de Yahveh. ¡Ojalá pudiéramos vivir todos sin ofender! Y si ofendemos, que no sea a sabiendas; que podamos proferir maldiciones o efectuar hechos extraños en el nombre de Yahveh, pero sin buscar un beneficio propio con ellos.»

Así concluyó. Y le dieron las gracias, y Sebia y la sunamita salieron tambaleándose. A Sebia le pareció que había ocurrido algo extraño que había olvidado, pero no sabía qué podía ser; porque ni siquiera sabía que había estado durmiendo.

En cuanto a Yokébed, el sueño había nublado sus sentidos de tal forma que no podía asegurar que fuera cierto que Eliseo había dicho: «Parirás un hijo». Por lo tanto, buscó a Guejazí y habló con él a solas, y dijo: «Pídele a tu amo que repita la profecía que me reveló Yahveh cuando él terminó de relatarme la historia de Moisés, pues la he olvidado». Guejazí fue al encuentro de Eliseo y le dijo: «Mi señor, la sunamita ha olvidado la profecía que le hiciste en nombre de Yahveh». Cuando Eliseo oyó aquello, se inquietó mucho y se dijo: «¿Hice aquello con ella para su recompensa y gozo y en el nombre de Yahveh, o acaso lo hice para satisfacer mi propia lujuria? ¿He pecado o no he pecado?» Y mandó decirle por boca de Guejazí: «¿Tan pronto has olvidado? ¿No fue acaso tu más preciado deseo lo que te concedió Yahveh?»

Cuando Guejazí pronunció estas palabras, la sunamita se sintió rebosante de gozo y besó la mano de Guejazí. Sebia vio aquello y sintió asombro; y cuando Guejazí se quedó solo, se acercó a él y exclamó: «¿Cómo es posible! ¿Te ama mi señora?». Guejazí contestó: «No, sino que sintió gran júbilo cuando le repetí el mensaje que le enviaba mi maestro». «¿Cuál era ese mensaje?», preguntó Sebia. Guejazí dijo: «Que debía repetir la profecía que le había hecho cuando terminó de contarle la historia de Moisés». «¿Y cuál era esa profecía?», preguntó Sebia. Guejazí dijo: «Que su más preciado deseo le sería concedido».

Sebia no dijo nada, pero cuando Isacar regresó al día siguiente encontró a Sebia triste y a su esposa extraña, como si sintiera un gran gozo interior desconocido para él. Mandó llamar a Sebia y cuando estuvo ante él le preguntó: «¿Qué le ha sucedido a mi esposa?» Sebia temía a su ama y no decía lo que sabía. De manera que Isacar se dirigió a ella con dureza y le dijo: «Si mi esposa ha pecado contra mí no lo niegues, porque también tú estarás maldita si me ocultas su pecado».

Ella dijo: «Te diré todo lo que sé. Dos veces vi a Guejazí, el criado de Elíseo, hablando secretamente con mi ama entre las higueras. La primera vez fue ella quien fue a su encuentro y después fue Guejazí quien lo hizo. La segunda vez que se vieron mi ama mostró un gozo grandísimo cuando escuchó las palabras de Guejazí, y besó su mano.

»Después tuve celos de mi ama y pregunté a Guejazí de qué habían estado hablando. Y Guejazí me respondió: "Hablabamos de la profecía que Elíseo le había hecho a tu ama cuando terminó su historia de Moisés". Yo no dije nada, pero sabía que era mentira, pues había estado en el aposento con mi ama y no se hizo ninguna profecía. Guejazí me dijo: "Tu ama había olvidado el mensaje que me dio mi maestro, y yo se lo repetí".

»Entonces yo le dije: " ¿Cuál era ese mensaje? " Y Guejazí respondió: "Que su más preciado deseo le sería concedido". Yo no dije nada, porque sabía que no hubo

ninguna profecía, y si la profecía había sido tan sencilla, ¿cómo podía haberla olvidado? Sin embargo, creo que había algo de verdad en lo que Guejazí me dijo sobre la felicidad de mi ama cuando le dijo: "Tu máspreciado deseo te será concedido", porque ella está loca por él y sin duda su mayor deseo es que puedan yacer juntos.»

Más que ser celosa de su ama, Sebia estaba celosa de ella, pues amaba a Guejazí y le había ofrecido su amor, pero Guejazí lo había rechazado, y por eso estaba irritada. Además, ella no había oído la profecía, porque cuando Eliseo la hizo se hallaba durmiendo; y con sus poderes Eliseo había hecho que Sebia no supiese que había estado durmiendo; pensaba que de este modo nadie sabría lo que había sucedido entre él y la sunami-ta. Pues también había hecho que la sunamita cayera en un profundo sueño, y ella tampoco supo nada de lo que había ocurrido.

Cuando Sebia le relató estas cosas, Isacar se puso furioso, pero ocultó su furia y mandó llamar a Eliseo y le habló en tono amistoso. Dijo: «Echame agua amarga en este cuenco». Eliseo preguntó: «¿Para qué la quiere mi señor?» Respondió Isacar: «Para una mujer malvada. Dame un poco de esa agua amarga de la que nos habla la ley de Dios; que si se da a una mujer acusada de yacer con un hombre que no es su marido la beberá, y si es inocente no le hará daño, pero si es culpable la llenará de podredumbre y morirá.»

Eliseo se sintió atormentado, pero preguntó: «¿Para quién la quieres?» Isacar contestó: «Para Sebia, pues creo que ha sido mancillada por un hombre». Eliseo dijo: «Esta agua amarga no es una prueba para doncellas, sino para mujeres que ya han conocido a su esposo». Pero Isacar dijo: «De todas formas deja que pruebe». De modo que Eliseo le dio la bebida y se dijo: «Sin duda la ira de Yahveh ha caído sobre mi; yo quise honrarle, pero he pecado por mi propia lujuria». Eliseo no podía leer el pensamiento de Isacar. No parecía que sospechara de Eliseo, y sin embargo parecía un hombre celoso; y había dicho que el agua era para Sebia. Nuevamente Eliseo dijo para sí: «Quizás haya sido mi criado Guejazí quien ha mancillado a Sebia. Al haber yo pecado con el ama, quizás el criado también haya pecado con la sierva.»

Isacar llevó la bebida a la sunamita y dijo: «¿Has pecado con Guejazí?» Ella rió y dijo: «No lo permita Dios, esposo mío». El dijo: «Bebe esta agua amarga». Ella bebió de buen grado y sonriente. Isacar esperó para ver si se corrompía, pero quedó intacta. Y él le rogó que lo perdonara; dijo: «Soy un hombre celoso y tengo que hacer una ofrenda de celos». Entonces ella dijo: «¡Escucha, esposo! El varón de Dios ha profetizado que pariré un hijo tuyo.»

Isacar preguntó: «¿Cuándo te lo dijo?» Ella contestó: «Cuando Sebia estaba conmigo en su aposento». Dijo Isacar: «¿Y por qué no oyó Sebia esa profecía?» Ella contestó: «No lo sé. Tal vez él habló cuando ella tenía sus pensamientos en otras cosas; o quizá había ido a buscar agua para Eliseo cuando pidió agua del pozo.»

Isacar se quedó sorprendido, pero reconfortado. Luego dijo: «¿Crees que tu criada Sebia te tiene animosidad por algún motivo?» Ella dijo: «No, que yo sepa». Dijo Isacar: «¿Ama ella a Guejazí?» Ella contestó: «Está muy enamorada de ese muchacho, pero creo que él se siente desconcertado». Entonces Isacar le relató las sospechas de Sebia y Yokébed hizo comparecer a la criada ante ellos y dijo: «¿Me

acusas de amar a Guejazí, necia? Guejazí no representa nada para mí. Tus celos te han ganado unos azotes.» Y azotó a Sebia.

Sebia salió corriendo de la casa. Encontró a Guejazí y le dijo: «Oh, Guejazí, por tu culpa he sufrido este cruel y doloroso castigo de mi ama; porque la acusé ante su esposo de amarte. Tuve celos cuando le vi besarte la mano entre las higueras.» Guejazí sintió lástima por Sebia, y ella se descubrió y le mostró las señales de los azotes; entonces Guejazí olvidó su ministerio y los votos de pureza que le había hecho a Elíseo; y pecaron juntos.

Elíseo llamó a Guejazí y le dijo: «¿Has pecado con Sebia?» Dijo: «¡Ay de mí, maestro, acabo de pecar!» Dijo Elíseo: «Conoces ya el castigo. Tienes que pagar cincuenta siclos de plata al padre de Sebia y tomarla por esposa.» Pero no le amonestó, pues era consciente de su propio pecado, y Guejazí se sorprendió de su blandura. Fue entonces con Sebia al encuentro de Izrí, el padre de Sebia, y mientras ella esperaba fuera de la casa, Guejazí entró y dijo: «Tu hija Sebia me persuadió y yací con ella; por lo tanto, la tomaré por esposa y te pagaré estos cincuenta siclos». El padre de Sebia dijo: «Ni hablar. Ni yo aceptaré ningún dinero tuyo, ni tú tendrás a mi hija por esposa, pues creo que eres un joven inocente y santo y que esta ramera te tentó. A buen seguro que antes de esto había pecado ya con otros muchos. La mataré con mis propias manos, porque es una mujer vil y me ha deshonrado.»

Guejazí, muy afligido, salió a toda prisa a reunirse con Sebia y le dijo: «Si entras en la casa tu padre te matará». De modo que Guejazí le dio algo de dinero y ella partió hacia Samaría, donde se hizo ramera. Guejazí no había pecado antes con ninguna mujer, pero el padre de Sebia decía verdad cuando afirmó que ella había pecado a menudo. Sin embargo, Sebia le dijo a Guejazí: «Ya que has mancillado mi virginidad y me has hecho caer tan bajo, y ya que ahora no podemos casarnos, te conmino a que me envíes dinero cada año a Jerusalén, para que no perezca de hambre». No le dijo que tenía la intención de hacerse ramera.

Guejazí acudió a Eliseo y dijo: «El padre de Sebia no quiso tomar mi dinero ni entregarme a la mujer como esposa. La ha arrojado fuera de su casa y yo estoy lleno de remordimiento, porque su humillación ha sido culpa mía.» Eliseo dijo: «No podremos regresar a Sunem, porque por nuestra culpa ha llegado el deshonor a la casa de Isacar, los celos entre Isacar y su esposa, y la deshonra de Sebia, así como la deshonra de Izrí, su padre, que es el mayordomo de Isacar».

De modo que fueron al encuentro de Isacar, le saludaron y dijeron: «Partimos hacia Betel y te estamos muy agradecidos por todas las atenciones que has tenido con nosotros, pero te hemos ofendido y estamos apesadumbrados». Isacar dijo: «¿Cómo me habéis ofendido? No, regresad aquí cuando os parezca y os recibiremos y atenderemos.» Pero a Eliseo le pareció que Isacar hablaba por demostrar hospitalidad y no por gusto. Y verdaderamente Isacar se sentía celoso, porque la profecía de Elíseo había hecho feliz a su esposa, mientras que él, con todos sus generosos presentes, no lo había conseguido. Y aunque iba a ser el padre del niño, no dejaba de haber un misterio; a él le habría gustado más que el niño naciera según el modo de la carne y no por un don del espíritu.

Sin embargo, creía en la profecía, porque Elíseo había realizado muchos otros milagros notables; había hecho flotar hierro en el agua y había llenado el cántaro de

la viuda de aceite hasta rebosar, de forma que el que manó de él la enriqueció para toda la vida. Así pues, le dijo a Elíseo: «Id en paz». Y a Guejazí: «Joven, de ahora en adelante mantente puro».

Luego Guejazí y Elíseo siguieron su camino. Yokébed no sabía que se habían marchado y, cuando Isacar se lo dijo, no dejó de asombrarse, y dijo: «Esposo mío, ¿cómo les hemos ofendido?»

A su debido tiempo Yokébed dio a luz un niño y ella le llamó Caleb, porque dijo: "Viva sin ofender a nadie." Y a Isacar le dijo: «Mira, tiene el cabello rojo; el rojo es un color sagrado y nos ha sido otorgado por la santidad de Dios». Sin embargo, a menudo se preguntaba qué había querido decir Elíseo cuando habló de los derechos maternos en Egipto y le había dicho: «En aquellos días no sabían lo que los más estúpidos saben ahora, que los hijos no nacen de la madre excepto después de conocer a un hombre».

Yokébed se preguntaba: «¿Acaso es este niño una aparición como aquellas que Moisés mostraba en el desierto?» Pero el niño era sólido al tacto, y sano, y amaba a su madre y a Isacar. De manera que ella se sentía feliz y no pensó más en ello. Pero deseaba el regreso de Elíseo; le mostraría el niño, y el color de su cabello, y

Eliseo lo bendeciría. Isacar presumía del milagro ante sus amigos y era muy honrado por él, ya que Eliseo era amado por el pueblo y disfrutaba del favor del Rey. Sin embargo, Isacar no amaba al niño con gran amor, y esto apenaba a Yokébed.

Sebia se instaló en Samaría y pronto obtuvo el favor del mismo Rey, de manera que no necesitaba dinero, pero secretamente requería la suma anual a Guejazí y él se la enviaba. Para Sebia aceptó Guejazí, en nombre de su maestro, regalos de Naamán el sirio, a quien Eliseo había sanado de lepra. Guejazí mintió a Eliseo sobre esta cuestión, y la lepra de Naamán cayó sobre él. Esto aconteció pocos días antes de la muerte de Eliseo, allá por cuando Eliseo pronunció ante el rey Joás su famosa profecía sobre la liberación de Siria. Pero el día en que Guejazí se volvió leproso Sebia también cayó enferma y murió de la peste.

Al cabo, Guejazí sanó; se postró sobre la tumba de Eliseo y rezó: «Sáname, señor mío, porque me arrepiento», y su lepra desapareció y Guejazí llegó a ser profeta en la corte del rey Joram. Sebia había hablado a menudo ante el Rey de la fidelidad que le profesaba el joven y de su poderes proféticos. Gracias a los buenos oficios de Guejazí se le restituyeron a la sunamita las tierras después de haber estado confiscadas durante siete años. Pues ella había estado ausente siete años en tierra de filisteos con toda su servidumbre, por temor a la hambruna que Eliseo había profetizado antes de morir. Allí, en Filistea, murió Isacar.

Pero todas estas cosas sucedieron más tarde. Esta es la historia de Yokébed y de su hijo Caleb, que murió y fue resucitado por Eliseo.

Capítulo 6

El niño salvado de la muerte

Una mañana temprano, cuando el pequeño Caleb tenía doce años, le dijo a su madre: «Madre, estoy cansado de jugar dentro de casa. Déjame ir al campo grande donde está mi padre: está vigilando el trabajo de los segadores.» Dijo ella: «Ve, hijo», y le dio comida y agua, y él salió y habló con Isacar, y mientras hablaba se comió el almuerzo que su madre le había dado y que era muy abundante. Cuando hubo terminado se tendió a la sombra de un terebinto y se durmió, mientras que Isacar regresó donde estaban los segadores. La sombra del árbol se desplazó y el sol cayó de lleno sobre la cabeza del niño. Este se despertó vomitando y llamó a su padre, que acudió desde donde se encontraba con los segadores. El día era muy caluroso.

Isacar le preguntó: «¿Qué te duele, hijo?» Contestó: «¡Mi cabeza, mi cabeza!» Dijo Isacar a un mozo fuerte:

«Llévaselo rápidamente a su madre». Y así llegó a la casa, y Yokébed lo cogió en brazos y se sentó en una silla con el niño sobre las rodillas, y el pequeño volvió a quejarse de su cabeza, y al mediodía dejó de respirar.

Cuando vio que su respiración había cesado, Yokébed no lloró, sino que recordó su esterilidad de antaño y dijo con amargura: «Ojalá mi hijo no hubiera nacido nunca, porque así ahora no estaría llorando». Luego se puso furiosa y dijo: «Eliseo me ha engañado. Esto no es más que otro de sus trucos de magia. Me engañó a sabiendas y por ese motivo no ha regresado desde aquel día. Es un embustero, como todos los profetas. ¿Es así como me paga mi hospitalidad?» Así que cogió al niño y lo tumbó en el lecho del aposento de Eliseo, pues en los últimos trece años había estado siempre dispuesto para él; después cerró la puerta y salió.

Fue en busca de Isacar al trigal y le dijo: «Esposo mío, haz que me ensillen un asno y que uno de tus mozos me acompañe, porque tengo intención de ir a ver a Eliseo, el varón de Dios». Dijo él en son de reproche: «¡Qué caprichosas ideas no tendréis las mujeres! Primero tuviste que enviar a Caleb aquí para molestarnos con su charla, después comió con tanta glotonería que vomitó y sin ninguna necesidad tuve que enviar a un mozo para que te lo llevara a casa. Ahora vienes tú y me pides otro segador para que te acompañe con un asno. Dime, ¿para qué quieres ver a Eliseo? No se ha acercado a nosotros en los últimos trece años. ¿Sabes siquiera dónde puede hallarse ahora?»

Ella dijo: «Está en el monte Carmelo; no es un viaje muy largo y regresaré inmediatamente».

Isacar sonrió y dijo: «Querida esposa, ¿qué puedes querer de Eliseo? No es sábado, ni hay luna nueva.

¿Quieres acaso que venga a contarte historias como en los tiempos en que no tenías hijos?»

Yokébed no le dijo que el niño había muerto. Se acercó más a él, lo besó y dijo: «Es un secreto; te ruego que no insistas en preguntármelo ahora. A su debido tiempo lo sabrás todo.»

Dijo Isacar: «Bueno, pues llévate el asno. Pero no vuelvas a molestarnos hasta que se haya terminado la cosecha, que andamos ya muy atrasados con esta siega.»

Ella le dio las gracias y se fue con uno de los segadores que también estaba encargado de los asnos. Ya se alejaba, cuando Isacar alzó la voz y dijo: «Procura no aguijar demasiado al animal, o será el segundo asno que mates persiguiendo esos caprichos tuyos». Pues en cierta ocasión, antes de la llegada de Elíseo, Yokébed había ido a consultar a una mujer sabia, una mosca había picado al asno y el asno había muerto. La rabia que sintió hacia Isacar por aquellas palabras impidió que sintiera demasiado dolor y llegó al monte Carmelo, donde se encontraba Elíseo, con los ojos secos.

Cuando Elíseo la vio llegar dijo entre sí: «¡Mi pecado me ha descubierto! ¡Mi pecado me ha descubierto! Isacar ha arrojado a su esposa fuera de su casa y ella ha venido a matarme, porque se ha dado cuenta de mi mal proceder.» Pero en voz alta le dijo a Guejazí (pues esto sucedió antes de la lepra de Guejazí): «Ahí viene la sunamita, en cuya casa solíamos alojarnos. Ve a su encuentro y dile: "¿Va todo bien contigo y con tu esposo?" Luego, si no contesta "Todo va bien", regresa con rapidez, porque temo que quiera matarme.»

Guejazí corrió a su encuentro y le preguntó: «¿Va todo bien contigo y con tu esposo?» Ella contestó: «Todo va bien». Y Guejazí entonces regresó con ella.

Luego Yokébed se bajó del asno y corrió al encuentro de Eliseo, pero Guejazí corrió también y se interpuso entre los dos con la vara en la mano, pues pensó que ella quería matarlo con alguna daga escondida. Sin embargo, Eliseo vio que Yokébed no llevaba la muerte en sus ojos y dijo: «Apártate, Guejazí, mi siervo».

De modo que la sunamita se postró a los pies de Eliseo y lloró. Dijo Eliseo: «Tiene un gran disgusto, pero no puedo leer sus pensamientos. Yahveh me ha ocultado este asunto.»

Y le dijo: «¿Qué te aflige, esposa de Isacar?», y lo hizo sabiendo que la respuesta sería dolorosa para él porque no podía leer sus pensamientos. Cuando un profeta no puede leer los pensamientos de un hombre o una mujer es que se encuentra en pecado con aquella persona.

Ella contestó: «¿Acaso no me juraste cuando predijiste el nacimiento de mi hijo que no me engañabas? ¿No te pregunté acaso si se trataba de una aparición como las que Moisés mostraba en el desierto? Y tú me dijiste que no.»

Dijo Eliseo: «Así pues, ¿ha muerto el niño?» Ella no respondió; confesar tal cosa era dejarlo sin salvación. Ella lo sabía, porque Eliseo así se lo había dicho; y por la misma razón había ocultado la muerte del niño a su esposo. Cuando Eliseo se dio cuenta de que no quería contestar, dijo en su corazón: «He aquí por fin el castigo de mi lujuria: mi vida por la vida que engendré». Y se sintió en paz, lleno de la misma calma que sintió Moisés cuando supo que la muerte profetizada por Aarón había llegado.

Dijo a la mujer: «El niño sanará». Luego dijo a Guejazí: «Adelántate corriendo, y si te encuentras con alguien, no le saludes, ni te demores por el camino hasta llegar a Sunem. Después pon mi vara encima del niño, colócala en línea recta entre su boca y sus muslos.» Y dijo a la sunamita: «Vete con mi siervo, cabalgando sobre el asno, no sea que Isacar se encuentre con Guejazí en la casa y le pregunte qué hace allí». Y ella dijo: «No te dejaré», pues no se fiaba de él.

Guejazí se ciñó la ropa, echó a correr y no se detuvo hasta que hubo colocado la vara sobre el niño, pero el niño no se movió. Guejazí regresó corriendo y dijo: «El niño todavía no se ha despertado». Cuando Elíseo oyó esto, supo que la respiración había abandonado al niño, que no estaba en un trance. Ahora en verdad era necesario que diera su vida. Penetró en el aposento y cerró la puerta, dejando fuera a Guejazí y Yokébed, y elevó su plegaria a Yahveh diciendo: «Yahveh, sana a este niño».

Luego subió al lecho y, apartando su vara, se acostó sobre el niño colocando su boca sobre la del niño, sus ojos sobre los ojos y sus manos sobre las manos. Pero no tenía valor para pronunciar el conjuro.

Se levantó y volvió a colocar la vara sobre el niño, y paseó arriba y abajo en medio de un gran sufrimiento, porque habíale invadido súbito pavor de la muerte. Luego oyó la voz de la sunamita fuera de la habitación; vio al niño tendido en el lecho, y sus cabellos, rojos como los suyos, sobre la palidez de su rostro; y, horrorizado, recordó su pecado. Rezó a Yahveh y dijo: «Entre mi pecado y el nacimiento de este niño pasaron nueve meses. Ahora, entre este milagro que se obrará a través de mí y mi propia muerte, que es mi castigo, te ruego me concedas el mismo número de meses.» Le tembló el párpado y supo así que su oración había sido aceptada. De modo que volvió a acostarse sobre el niño como ya lo había hecho y pronunció el encantamiento: «En el nombre de Yahveh, salvo tu vida con la mía».

El niño muerto se agitó, y su corazón latió contra el corazón de Eliseo. Se sentó y estornudó siete veces, y abrió los ojos.

Luego Eliseo llamó a Guejazí y dijo: «Haz entrar a la sunamita». Ella penetró, temerosa, y vio a su hijo sentado sobre el lecho donde antes le había visto muerto. Se arrojó sobre él, lo abrazó y lo besó y le dijo palabras de cariño, y lo levantó. Cuando se volvió para darle las gracias a Eliseo, éste ya se había marchado.

Y al cabo de nueve meses había muerto. Su muerte aconteció en el decimosexto año del reinado de Joacaz, rey de Israel, y trigésimo noveno del reinado de Joás, rey de Judá.

3401737

Si bien ROBERT GRAVES (1895-1985) fue un profundo conocedor de la Antigüedad clásica, tal como queda de manifiesto en varias de sus novelas —por ejemplo, «Yo, Claudio» (LB 691) y «Claudio, el dios, y su esposa Mesalina» (LB 692)— y en numerosos ensayos, como el apasionante volumen titulado «Los mitos griegos» (LB 1110 y LB 1111), su proteica inquietud intelectual halló otro fértil campo de desarrollo en el ámbito de la Biblia y la tradición judeo-cristiana. Novela escrita en 1925, LA HISTORIA DE ELISEO Y LA SUNAMITA marcó, según explican en su prefacio a la novela Lucía Graves y Elena Lambea, responsables de la traducción, «el inicio de una larga vida dedicada a cuestionar actitudes sociales y hechos históricos aceptados, una búsqueda obsesiva de la verdad que constituye el motor de todas sus novelas históricas y de sus estudios sobre mitología y religión». Inspirada en un sucinto episodio del Antiguo Testamento recogido en el capítulo 4 del Libro segundo de los Reyes, que sirve al autor a su vez para entretener con él una sugerente interpretación de la historia del éxodo del pueblo judío y su guía Moisés, tal como se narra en el Pentateuco, el relato gira en torno al encuentro del profeta Eliseo, discípulo y sucesor de Elías, con Yokébed, la sunamita, mujer de singular personalidad con la que adquiere un compromiso que de forma imprevista habrá de traerle, finalmente, dramáticas consecuencias. Otras obras de Robert Graves en Alianza Editorial: «La Diosa Blanca» (LB 948), «Los mitos hebreos» —en colaboración con Raphael Patai—, «La comida de los centauros y otros ensayos» (AT 274) y el epistolario titulado «Entre luna y luna» (AT 265).

El libro de bolsillo
Alianza Editorial

ISBN 84-206-0737-1

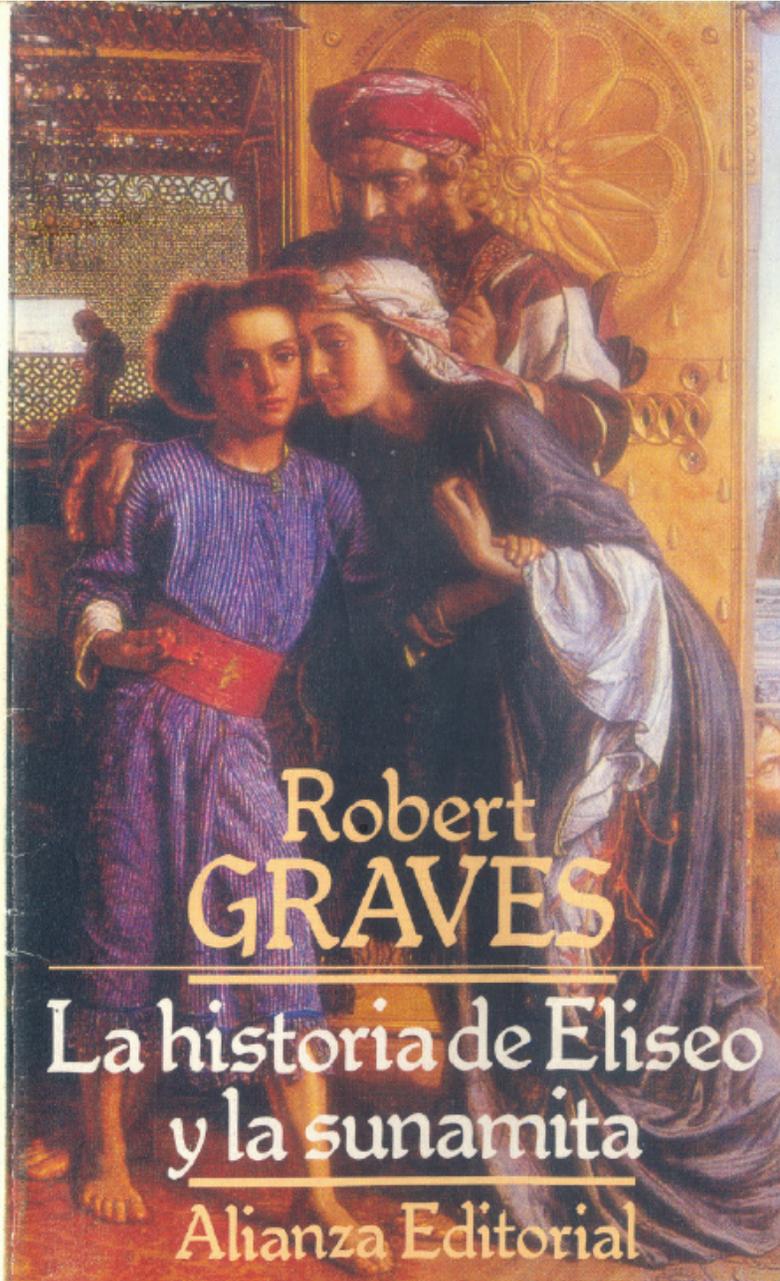


9 788420 607375

Cubierta: Ángel Uriarte. Ilustración: W. H. Hunt. "Encuentro en el templo".

Robert Graves **La historia de Eliseo y la sunamita**

1737



Robert
GRAVES

**La historia de Eliseo
y la sunamita**

Alianza Editorial